



HARLEQUIN

Amor

Elizabeth Harbison

Consejos de amor

Julia

Consejos de amor

Elizabeth Harbison

 HARLEQUIN™

Argumento

Ahora era él el que trataba de tentarla para que se olvidara de su cabeza e hiciera caso a su corazón...

Desde que el guapísimo Dalton Price le había cambiado la vida para después echarse a la carretera, la ejecutiva de publicidad Bonnie Vaness había decidido buscar otro tipo de hombre: sensato, digno de confianza y sin peligro. Pero ahora Dalton había vuelto a su vida... y a su edificio, y sus hormonas le pedían a gritos lo que ella sabía que no debía darles.

Así que decidió conquistar a otro hombre con la ayuda del libro *Cómo conseguir a tu hombre* y ese hombre era su inofensivo compañero de trabajo Mark. Pero parecía que los consejos del libro no funcionaban y, ¿quién mejor para enseñarle el arte de la seducción que su viejo amigo Dalton?

Indice

Argumento

Indice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Epílogo

Otoño 1980

Boletín Trimestral: Bonnie Jane Vaness

Escuela Primaria Tappen

Profesora: Dinah Perry, Segundo curso

Bonnie progresa muy bien académicamente. Su caligrafía es excelente y está muy dotada para el Inglés y las Ciencias. Es muy organizada.

Desafortunadamente, Bonnie necesita controlar su actividad social. A veces habla en clase con su amiga Paula Czarny y discute mucho con su compañero Dalton Price. Los he separado en numerosas ocasiones pero siempre acaban juntos, discutiendo.

Boletín Trimestral: Dalton Price

Escuela Primaria Tappen

Profesora: Dinah Perry, Segundo curso

Dalton es un chico muy brioso. Es muy capaz, pero parece tener problemas para concentrarse. Prefiere atormentar a su compañera de clase, Bonnie Vaness, a prestar atención a las clases. Aunque los separo, siempre encuentran la manera de acabar juntos de nuevo.

Prólogo

–Nuestra invitada de hoy es Leticia Bancroft, autora del controvertido libro: *Cómo seducir al hombre de tus sueños*. Leticia, háblame de la acogida que ha tenido tu libro.

–Hará que las mujeres retrocedan cincuenta años –le dijo Bonnie Vaness a la televisión, secándose la nariz con un pañuelo de papel–. Obviamente, tendrá una gran acogida –apartó la manta, buscando el mando a distancia de la televisión, pero sólo encontró pañuelos de papel. Todos los años, en noviembre, pillaba un resfriado monumental. Había gastado cuatro cajas de pañuelos en los últimos tres días.

–En mi opinión –dijo Leticia–, la reacción al libro ha sido fantástica. Pero vamos a pedir a algunas de las mujeres del público que hablen de él.

El público irrumpió en un aplauso. Bonnie maldijo entre dientes y apartó los cojines, buscando el mando.

–La verdad, no creí que fuera a funcionar –decía en ese momento una mujer con un aspecto muy normal. Parecía avergonzada de hablar ante un micrófono.

Bonnie dejó de buscar el mando y miró la pantalla.

–Cuando oí hablar del libro, me ofendí. Pensé que haría que las mujeres retrocedieran cincuenta años...

–¡Exacto! –gritó Bonnie.

–... pero, por otra parte, ser yo misma tampoco me estaba llevando a ningún sitio. Así que decidí leer el libro de Leticia. Me disfracé y fui a comprarlo a una librería de otro pueblo –el público soltó una carcajada.

Bonnie estornudó.

–Mi historial sentimental era pésimo. Muchos novios y muchas rupturas. Llegué a pensar que no encontraría al tipo de hombre que quería, y tendría que conformarme con menos. Pero lo encontré. Y él ni siquiera se fijaba en mí.

Bonnie se irguió en el sofá. Esa mujer podría ser ella. Un montón de novios desastrosos y horribles rupturas, miedo a tener que conformarse o quedarse sola. Después, eso era lo peor, había encontrado al hombre de sus sueños y él ni siquiera sabía que existía.

–Pero este libro... –hizo una pausa y siguió emocionada–. Este libro me dio ideas para atraer su atención. Técnicas prácticas, no un montón de filosofía. Casi sin darme cuenta, el hombre que no me había mirado durante seis meses, me pidió que saliera con él.

–Cuéntales lo demás –intervino Leticia con entusiasmo. Miró al público–. ¡Os va a encantar!

–¡Nos casamos la semana que viene! –la mujer mostró la mano izquierda, y un bonito anillo de diamantes.

El público gritó entusiasmado e irrumpió en un largo aplauso. Bonnie apuntó el nombre del libro.

1

Los hombres son criaturas muy visuales. Descubre sus colores favoritos y utilízalos. Se sentirá cómodo y tranquilo en tu presencia, sin saber por qué. Ese es el primer paso de nuestro Plan de Seducción.

Recuerda, el color tiene mucha fuerza; vístete con sus colores favoritos y evita los que no le gusten. Una asociación desagradable con el color de tu ropa puede llevarlo a evitarte, en vez de adorarte.

Cómo seducir al hombre de tus sueños,

Leticia Bancroft.

–¿Vas a entrar en el ejército, o algo así?

Bonnie Vaness, que cerraba la puerta de su apartamento, se volvió y miró con impaciencia a Dalton Price, el encargado del edificio.

–¿Qué quieres decir?

–Ese traje que llevas. Es la tercera cosa verde y fea que te pones esta semana.

Bonnie tocó automáticamente el nuevo traje verde oliva que había comprado en una boutique de Quince Street. Le había costado media semana de sueldo.

–La verdad es que serías buen soldado –siguió él–. Con un genio como el tuyo...

–Cállate, Dalton.

–Eh, sólo digo... –él se rio.

–Sé lo que dices. Que tengo un aspecto horrible. Gracias.

–¿Yo he dicho eso? –Dalton encogió los hombros–. No, señorita. No eres tú, es el traje. Pensé que te gustaría oír una opinión objetiva, antes de salir al mundo vestida así.

Ella no lo miró. No quería que se diera cuenta de que le estaba poniendo los nervios de punta. Dalton Price llevaba poniéndola nerviosa desde segundo de primaria, cuando iban juntos al colegio, en Tappen, Nueva Jersey. Él la oyó llamar «mami» a la profesora, accidentalmente. La atormentó durante años por eso, y por todos los errores que tuvo la desgracia de cometer en su presencia.

–¿No tienes nada mejor que hacer que criticar mi ropa? –preguntó ella, consciente de que quizá Dalton tenía razón.

Cuando se probó el traje, se había dicho que el tinte verdoso que veía en su rostro se debía a la luz de los fluorescentes; pero empezaba a pensar que era el reflejo de la tela verde oliva.

–¿No tienes algún lavabo atascado que arreglar? –le preguntó. No quería que Dalton notara sus dudas.

En el fondo, sentía curiosidad por el trabajo de Dalton. Diez años antes, Dalton se había marchado a una universidad del oeste. En el pueblo se rumoreaba que había tenido mucho éxito, que se había hecho asesor financiero y se había casado con una actriz. Pero Dalton había regresado cuatro meses antes, divorciado y con una niña casi adolescente. Lo más extraño era que no trabajaba como asesor financiero, sino como encargado de un edificio, antiguo y agradable, pero nada lujoso.

Bonnie se preguntaba si realmente había tenido éxito o si los rumores eran fantasías de su madre.

Al principio había sido cordial con él, pero a los dos días de llegar, Dalton empezó a tratarla con la impertinencia de antaño, y ella hizo lo propio. Algunas cosas no cambiaban nunca.

Él clavó en ella sus ojos azules. Unos ojos que, como sabía bien, conseguían que las mujeres se derritieran a sus pies. A ella la irritaban.

–Arreglo todo lo que necesita ser arreglado –dijo él, contestando a la pregunta.

–¿Sí? –ella guardó las llaves en el bolso–. Entonces arregla mi ducha. Lleva goteando desde que Carter era presidente.

–¿Qué Carter? –preguntó él. Bonnie lo miró boquiabierta, justo cuando Dalton esbozaba una sonrisa irónica–. Chica, siempre picas, es increíble.

–De eso nada, sólo... –se detuvo. Era verdad. Él le tomaba el pelo una y otra vez, siempre con éxito.

–¿No tienes que ir al autobús? –preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

–¡Uy! Sí –la presencia de Dalton la desconcertaba–. Paula está esperando abajo. Me matará si perdemos el autobús por perder el tiempo discutiendo contigo.

–Estaré aquí cuando vuelvas –sonrió y sacó una llave inglesa del bolsillo–. Puedes gritarme después. Entretanto, voy a arreglar el grifo de la señora Neuhouse.

–¿Y mi ducha...?

–Está en la lista –dijo él por encima del hombro, alejándose.

–Me gustaría ver esa lista.

–Pasa por mi casa esta noche. Te la enseñaré. La guardo debajo de la almohada.

–Límitate a arreglar la ducha, ¿vale? –a ella le costaba creer que conquistase a las mujeres con frases tan manidas. Bonnie suponía que se fijaban en su atractivo físico y no se preocupaban de más. Eran idiotas.

–¡Papá! –una chica de pelo rubio dorado dobló la esquina corriendo–. ¡Espera! ¡Papá!

Era Elissa, su hija de nueve años. Bonnie no pudo evitar detenerse a observarlos juntos. La niña le gustó desde el momento en que la vio, pero también la cautivaba la relación entre padre e hija. El padre de Bonnie había muerto en un accidente de tráfico cuando ella era muy pequeña, y no tenía recuerdos de él.

Dalton Price tenía muchos fallos, pero Bonnie admiraba su actitud paternal.

–Pensé que la señora Malone ya te había llevado al colegio –dijo él, con una ternura que siempre emocionaba a Bonnie.

Nelly Malone era una anciana que vivía en el edificio. Era casi como una abuela para Elissa y le encantaba pasar tiempo con ella.

–He vuelto a olvidarme el dinero de la comida –dijo Elissa.

–Ah, bueno –se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de dólar–. ¿Basta con esto?

–Papi, sólo la comida cuesta un dólar sesenta, ya lo sabes. Y el postre es aparte –movió la cabeza, pero sonrió–. Deberías abrir una cuenta en el colegio, igual que hacen casi todos los niños.

–No tienes por qué empezar a vivir a crédito tan joven –sacó otros dos dólares, se los dio y le revolvió el pelo–. Ahí tienes, nena. Cómprate un helado de postre.

–¡Bien! ¡Gracias! –rodeó su cuello con los brazos, le dio un beso y después bajó corriendo las escaleras.

Cinco minutos después, Paula Czarny y Bonnie caminaban por la avenida Tappen hacia la parada de autobús que les llevaría a Hoboken. Allí tomaban un ferry hacia Manhattan. Era una soleada mañana otoñal y Bonnie estaba empezando a sudar.

–¿Por qué has empezado a ponerte ese color horrible tan a menudo? Además de ser feo, te da un aspecto enfermizo –dijo Paula.

–¿A ti tampoco te gusta?

–Es odioso –frunció el ceño–. ¿Qué quieres decir con «tampoco»?

–Dalton Price –Bonnie emitió un gruñido exasperado–. No me ha dejado salir esta mañana hasta hacerme sentir fatal. Dios, a veces lo odio.

–Yo creo que está impresionante.

–Siempre has tenido un gusto horrible con los hombres –dijo Bonnie con impaciencia.

–Por lo menos, por éste no nos peharemos –Paula alzó los hombros–. En serio, hablando de este traje, y del de seda que llevabas ayer, ¿en eso te gastas todo el dinero que ganas en la agencia de publicidad? ¿En comprar la ropa más horrible del mercado?

Bonnie suspiró. A ella tampoco le gustaba el color, pero tenía una misión. Su propósito era conquistar a Mark Ford, el nuevo vicepresidente de marketing de su empresa. Se había incorporado cuatro meses antes y Bonnie estaba... intrigada desde entonces.

Era el típico hombre de anuncio de colonia: lo veía deslizándose sobre un mar azul en un barco de vela, con el cabello rubio ondeando al viento. Era un Príncipe Azul moderno, cuya sonrisa prometía felicidad eterna. Eso quería Bonnie: ser feliz por siempre jamás.

–No tienes todos los datos –Bonnie saltó por encima de algo que esperó fuera barro–. Llevo este color porque a Mark Ford le gusta. No le gusta, lo «adora». Su despacho entero está pintado de este color.

–Y quieres parecer su despacho –Paula la miró, entre incrédula y desaprobadora–. Tu gran plan para seducirlo es fundirte con las paredes de su lugar de trabajo.

–Leticia Bancroft dice que los hombres tienen una intensa reacción inconsciente al color –Bonnie movió la cabeza. Tal y como lo decía sonaba bastante estúpido–. Si te pones un color que le guste, lo atraerás como... –buscó la analogía, sin encontrarla–. Como un imán. Un imán muy fuerte.

–No creo que debas interesarte por un hombre al que le gusta el verde desvaído –dijo Paula, mientras seguían bajando la colina, hacia la parada de autobús–. Debe tener complejo de miliciano, o algo así.

–No tiene nada de miliciano –dijo Bonnie, incrementando el ritmo. No podía perder el autobús. A las diez tenía una reunión con Mark, entre otros. No quería llegar tarde, sudorosa y acalorada–. Es estilo capitán de equipo de fútbol, rubio y con ojos azules. De los típicos ricos con casa de fin de semana.

No era en absoluto de los que se escondían con otra mujer en un armario, en plena fiesta de Navidad de la oficina; ni de los que se caían al suelo al final de una noche con los amigos; ni de los que perdían la cabeza por jovencitas pechugonas. No, Mark Ford era un hombre adulto. Y ya era hora de que Bonnie saliera con un adulto.

–Es tipo cástate-conmigo-se-la-madre-de-mis-hijos.

–Suená aburrido.

–No es aburrido –protestó Bonnie–. Es maduro. Lógico, en vez de químico. No tiene nada que ver con lo tuyo por el señor Parker –el jefe de Paula se llamaba Seamus, pero a Paula le parecía más sexy llamarlo señor Parker–. ¿O vas a decirme que eso es amor?

–Nada de eso, chica, es lujuria. Lujuria pura y dura. ¡Oh, no! El autobús.

Bonnie alzó la cabeza y vio que el autobús arrancaba al fondo de la avenida.

–¡Eh! –gritó Paula, quitándose los zapatos para correr más rápido–. ¡Eh, espere!

Bonnie, que llevaba zapatos bajos, aunque verde oliva, corrió tras ella. Paula soltó un taco cuando el autobús se detuvo y la puerta se abrió. Una anciana que miraba por la ventana, hizo una mueca de asombro.

–Paula, ten un poco de respeto.

–Eres una mojigata –rezongó Paula, subiendo la escalera–. Siete cuarenta –le dijo al conductor–. Este autobús no debe arrancar hasta las siete cuarenta. Ahora son... –le puso el reloj de pulsera delante de las narices– las siete treinta y siete. Gracias a usted seguramente llevo carreras en las medias y estaré horrible cuando llegue al trabajo.

–Yo no le he dicho que corra por ahí sin zapatos –contestó el conductor, que tenía unos veinte años.

Bonnie pensó que no tenía ni idea de con quién se enfrentaba. Conocía a Paula desde la guardería; nunca la había visto dejar una discusión sin derramamiento de sangre. Tuvo la esperanza de que esa vez se conformara con humillarlo y con una disculpa.

–El organismo de transporte del condado West Houston, que paga su salario, lo emplea para que cumpla el horario. Cuando sale antes de la hora, está incumpliendo el contrato. Eso es causa de despido –Paula se irguió y estrechó los ojos–. Significa que puede quedarse sin empleo. ¿Está claro? –metió la mano en el bolso y sacó una libreta y un bolígrafo–. ¿Cómo se llama?

–Don Vittoni –contestó él, inquieto.

–Muy bien –apuntó el nombre–. Escuche, Don Vittoni, lo dejaré pasar esta vez, pero si vuelve a ocurrir escribiré a su jefe. ¿Entendido?

Él asintió.

–Muy bien –Paula sonrió y se volvió hacia Bonnie, que estaba roja como la grana de vergüenza. Todo el autobús estaba en silencio–. Vamos a buscar un asiento.

Tres hombres se pusieron de pie de un salto.

–Gracias, caballeros –dijo Paula con voz dulce. Se sentaron y el autobús arrancó. Dio un golpecito en la esfera de su reloj–. Las siete cuarenta. En punto.

–Creo que el pobre Don Vittoni casi se moja los pantalones –comentó Bonnie.

–Así aprenderá. ¿Por dónde íbamos?

–¿Cuándo?

–Ah, sí, el verde...

–¿Tenemos que hablar de eso?

–... no adelgaza, ya lo sabes.

–¿Estás diciendo que parezco gorda con este traje?

–Bueno... sí. Pero no creo que necesites perder peso, ni nada.

–¿En serio? –dijo Bonnie esperanzada. Siempre había estado cinco kilos por encima del peso recomendado para su altura.

–Sí. Estarías muy rara delgada.

La esperanza de Bonnie estalló como una pompa de jabón.

–Pero creo que deberías llevar ropa que te favoreciera –continuó Paula–. Negra, por ejemplo.

–¿Lo dices porque adelgaza? –Bonnie la miró con furia.

No era la primera vez que hacía referencia a su exceso de peso. Era habitual desde el instituto. Durante todos esos años, Paula había seguido siendo delgada, con una cintura diminuta y el tipo de trasero con forma de corazón que tanto gustaba a los hombres.

–No, porque va muy bien con tu pelo rubio claro. Y también rojo. El rojo daría color a tus mejillas.

–Dios, encima estoy pálida. Mira, Paula, esta mañana tengo una reunión con Mark. Esta conversación es justo lo que no necesito, ¿vale?

–Bueno, bueno –Paula alzó las manos–. Sólo intento ayudar.

–Pues no lo consigues.

–No diré una palabra más –Paula simuló que se ponía un candado en los labios y tiraba la llave.

–Perfecto.

Hubo un segundo de silencio.

–Sólo diré una cosa más: si quieres seducir a ese tipo, deberías tirar el libro a la basura y utilizar el cerebro. A los hombres les gusta el sexo.

Varias cabezas se giraron para mirarla.

–¿Acaso me equivoco? –le preguntó Paula a un anciano que había sentado cerca–. A los hombres les gusta el sexo, ¿no?, les gusta ver un poco de piel.

Bonnie notó que le ardía la cara.

–Desde luego que sí –contestó una señora mayor, que estaba junto al anciano.

–Gracias –Paula abrió los brazos de par en par y miró a Bonnie con expresión petulante–. ¿Ves? Ya te lo había dicho.

–Muy científico.

–Pregúntale a cualquiera –Paula empezó a levantarse, pero Bonnie le agarró la mano y tiró de ella. Unas filas más adelante había un hombre vestido de soldado. No quería involucrarlo en una conversación sobre sexo.

–¡Déjalo! –le ordenó a Paula–. Mira, tú haz las cosas a tu manera y yo las haré a la mía.

–Bueno, pero apuesto a que consigo a mi jefe antes que tú al tuyo.

–No es exactamente mi jefe, es vicepresidente de la empresa. Pero te he entendido, y te equivocas.

–Entonces, ¿hay apuesta? –Paula le ofreció la mano–. Quien antes consiga al hombre de sus sueños, gana una cena en Martini's.

–¿Te callarás?

–De momento.

–Entonces, trato hecho –Bonnie aceptó la mano.

A las cuatro de la tarde, Mark Ford ya había aplazado la reunión con Bonnie dos veces. Ella empezaba a pensar que no se produciría, cuando su asistente la llamó para que fuese al despacho.

Sólo tardaron unos diez minutos en decidir cómo gestionarían una nueva cuenta, pero Bonnie notó que él mantuvo contacto ocular con ella todo el tiempo. Eso era bueno. Leticia Bancroft había mencionado que el contacto ocular era una clave de la seducción.

–Oye, ¿podría preguntarte algo... de otro tema? –dijo Mark de repente, con una gran sonrisa.

–Sí, claro –Bonnie se preguntó si los consejos de Leticia Bancroft estaban dando resultados tan pronto.

–¿Conoces a alguien que pueda dedicarme algo de tiempo adicional? Necesito ayuda para arreglar el despacho... –miró a su alrededor y bajó la voz– por razones obvias.

Obvias. Ella se preguntó qué quería decir con eso. Quizá fuera una forma solapada de pedirle que se vieran después del trabajo. Pero no iba a asumirlo y arriesgarse a quedar como una tonta si no era el caso.

–¿En qué estabas pensando? –preguntó. Esperó que fuese una frase lo suficientemente genérica para animarlo a decir lo que tenía en mente. Deseó que Leticia Bancroft estuviera allí para interpretar su lenguaje corporal, Bonnie estaba totalmente perdida.

–Bueno, es esta pintura –se inclinó hacia ella como un conspirador–. Cuando Brian me preguntó si quería verde militar, pensé que bromeaba –hizo una mueca de horror–. ¿Quién iba a querer ver este color todo el día? Es deprimente.

–Entiendo... –Bonnie sintió que se quemaba dentro de su traje de ese mismo color.

–Se me ha ocurrido que podía elegir otro, cualquier otro, y pedir a los de mantenimiento que pintaran por la tarde. Para que a Brian no le parezca tan obvio lo pronto que lo he cambiado.

–¿Necesitas a alguien que te ayude a elegir la pintura? –Bonnie movió la cabeza de arriba abajo.

–Exacto. Pintura y detalles decorativos. Algo moderno –esbozó otra sonrisa luminosa–. Que haga a la gente pensar que tengo poder y éxito.

Ella se ablandó por dentro, a pesar de la vergüenza que le daba ir vestida de un color que él detestaba. No lo había dicho para ofenderla. No sabía que se vestía así para atraerlo. En el fondo, acababa de revelar un poco de su humildad e inseguridad. Eso era bueno. Nunca había salido con un hombre dispuesto a sincerarse con ella.

–Me encantaría ayudarte.

–¿En serio? No quiero molestarte con esto –miró su traje, como si dudara de su habilidad para elegir colores–. Si conoces a alguna secretaria de administración que tenga más tiempo libre...

Bonnie se preguntó que quería decir con eso. Quizá sólo estuviera interesado en la pintura, pero decidió que daba igual. Ya se había ofrecido a ayudarlo, y no podía dar marcha atrás sin quedar como una boba.

–En serio, no me importa ayudarte. Será interesante.

–Fantástico. Un millón de gracias.

–No es nada. ¿Cuándo quieres ir? Estoy libre esta tarde –comprendió que se había precipitado en cuanto lo dijo.

–Esta tarde no puedo... –él negó con la cabeza.

Ella se mordió la lengua. Sabía que no debía haberlo dicho. Las páginas veintiuna a veinticinco del libro insistían en no presionar al hombre para conseguir una cita; había que dejarlo en sus manos.

–Pero si quieres ir a hacerte una idea y traer algunas muestras mañana, sería fantástico.

–No es problema –aceptó ella. Ya no podía decirle que, de repente, estaba ocupada.

–Podrías enseñármelas mañana, comiendo.

–Lo siento, mañana no estoy libre para comer –dijo ella, en contra de todo proceso intuitivo. Él le estaba pidiendo una cita, justo lo que deseaba, no entendía el sentido de rechazarlo. No lo tenía–. ¿Qué tal el miércoles? –sugirió, imaginando a Leticia Bancroft golpeándole en los nudillos con una regla de madera.

–El miércoles entonces –dijo él, mirando su calendario de mesa y haciendo una nota–. Apuntado.

–Muy bien –sonrió ella–. Entonces, nos veremos el miércoles.

Hasta que no salió del despacho y cerró la puerta a su espalda, no pudo pensar en lo que acababa de ocurrir.

Tenía una cita con Mark Ford. Sólo para comer, claro, pero era una cita. Técnicamente hablando.

Era un gran progreso.

2

La clave para que un hombre se enamore de ti, es hacer que se sienta cómodo contigo. Una de las mejores maneras para conseguirlo es una técnica que suelo llamar «respiración espejo».

La próxima vez que estéis juntos, observa el ritmo de su respiración y cópialo. Cuando él inhale, tú inhalas. Cuando suelte el aire, tú también lo sueltas. Esto envía al hombre una señal inconsciente de que estás en su misma frecuencia y, por lo tanto, puede abrirse a ti.

Te asombrarán los resultados.

Cómo seducir al hombre de tus sueños,

Leticia Bancroft.

Fue pura mala suerte encontrarse con Dalton Price esa tarde, en la tienda de pintura y decoración de Tappen.

–Si tienes intención de decorar, ya sabes que hay una serie de colores permitidos para el edificio –dijo él, señalando con la cabeza las muestras de pintura que llevaba en la mano.

–No son para mí –hizo una pausa y lo miró–. ¿Colores permitidos? Debes estar de broma.

–Sí –fue con ella hacia la fila que había ante las cajas–. Bromeo. Puedes pintar el edificio entero de color rosa, si te da por ahí.

–Vaya, gracias. Y tú cobrarías por mi trabajo, ¿no?

–Siempre piensas lo peor de mí, Bon.

–No parece molestarte mucho.

–No –sonrió–. Sé que sólo luchas contra la atracción que sientes por mí.

Ella pensó que, con esa sonrisa, casi podía tener razón. Pero Bonnie ya había luchado contra su atracción por él, y había ganado. Hacía mucho, mucho tiempo.

–¿Qué haces tú aquí? –le preguntó, viendo que ponía un juego de destornilladores, cinta aislante y una alcachofa de ducha ante la caja–. Supongo que sería mucho esperar que fueras a arreglar mi ducha.

–Pues... –le entregó una tarjeta de crédito a la cajera– la verdad es que sí.

–¿En serio? –ella enarcó las cejas. Dalton asintió–. Cielos, el casero se está volviendo generoso.

–El edificio ha cambiado de manos –dijo él tras firmar el recibo y recoger la bolsa–. Creo que el nuevo propietario quiere dar mejor impresión que el antiguo.

–Hum. Siempre y cuando no quiera ganar mucho más dinero que él, todo irá bien. Y siempre que no quiera hacer demasiados cambios –llevaba cinco años viviendo en el antiguo edificio, desde que se había licenciado en la universidad y había regresado a Tappen. Le encantaba el lugar, con sus pomos de cristal, puertas de madera tallada y ruidosas escaleras de incendios. Necesitaba muchos arreglos, pero rezó porque el nuevo propietario no quisiera convertirlo en una de esas cajas modernas que empezaba a haber por todos sitios.

–No creo que debas preocuparte –dijo Dalton, mientras salían.

–Eso espero.

–¿Quieres que te lleve a casa? –ofreció él, señalando un viejo Toyota que había aparcado ante la tienda.

–No, gracias, me irá bien el paseo.

–¿Ocho manzanas? ¿Cargada como vas? Vamos, Bon. Hace frío.

–No te preocupes por mí –dijo ella, aunque era cierto que había refrescado. Abrió el bolso para guardar las muestras de pintura, pero se le resbaló de las manos y cayó al suelo.

Cómo seducir al hombre de tus sueños, por supuesto, fue lo primero que rebotó en la acera.

–Deja que te ayude –Dalton se agachó para recoger las cosas.

–No...

Era demasiado tarde. Él tenía el libro en las manos.

–¿Cómo seducir al hombre de tus sueños? –miró a Bonnie, incrédulo–. Debes estar de broma.

–No es mío –le ardían las mejillas–. Es para una campaña publicitaria en la que trabajo –le quitó el libro de un tirón y lo metió en el bolso.

–Una campaña.

–Sí. Para una cliente muy importante.

–Hum –él fue al coche y abrió la puerta de atrás–. Diablos, yo podría contarte cien maneras de conseguir a un tipo ahora mismo. Para tu cliente, quiero decir.

–¿Por ejemplo...?

–Dejar de vestirse como una viejecita –dijo él, tras guardar las bolsas.

–¿Yo?

–Sí, tú –se acercó a ella y Bonnie percibió el calor de su cuerpo. Se inclinó y le desabrochó los dos botones superiores. Las yemas de sus dedos rozaron su piel, provocándole un cosquilleo. Ella se quedó sin aliento un instante.

–¡Quítame las manos de encima! –exclamó.

–Llevas diciendo eso desde el instituto –soltó una risa–. Relájate un poco.

–Tú llevas diciendo eso desde el instituto –protestó ella, más molesta por su reacción al roce que por la impertinencia.

–Pero era con otro fin –sonrió como un lobo–. Entonces intentaba ayudarme a mí. Ahora intento ayudarte a ti.

–Creo que eso también lo decías en el instituto.

–Vaya, si hubiera sabido que escuchabas lo que decía, habría tenido más cuidado –Dalton chasqueó la lengua.

–Deberías haberlo tenido de todas formas –Bonnie se preguntó si recordaba la única noche que habían pasado juntos tan bien como ella. Se preguntó si sabía que había sido su primera vez y que se había sentido sucia y fácil cuando él no volvió a llamarla–. Me voy –dijo, dando un paso atrás–. Hasta luego.

–¿Qué he dicho? –él la escrutó con el ceño fruncido.

–Nada –ella no iba a admitir que seguía dolida por algo ocurrido once años antes–. Sólo quiero andar.

–Bon... –Dalton agarró su brazo y la obligó a mirarlo–. ¿Qué va mal? –tenía el rostro serio. Era muy guapo.

–Dalton, nada va mal. ¿Es que una chica no puede hacer un poco de ejercicio, si quiere? Hace una noche agradable, sólo quiero andar.

–Si sólo es eso –él la estudió un momento–. Porque no pretendía decir nada que te molestara.

–Cuidado, Dalton. Alguien podría pensar que te preocupas por la gente –sonrió ella. No sería justo hacer pagar al hombre por el error que cometió el chico muchos años antes.

–¿Acaso alguien piensa que no me preocupo? –dijo él, estrechando los ojos.

–No te hagas el blando conmigo –dijo ella. Tenía un nudo en la garganta y sentía opresión en el pecho. La preocupaba que él aún consiguiera provocarle ese tipo de reacción física.

–Eso no ocurrirá nunca –él movió la cabeza y sonrió de medio lado.

–Vete a casa, Dalton –Bonnie se giró y empezó a andar. Sintió su mirada en la espalda hasta que oyó el motor del coche arrancar.

Sólo entonces pudo relajarse.

Al día siguiente, Bonnie descubrió que la técnica de respiración-espejo de Leticia Bancroft era un desastre.

Nunca se había dado cuenta de lo difícil que era respirar conscientemente. Inspirar cuando lo hacía Mark, soltar el aire con él. Requería tanta concentración que apenas podía pensar en otra cosa.

Quizá si hubieran estado tumbados en la cama, una escena que le gustaba imaginar, podría haberlo hecho. Pero sentada ante él, moviéndose de vez en cuando para recoger documentos o bocetos, era imposible.

Finalmente, cuando él la miró y, con la mano sobre el teléfono para pedir ayuda, le preguntó si estaba hiperventilando, decidió abandonar.

–Fue muy embarazoso –le dijo a Paula esa noche, en un bar de Tappen–. La idea, tal y como yo la entendí, era que eso le crearía una sensación inconsciente de comodidad. No pensar que yo parecía enferma.

–Sinceramente, creo que todo esto te hace parecer enferma –Paula tomó un trago de cerveza–. Piénsalo, ¿estás leyendo un libro para hacer que un hombre se enamore de ti!

–Llevo aquí cinco años, trabajando cinco días a la semana en una ciudad en la que se supone que sobran hombres, y no he conocido a nadie interesante – Bonnie exprimió una rodaja de lima en su tónica–. Mark es el único que me ha parecido que podía ser Él. Si analizas los datos, es perfecto para mí –encogió los hombros–. Tengo que hacer todo lo que pueda.

–¿Los datos? ¿Qué me dices de la química?

–Oh, no, no, la química me ha fallado demasiadas veces –Bonnie negó con la cabeza–. No pienso dejarme llevar otra vez. Voy a escuchar a mi cabeza, y la cabeza me dice que Mark es perfecto para mí.

–Entonces, creo que deberías considerar la oferta de Dalton –Paula la miró con escepticismo–. Sigue los consejos de seducción de un tipo de verdad, no de una cuasi psicóloga de pacotilla.

–Para empezar, Dalton no lo ofrecía en serio, sólo se burlaba. Además, dejé de confiar en el juicio de Dalton Price hace mucho tiempo.

–Es un hombre. Eso no puedes negarlo.

–No.

–Un hombre que conoce a las mujeres.

–A miles de mujeres.

–Desde mi punto de vista, eso lo convierte en un experto.

–Desde el mío, lo convierte en otra cosa –tomó un sorbo de tónica–. Mira, Bancroft tiene la garantía estadística. He mirado su página web. Más de mil mujeres han tenido propuestas de matrimonio que atribuyen directamente a su libro, y sólo en tres meses. Tiene la clave.

–Yo diría que tiene la clave para hacerse rica a costa de mujeres desesperadas –apuntó una voz familiar a su espalda.

–Dalton. Que agradable verte de nuevo –dijo Bonnie volviéndose. Paula controló una carcajada.

–Así que el libro era para una cliente, ¿eh? –le hizo una seña al camarero para que sirviera una cerveza.

–Una de mis favoritas –dijo ella, sonrojándose.

–Y mía también –sonrió él–. Vamos, Bon. Te gusta un tipo y tú le gustas a él, ¿qué problema hay? Sé tú misma. ¿Por qué utilizar trucos?

–Porque el tipo ni siquiera sabe que existe –apuntó Paula.

–Puede que no, pero pronto lo sabrá –Bonnie le lanzó una mirada fulminante a su amiga.

–Si un tipo no sabe que existes, debe estar ciego –Dalton aceptó la cerveza que le dio el camarero.

Bonnie se ruborizó ante el piropo. No entendía por qué la afectaba así. Era Dalton Price, por Dios santo.

–Oyéndolo de tus labios...

–Hablando de labios –él agarró un taburete y se sentó muy cerca–. ¿Qué le encuentras al carmín rojo?

Los labios rojos recuerdan a los hombres, a un nivel primario, la fruta de tu sexo, madura para la cosecha.

Leticia Bancroft.

–Nada –rezongó Bonnie.

–Lo recomienda el libro, ¿eh?

Ella no contestó.

Un hombre se acercó y le pidió a Paula que bailase con él. Ella aceptó y dejó a Dalton y a Bonnie solos.

–Mira, tengo que hablar de otra cosa contigo –dijo Dalton–. Necesito un favor.

–¿Has arreglado mi ducha?

–Sí.

–De acuerdo, dispara –sonrió ella.

–¿Recuerdas que te dije que el edificio tiene un nuevo propietario?

Ella asintió.

–Bueno, pues soy yo.

–¿Tú? –lo miró boquiabierto–. ¿Tú has comprado el edificio? –pensó en Elissa y en la seguridad que eso implicaba para su futuro. Sintió calidez y orgullo.

–No te sorprendas tanto. No tenía intención de cuidarlo para otra persona durante el resto de mi vida. Sólo estoy poniéndome al día con todo.

–¿Cómo lo has hecho? ¡Debe costar una fortuna!

–Tengo mis recursos –dijo él, un poco molesto.

–Sí, claro, no quería decir... –Bonnie se hubiera dado de bofetadas, tenía que empezar a pensar antes de abrir la boca.

–Es igual. El tema es este. Quiero arreglar el edificio y hacer publicidad. Sólo está ocupado al sesenta por ciento.

–Me gusta que esté medio vacío.

–Puede que a ti te guste, pero yo prefiero tener más inquilinos.

–Sí, claro –aceptó ella–. Pero, ¿qué puedo hacer yo? No me dedico al tema inmobiliario.

–Pero haces publicidad. Estás rodeada de gente que se dedica a hacer que las cosas atraigan al público.

–Cierto –se alegró de que no comentara que ella misma era la excepción, con su ropa verde oliva y el carmín rojo fuego–. Pero inmobiliaria... –Bonnie negó con la cabeza–. Si quisieras vender dentífrico, soy perfecta.

–Lo tendré en mente. Entretanto, ¿podrías recomendarme a alguien que quisiera diseñar un anuncio?

–¿Otra persona? ¿No yo? –la molestó que ni siquiera pensara en pedirselo.

–¿Creías que te lo iba a pedir a ti? –él dio un trago de cerveza y se pasó el dorso de la mano por la boca.

–¿Estás diciendo que no te fías de mí?

–Acabas de decir que sólo sabes vender pasta dentífrica.

–No he dicho que «sólo» sepa vender dentífrico. Quería decir que tu trabajo es distinto a lo que suelo hacer.

–Y no te sientes capaz de hacerlo sola –Dalton se encogió los hombros con indiferencia–. Lo entiendo.

–Oye, no es tecnología espacial. Claro que podría hacerlo.

–¿Sí? Gracias por ofrecerte –él sonrió de oreja a oreja–. Acepto la oferta.

–Espera un segundo, no quería decir... –ella comprendió la jugada. Una vez más, Dalton había manipulado la conversación para su propio beneficio–. ¿Qué gano yo haciéndolo?

–Podría pagarte, claro. O... –él sonrió con astucia– podríamos hacer un trueque.

–¿Trueque?

–Te ayudaré a conseguir a tu hombre –dijo él.

–Venga ya, Dalton –ella se puso roja como la grana. Tenía la impresión de que demasiada gente estaba al tanto de que intentaba seducir, sin éxito, a Mark Ford.

–En serio. El dinero tiene un valor finito, pero la experiencia... –Dalton se dio un golpecito en la sien–. No tiene precio. Puedo descubrirte los secretos de la seducción.

–No me interesan las clases prácticas, ya lo sabes –dijo ella, mirándolo con escepticismo.

–Es la mejor forma de aprender.

–Gracias, pero no, gracias –rezongó ella.

–Pero lo primero es lo primero. Necesitas lo básico –insistió él.

–¿Estás diciendo que ni siquiera tengo lo básico?

–Claro que lo tienes, simplemente no lo usas. Estás llevando esto muy mal.

–¿Qué quieres decir...?

–El carmín, la ropa fea. Olvídalo. Si de veras quieres conseguir a ese bobo indigno, puedo ayudarte –alzó los hombros con indiferencia–. O puedo pagarte y tú gastarte el dinero en malos consejos. Lo que quieras.

Ella quería a Mark, y tenía que admitir que el método Bancroft no iba demasiado bien.

Pero, ¿y si Dalton también se equivocaba? Sabía conseguir mujeres, era indudable, pero eso no implicaba que supiera cómo las mujeres seducían a los hombres. Quizá a hombres como él, sí, pero era muy distinto de Mark Ford. Posiblemente le iría mejor siguiendo los consejos de una experta como Leticia Bancroft.

–Lo pensaré.

–No crees que pueda ayudarte –Dalton se pasó la mano por el cabello oscuro. Sus ojos chispeaban divertidos.

–¿Qué?

Él siempre había sido capaz de leerle el pensamiento. La sacaba de quicio.

–Como no nací con sangre azul, no crees que pueda ayudarte a seducir a un tipo que la tiene.

–No es eso –mintió ella.

–Claro que sí –él soltó una carcajada–. También crees que tienes que convertirte en Miss Park Avenue 2005 para atrapar a un tipo que tiene un buen puesto; eso explicaría tu cambio de vestuario –la miró de arriba abajo–. ¿Ese tipo trabaja en el mismo edificio que tú?

–Eso da igual.

–O sea, que sí. Lo sabía. Apuesto a que también fue a una elegante universidad de pago, ¿verdad?

Tras plantearse la posibilidad de negarlo, asintió.

–Por eso tienes esa pinta de señora bien últimamente. Crees que tienes que parecer a las chicas que ha tenido alrededor toda su vida. Y, como siempre que crees algo, te costará dejar de lado esa idea.

–¡Ves!, exactamente por eso no puedes ayudarme –apuntó Bonnie, intentando distraer su atención–. Siempre crees que sabes más que yo.

–Suele ser así.

–Esta vez no.

–De acuerdo –él se encogió los hombros–. Hazlo a tu manera. Será divertido. Estoy deseando ver cuál es el siguiente paso. ¿Perfume de vainilla para

recordarle a su madre? ¿Plumas en el pelo para que se sienta libre? –Dalton se acabó la cerveza de un trago y empezó a irse.

Está demostrado que los hombres reaccionan al aroma de vainilla y al de tarta de calabaza. Intenta incorporarlos sutilmente, para que se sienta relajado.

Leticia Bancroft.

–Espera –llamó Bonnie.

–¿Sí? –él se detuvo y se dio la vuelta.

–¿Te gusta apostar?

–¿Qué se te ha ocurrido? –él sonrió y se apoyó en la barra.

–Una partida –ella señaló la mesa de billar–. Si gano yo, consigo... –lo pensó– un mes sin pagar alquiler.

–¿Y si gano yo? –la miró con escepticismo.

–Probaré tu estrategia de seducción.

–Así pago yo, gane o pierda –él soltó una risa irónica y negó con la cabeza–. Gracias, pero no, gracias.

–Bueno, vale, vale. Si ganas tú, lo haré a tu manera y además diseñaré una campaña publicitaria para ti.

–Eso es un intercambio justo –dijo él, tras pensarlo–, no una apuesta con ganancias.

–¿Qué más quieres? –suspiró ella. Era bastante más listo que la media de los hombres de Tappen. Siempre lo había sido.

Él pensó un momento.

–Por lo que recuerdo, eras bastante buena cocinera.

–¿Y? –lo miró con sorpresa.

–Y a mí me gusta comer. A Elissa también –tiró un cacahuete al aire y lo cazó con la boca–. Si nos cocinas cinco comidas, cuando yo quiera, trato hecho.

–Y si gano yo, dos meses gratis de alquiler.

–Uno.

–Uno y medio.

–Uno.

–De acuerdo –ella sabía que la convencería por agotamiento. Así había conseguido que le entregara su virginidad–. Trato hecho.

–Pero no podrás desviarte de mi plan para conseguir a tu hombre. Tienes que hacer todo lo que te diga.

–Siempre que sea razonable –sintió un escalofrío de excitación. No sabía si se debía a la posibilidad de conquistar a Mark Ford o a su reticencia a aceptar los consejos de un tipo que le había roto el corazón.

–Bonita, yo siempre soy razonable.

Fueron hacia la mesa de billar que había junto a la ventana. Dalton colocó las bolas mientras Bonnie iba a por los tacos y ponía tiza en la punta.

–No aprietes tanto –aconsejó Dalton, observándola–. Vas a romper algo.

Ella miró la tiza, que estaba rompiéndose en trocitos. Dalton la ponía nerviosa. Sopló la punta del taco y dejó la tiza.

–Que esa sea tu primera lección –dijo Dalton con voz diabólica.

–De... –ella entendió a qué se refería–. Eh, Dalton. Deja de pensar en granujadas.

–Y tú no te hagas la princesa –dio un paso atrás y le pidió que abriera la partida–. Esa es la segunda lección. Ser un poco granuja te ayudará en tu objetivo.

–Hay una gran diferencia entre sexo y granujería, te aviso.

–La frontera es muy fina –dijo él con picardía.

Sabía que bromeaba, era irritante, pero estaba muy sexy. De pronto, recordó cómo fue enamorarse de Dalton. Rememoró la sensación de estar con él en el asiento trasero de su Chevy, de su cuerpo musculoso, su sabor, su olor. El recuerdo debería haberse desvanecido después de once años, pero no era así.

Deseosa por apartar los recuerdos, se inclinó sobre la mesa y abrió la partida. Lo hizo con tanta fuerza que la bola blanca saltó por el borde y cayó al suelo.

Dalton miró la bola, se agachó con calma y la puso en la mesa.

–¿Tienes algo en la cabeza? –preguntó, con cara de póquer.

–Creo que te toca a ti.

Él soltó una carcajada y metió dos bolas rayadas. Bonnie inspiró con fuerza y, de un tiro limpio, metió una bola. Desde ese momento su juego mejoró considerablemente y empezó a ganar. Ya estaba contando el dinero que se ahorraría de alquiler cuando Dalton tuvo una racha de buena suerte. Ganó por un solo punto.

–Estoy pensando que me apetecen unos espaguetis con albóndigas –dijo él, estirándose con languidez–. Con pan de ajo. Del de verdad, no del que se compra en la tienda.

–Te apestará el aliento.

–Perfecto –sonrió–. Mejor antes que después. Me muero de hambre.

–Exijo una revancha.

–Esta partida ha sido demasiado apretada –dijo él–. ¿Crees que voy a arriesgarme a perder toda esa comida casera? No soy tonto.

–Espero que no –Bonnie soltó un largo suspiro–. Parece que mi futuro depende de ello.

3

Cada tres minutos, los hombres piensan en el sexo. Aprovéchalo.

Dalton Price.

–No.

–¿No?

–De ninguna manera.

–De ninguna manera, ¿qué? –preguntó Bonnie a Dalton, que estaba en el vestíbulo del edificio, con Elissa.

–Ese conjunto.

–¿Qué pasa ahora? –Bonnie se miró—. Lo compré en Laura Ashley, ¡en Londres! Es uno de mis vestidos favoritos. Me costó una fortuna.

Dalton y Elissa intercambiaron una mirada.

–La señora Malone tiene uno como ése –dijo Elissa, arrugando la frente—. Pero es mucho más vieja que tú.

–De la boca de los niños... –Dalton soltó una risotada y le dio una palmadita en el hombro.

–¡Ahí estás! –dijo una anciana de pelo blanco, que llevaba un vestido estampado con flores. Nelly Malone—. ¿Lista para marcharnos, Lissy?

Elissa asintió. Bonnie se dio cuenta de que no le gustaba el diminutivo pero, gracias a Dios, era demasiado educada para quejarse.

–Hasta luego –se despidió Nelly, poniendo un brazo sobre el hombro de la niña y llevándola hacia la salida.

–Que lo paséis bien –dijo Bonnie, viéndolas partir.

–Adiós, papá. Adiós, Bonnie –dijo Elissa.

–Adiós, nena. Que seas lista en el cole –le dijo Dalton, con una sonrisa de orgullo.

–Estoy segura de que siempre es lista en el cole –dijo Bonnie, Elissa soltó una risita. Cuando se marcharon, Bonnie se volvió hacia Dalton—. El vestido de la señora Malone era casi igual que el mío.

–¿Tú también lo has notado? –rio él.

Bonnie miró su reloj. Tenía cinco minutos. Cinco minutos para ponerse algo más adecuado y sugerente para su almuerzo con Mark. Dalton la observó, como si pudiera leerle el pensamiento.

–Te llevaré a la ciudad –ofreció–. Tengo que ir de todos modos.

–¿Estás seguro?

–No es problema –asintió él–. Suelo ir un par de veces a la semana.

–De acuerdo. Volveré en seguida –empezó a andar, se detuvo y se dio la vuelta–. ¿Qué me pongo?

–Ni idea –la miró impasible–. No soy ningún experto en moda. Sólo sé lo que está mal cuando lo veo.

–¿Y sabes lo que está bien cuando lo ves?

–Desde luego.

«De perdidos al río», pensó Bonnie. Iba a probar el método de Dalton, al menos esa semana. Se acercó a él, le agarró del brazo y tiró de él hacia la escalera.

–Entonces, acompáñame.

Él había estado en su apartamento un par de días antes, pero apenas se había fijado en nada. Sólo tardó media hora en arreglar la ducha y no era de los que cotilleaban.

Estando allí, con Bonnie, el apartamento le pareció vibrante y lleno de vida. Se preguntó cómo no se había fijado en la curiosa fuente de mesa que había en el vestíbulo, ni en las acuarelas de Atlantic City que adornaban las paredes de su dormitorio. Sabía en qué tienda las había comprado.

Ella se detuvo ante el teléfono anticuado que tenía en la cocina y llamó a su amiga Paula para decirle que no iría con ella en el autobús.

–Espera aquí un segundo –le dijo Bonnie, ya en el dormitorio, yendo hacia el vestidor–. Creo que tengo algo que aprobarás.

Dalton se sentó en la cama, cubierta con una colcha bordada, y pensó en estar allí con ella. Recordaba perfectamente la sensación de tenerla en sus brazos. Recordaba sus besos, llenos de dulzura. No había conseguido olvidarlos después de tantos años. Aunque nunca lo había obsesionado, Bonnie había permanecido en su memoria. Se dijo que probablemente se debía a que sólo habían estado juntos una vez, no a que estuvieran predestinados a quererse.

Tenía sentido ayudarla a encontrar al hombre de su vida. Ella le importaba y quería verla feliz, pero él no era la persona adecuada. De hecho, teniendo en cuenta la descripción del tipo que la interesaba, eran totalmente opuestos. Por eso, como amigo y hombre de bien, tenía la obligación de ayudarla. A pesar de todo, la idea lo irritaba vagamente.

–¿Qué te parece? –Bonnie salió del vestidor con un ajustado vestido de punto, color rojo oscuro, con escote de pico. Cada curva de su cuerpo quedaba resaltada.

–Estás impresionante –dijo Dalton, con la boca seca. Había olvidado ese fantástico cuerpo, no sabía cómo. Ella llevaba demasiado tiempo poniéndose ropa holgada, estilo Nelly Malone.

–¿Sí? –se sonrojó.

–Un hombre tendría que estar ciego para no fijarse en ti, con eso puesto.

–Nunca me lo he puesto –se situó ante el espejo y miró su reflejo con escepticismo.

–Por eso, hoy no es el mejor día para hacerlo. No debes dar la impresión de que te estás esforzando demasiado.

–Eso mismo pienso yo –suspiró con alivio–. Buscaré otra cosa.

–Asegúrate de que no te dé aspecto de señora Malone –aconsejó él–. Tienes demasiada ropa de ese estilo.

–Muy gracioso, Dalton –le dijo ella desde el vestidor.

–Mira, un hombre piensa en el sexo cada tres minutos. ¿Quieres que te mire y se imagine haciendo el amor con la abuelita de alguien, o quieres que te mire y se imagine...?

–Entendido –gritó ella–. Quiero que piense en mí. No hace falta que entres en detalles –unos minutos después, salió–. Veamos, ¿qué tal esto?

Él alzó la cabeza. Bonnie llevaba un traje chaqueta color negro, que dejaba a la vista metros de pierna y un generoso escote, de piel aterciopelada. Piel cuyo sabor y olor conocía, piel que había acariciado una calurosa noche de verano, tiempo atrás.

Dalton se quedó sin aire.

–Supongo que esto se parece más a lo que tenías en mente –se abrochó un botón de la chaqueta, cerrando un poco el escote, y lo miró–. ¿Sí? Es sexy pero formal.

–Bastante bien –dijo él–. Yo diría que sí.

–Me lo imaginaba, porque no me siento del todo cómoda con él –se abrochó otro botón, ocultando más piel.

–Y no lo estarás hasta que consigas que te haga parecer una monja –comentó Dalton–. Acabarás poniéndote pantalones largos bajo la falda.

–La verdad es que lo había pensado.

–¿Desde cuando eres tan mojigata?

–Siempre lo he sido, Dalton, ya lo sabes.

–Bueno, pues tendrás que dejar de serlo si quieres captar la atención de ese tipo.

–Puede que todo esto sea un error –dijo ella, dejando de abrocharse botones.

–Exacto. Desabrocha por lo menos uno –no lo dijo por razones personales. Sólo quería asegurarse de que estuviera tan atractiva como podía estarlo. Por su propio bien, claro.

–No me refería a eso eso, sino a esto –señaló de él a ella–. A que tú y yo hagamos esto. O, más bien, a que lo haga yo –fue hacia la cama y se sentó a su lado–. Quizá no quiera a un hombre por quien tengo que hacer todo esto.

Dalton la miró y asintió con la cabeza.

–Quizá tampoco quieras a un tipo por quien tienes que vestirme como si estuvieras en el ejército.

–Bueno –ella soltó una risa seca–. No tenía que vestirme así para Mark Ford. En realidad, él lo odiaba.

–Un hombre debería aceptarte tal y como eres –aunque Dalton no conocía a Mark Ford, no sentía ninguna simpatía por él.

–Eso lo dice un hombre que me está pidiendo que me desabroche la blusa y me suba la falda –contestó ella con frialdad.

–Eh, tú y yo no hablamos de la valía del hombre al que quieres atraer. El trato no es ayudarte a encontrar al hombre de tus sueños, sea quien sea, sino ayudarte a conseguir a ese tipo que no sabe que existes –Dalton negó con la cabeza–. Nunca dije que fuese a merecer la pena.

–Pero él si la merecería –Bonnie suspiró y dejó caer la cabeza entre las manos. Después se puso en pie, tiró de la falda hacia abajo y asintió con firmeza–. Merece la pena.

–Si tú lo dices.

–Suenas escéptico.

–¿Yo? Siempre soy escéptico.

–Vale –dijo ella, tras mirarlo fijamente.

–Vámonos. No quieres llegar tarde. Podemos hablar de la cena en el coche.

–¿Cena?

–La cena que vas a prepararme esta noche –aclaró él, mientras empezaban a bajar la escalera.

–¿Esta noche?

–Hicimos un trato –dijo él, sin detenerse.

–Lo sé, pero suponía que me avisarías con tiempo.

–Y eso hago. Faltan diez horas –se detuvo ante la puerta y la miró–. ¿Tienes mejores planes para esta noche?

–No, pero tengo la esperanza de tenerlos.

–Escúchame, si te pide que salgas con él, dile que no estás disponible –abrió la puerta, esperó a que saliera y la siguió–. Y esta noche quiero espaguetis con albóndigas.

–Espaguetis con albóndigas –ella lo miró con expresión de impaciencia.

–A mi hija le encantan –añadió él.

–Entiendo. Bueno, en ese caso lo haré. Por Elissa –fue hacia el coche. Dalton, detrás de ella, sonrió al ver el bamboleo de sus caderas.

Siempre estaba más atractiva cuando era inconsciente de sus movimientos. Se preguntó cómo podía convencerla de eso.

Para cuando llegaron al coche, Dalton empezaba a pensar que quizá no debería enseñarle a Bonnie nada sobre cómo conquistar a un hombre. Porque los hombres eran bastante estúpidos. Y más lo sería un tipo que parecía no demostrar ningún interés por Bonnie.

Dalton también había sido un estúpido en otra etapa de su vida, lo admitía. Pero lo molestaba ver a Bonnie hacer cosas que la incomodaban, por un tipo que no podía merecerse ese sacrificio. Una parte de él opinaba que no debía ayudarla en algo así.

Por otra parte, era una mujer adulta. Podía cuidar de sí misma. De hecho, teniendo en cuenta las pullas que llevaba soltándole veinte años, siempre había sido más que capaz de cuidarse.

Además, él nunca la había visto comprometer sus valores. No en última instancia. Por ejemplo, en séptimo, se había negado rotundamente a diseccionar una rana en clase de ciencias. Le había dicho a la profesora, delante de todos, que prefería suspender a matar una rana. Al final, se había salido con la suya, aunque se perdió uno de los proyectos más interesantes del curso.

Se dijo que si la ayudaba a conquistar a un tipo indigno de su interés, ella misma se daría cuenta de que no era lo que deseaba.

–Tenemos quince minutos –comentó Bonnie, sacándolo de su ensimismamiento–. Es imposible que llegemos a tiempo al trabajo.

–Llegaremos.

–No lo creó –Bonnie chasqueó la lengua–. ¡Mira qué tráfico!

–Lo he visto peor –dijo él, acelerando y adelantando a un taxi. Ignoró los bocinazos y la mirada de alarma de Bonnie.

Ella se ajustó el cinturón de seguridad y Dalton se aguantó una carcajada.

–No tiene gracia, Dalton. Si me mojo las bragas de miedo, no resultará nada sexy.

–Para un tipo que merezca la pena, no –corroboró él, levantando el pie del acelerador.

–Bueno –dijo Bonnie un poco después, con voz tensa–. Hoy almuerzo con Mark, y...

–¿Mark?

–El tipo.

–Ah. Ya. Almuerzo con Mark. El tipo. Entiendo –dijo él mirándola de reojo.

–Sí –ella arrugó la frente–. Sigues conmigo en esto, ¿no?

–Claro. Se me había olvidado el nombre. Sigue. Hoy almuerzas con él.

–Sí, para hablar de la pintura de su despacho.

–Sexy.

–Sé que no es ideal –suspiró ella–, pero es lo que hay. Me estaba planteando si debía preguntarle si quiere tomar algo después del trabajo. Ya sabes, algo más íntimo. Dejando abierta la puerta a algo más, pero con despreocupación –Bonnie se agarró al asiento cuando él adelantó a una furgoneta y se detuvo bruscamente ante un semáforo en rojo.

–Vas a almorzar con el tipo, ¿y quieres invitarlo a unas copas unas horas después? –Dalton miró a Bonnie–. Eso no tiene nada de despreocupado.

–Tienes razón –gimió Bonnie–. Entonces, ¿qué hago?

–Esperar a que él dé el paso siguiente.

–¡Eso podría tardar una eternidad!

–En absoluto.

–Lo digo en serio, Dalton. Lleva meses trabajando conmigo y no ha dado ni un solo paso.

–Nunca habías tenido ese aspecto –Dalton hizo un ademán con la mano, sin apartar la vista de la carretera.

–Sobre eso... ¿estás seguro de que estoy bien? –Bonnie bajó el visor, vio que no tenía espejo y volvió a levantarlo. Movi6 el espejo retrovisor.

–Eh, necesito eso –protestó él.

–Ahora te lo devuelvo –Bonnie abrió el bolso, sacó un pintalabios y se pintó cuidadosamente.

Él la observó un segundo más de lo necesario, y estuvo a punto de no ver el autobús escolar que reducía la velocidad para girar.

Había historia entre ellos. Una historia que recordaba con claridad meridiana; ridículo, teniendo en cuenta que se reducía a una noche, unos cien años antes. Lo cierto era que tras los primeros años de odio mutuo, en primaria, Dalton había desarrollado una atracción por Bonnie que no conseguía superar. Había tenido la esperanza, con la ingenuidad típica de los diecinueve años, que acostarse con ella lo ayudaría; sin embargo, eso incrementó su ardor. Se asustó mortalmente. Iba a marcharse a la universidad unas semanas después y su beca era demasiado importante, para él y para toda la familia; no podía arriesgarse a desperdiciarla por pensar en una chica que había dejado atrás, en casa.

Afortunadamente, ella lo libró del problema rechazándolo. Lo único bueno de todo aquello era que Bonnie parecía haberlo olvidado.

–Tengo la impresión de que resulto algo... obvia –dijo ella–. No quiero dar la impresión de que me esfuerzo demasiado.

–Entonces, no te pases con el carmín.

–¿No? –Bonnie sacó un pañuelo de papel y lo apretó contra sus labios–. Así –volvió a colocar el espejo en su sitio y sonrió a Dalton–. ¿Está mejor?

–Sonríele así durante la comida –Dalton tragó saliva–. Será mantequilla en tus manos.

–¿Sonreírle? ¿Eso es todo? ¿Ese es tu consejo de experto? –puso los ojos en blanco–. No estoy segura de que esto vaya a compensar mi cocina.

–Yo no dije que tuviera que ser difícil, Bon. Sólo dije que funcionaría.

–¿Crees que no he probado a sonreírle antes?

–¿Desde dentro de esa tienda de campaña de flores rosas y amarillas que llamas vestido?

–Es la manzana siguiente –dijo ella, sin molestarse en contestar.

–Sé dónde está –aparcó ante el edificio, detrás de una furgoneta de reparto–. Veamos, recuerda. No demuestres entusiasmo. Por muy bien que vayan las cosas, no te traiciones. Puedes ser amistosa, sonreír, mirarlo a los ojos, pero no le preguntes si quiere tomar algo después. ¿Está claro?

–De acuerdo –ella recogió sus cosas.

–Si pareces demasiado ansiosa, pensará que eres una mujer fácil. Mantén el misterio.

–Entendido –ella empezó a abrir la puerta.

–Y, ¿Bonnie?

–¿Qué? –ella se volvió hacia él.

–Abróchate uno de esos botones –dijo él, esbozando una media sonrisa. No pudo resistirse–. Estás enseñando demasiado escote.

Mark había elegido el restaurante más ruidoso y barato de toda la manzana. Era poco más que una cafetería y las luces eran tan brillantes que hasta Mark parecía demacrado. Bonnie no podía ni imaginarse qué aspecto tendría ella.

–Muchas gracias por esto –dijo Mark, entregándole la carta–. Sé que tienes cosas mejores que hacer con tu tiempo.

–No es problema –sonrió Bonnie, preguntándose si las luces le darían a sus dientes el mismo tinte verdoso que le daban a la mesa de formica.

Los dientes de Mark, por supuesto, eran de un blanco luminoso.

Miraron la carta y pidieron sándwiches. Después, Bonnie abrió su maletín y sacó las muestras de color que había elegido en la tienda.

–La luz aquí no es muy buena –comentó–, pero me pareció que este azul y este gris iban bien juntos y conseguirían el efecto que buscabas.

Mark tomó las muestras y las examinó, inclinándolas de un lado a otro, posiblemente para compensar el efecto de los fluorescentes. Después de mirar otras combinaciones durante media hora, mientras comía un sándwich de pavo

reseco y ofrecía una sonrisa deslumbrante a la camarera cada vez que le servía café, volvió a la primera opción que le había dado Bonnie.

–Esta es fantástica –esbozó su sonrisa de artista de cine–. Tienes un gusto excelente.

–Vaya, gracias.

–Sé que quizá no debería pedirte esto... –frunció el ceño y la miró un segundo. Ella se inclinó hacia delante, pensando que Dalton estaría contento con la panorámica de escote que ofrecía a Mark al hacerlo.

–Sigue. ¿Qué querías?

Mark titubeó un momento. Bonnie deseó en silencio que se atreviera. Y lo hizo.

–Odio pedírtelo, porque ya has hecho mucho por mí, pero, ¿te importaría ayudarme a encontrar a alguien que haga el trabajo fuera de horas de oficina?

–Oh. Bueno... –ella se echó hacia atrás de nuevo.

–No debería haberlo mencionado –dijo él rápidamente–. Después de todo lo que has hecho...

Bonnie pensó rápidamente. Más ayuda implicaba más tiempo con Mark. Y eso era bueno.

–No me importa ayudarte –dijo con su sonrisa más cortés–. ¿Has probado con alguien de mantenimiento?

–Aún no. ¿Tienes algún contacto?

–Roger es quien suele venir cuando hay algún problema –dijo ella, tras pensar un instante–. Es una buena posibilidad.

–Vaya, te agradecería mucho que se lo preguntaras –Mark esbozó de nuevo La Sonrisa.

–¿Yo...? –ella era una ejecutiva. Había estudiado como una loca en la universidad, se había graduado con matrícula de honor y había conseguido trabajo en una de las agencias publicitarias más prestigiosas de Nueva York. Y ese tipo le estaba pidiendo que actuara como su secretaria.

No le gustó nada.

–¿Desean algo más? –le preguntó la camarera a Mark.

–¿Quieres algo? –él miró a Bonnie.

–No, gracias.

–Sólo la cuenta –le dijo a la camarera.

Ella sacó una libreta del delantal y escribió algo en la hoja antes de dársela a Mark.

Hasta del revés, Bonnie vio que había apuntado su nombre, Amber y también su número de teléfono. Era vergonzoso. Seguramente a Mark le ocurría con frecuencia, pero que una mujer se atreviera a hacerlo cuando estaba acompañado, era de un gusto pésimo.

Y más aún, lo fue que él arrancara ese trozo de papel de la cuenta y se lo guardara en el bolsillo.

–Bueno –deslizó la cuenta hacia Bonnie, por encima de la mesa–. ¿Pagamos a medias, o...?

No siguió, pero ella se imaginó posibilidades: «¿O pagas tú todo? ¿O ponemos un dólar en la mesa y salimos corriendo?»

–Dime cuánto me toca –replicó Bonnie, bastante asqueada con él. Mark no pareció notar nada raro en su tono de voz.

–Son diecinueve setenta, que con la propina serían unos... veinticinco dólares...

Una propina muy generosa. Eso era buena señal. Al menos probaba que no era un tacaño empedernido.

Bonnie se dijo que no quería que se sintiera incómoda pagándolo él todo, como si fuera una cita. Sacó quince dólares del bolso y los dejó sobre la mesa. Ella tampoco quería parecer tacaña. Él la miró.

–Oye, Bonnie –se inclinó hacia ella–. Me siento un poco raro con esto. ¿Qué te parece si pago yo todo?

–Gracias, Mark –aunque la alegró mucho oírle decir eso, no sabía cómo reaccionar–. Es muy generoso de tu parte –esperó que no fuera demasiado sarcástico decirle eso a un hombre en un restaurante tan horrible. Al fin y al cabo, lo había elegido él.

–Soy de Iowa –dijo él, devolviéndole el dinero y moviendo la cabeza–. Nunca me plantearía no pagar allí, pero en Nueva York todo es distinto. A algunas ejecutivas no les gusta que un hombre actúe como un hombre. Pero tú no eres dura de corazón, lo intuyo –sonrió y Bonnie se estremeció. Era muy atractivo–. Supongo que a veces debo seguir mis instintos. Todos lo hacemos.

Ella pensó que su instinto le estaba gritando que saliera corriendo de allí, pero su mente seguía recordándole que el instinto siempre le había fallado en el pasado. Mark era un excelente candidato matrimonial. Un material genético perfecto como padre. Tenía sentido, sobre el papel, y en persona. Tenía que seguir con su plan.

El plan de Dalton. Lo probaría durante un mes.

Deseó que Mark le pidiera una cita para poder seguir el ridículo consejo y rechazarlo. Eso sería la prueba de fuego del plan de Dalton.

Por desgracia, no tuvo la oportunidad de probarlo.

Para cuando ella y Mark regresaron a la oficina y se despidieron, Bonnie no tenía ni idea de si las cosas habían ido bien o fatal. Lo pensó toda la tarde y, por fin, de camino a casa, sacó el móvil y llamó a la única persona que sería totalmente sincera con ella.

4

Hay más de un camino para llegar al corazón de un hombre, pero el estómago es una de las rutas más fiables.

Dalton Price.

–¿Quería que pagarais a medias? –preguntó Paula, incrédula–. Mándalo al cuerno.

Bonnie se puso el auricular en la oreja y se guardó el móvil en el bolsillo. Iba andando a un pequeño mercado que le gustaba mucho.

–Número uno, no es mío para mandarlo al cuerno...

–Un tecnicismo.

–... y número dos. Te he dicho que sólo lo sugirió al principio. Al final, no sólo pagó, también dijo que tenía miedo de ofenderme, a mí, una ejecutiva de ciudad, ofreciéndose a pagar. Dijo que yo no era dura de corazón, como otras mujeres que ha conocido aquí.

–Oooohh, ¿ha dicho que no eres dura de corazón? –se burló Paula.

–Lo dijo como un cumplido. Y así me lo tomé –Bonnie se detuvo ante el mercado y le abrió la puerta a una anciana que salía cargada de bolsas.

–¿Sabes qué? –rezongó Paula–. Como yo lo veo, es mejor arriesgarse a ofender a alguien pagando, que arriesgarse a quedar como un bastardo tacaño.

–No te preocupes por herirme –Bonnie no pudo evitar una sonrisa ante el desparpajo directo de su amiga.

–Perdona, pero si quieres oír zalamerías, no deberías llamarme a mí.

–Bien lo sabe Dios –agarró una cesta de la compra y fue a la sección de verduras.

–Y no las oirás mientras quieras salir con un aprovechado.

–Espera un segundo, no es un aprovechado. Pagó –echó dos cebollas en la cesta y fue a la sección de hierbas aromáticas a por albahaca fresca.

–No se trata de quién pagó al final... –Paula suspiró como si estuviera hablando con una niña atolondrada–, es decir, no es sólo eso; es cuestión de intenciones. Y este tipo quería que pagarais a medias. Eso no cuadra con mi idea de un hombre caballeroso.

La verdad era que para Bonnie tampoco cuadraba. Pero había tenido muchas ocasiones para plantearse sus ideas sobre la caballerosidad en la última década. No era la primera vez que se encontraba con un hombre que quería pagar a medias, ni la primera que se había preguntado si sería injusto esperar otra cosa.

La caballerosidad no era una expectativa razonable en esos tiempos. Los años cincuenta habían quedado atrás. Eso sorprendía a gente como Bonnie, que había crecido viendo y adorando las películas de Doris Day. Pero no todo el mundo había sido educado con esas ideas anticuadas... quizá no fuera justo penalizarlos por eso.

–Paula, no creo que nuestras ideas no estén sirviendo de mucho ahora mismo –Bonnie suspiró y fue hacia la carnicería–. ¿Cómo va la caza del elusivo pero atractivo jefe?

–No preguntes.

–Estoy preguntando.

–Digamos que no es fácil de conseguir.

–Puede que esté casado.

–Creo que si estuviera casado, yo lo sabría.

–¿Y sabrías si tiene novia?

–No la tiene. Está disponible. Está interesado.

–¿Cómo puedes estar tan segura?

–Bonnie –Paula soltó un largo suspiro–. Bueno, no quiero que te pongas como loca ni nada, pero... él y yo ya hemos... ya sabes...

–Ya habéis, ¿qué?

–Ya sabes... estado juntos.

–¡No puede ser!

Muchas personas se volvieron y la miraron. Pero considerando que al menos la mitad tenían un teléfono en la mano, Bonnie no se sintió demasiado culpable.

–Sí, lo hemos hecho. Bueno, casi. Hemos hecho todo lo que se puede hacer sin, bueno, sin llegar al final.

–¿Cuándo? –susurró Bonnie–. ¿Cuándo has tenido tiempo? Sólo hace un mes que trabaja allí. ¿Por qué no me lo has contado antes?

–Porque sabía que reaccionarías así.

–Así, ¿cómo? –Bonnie notó la aspereza de su voz e intentó suavizarla–. Me decepciona que no me hayas creído digna de tu confianza.

–No es que no confiara en ti, Bon, es sólo que... no sé. Supongo que no estaba demasiado orgullosa de haberlo hecho.

–Pero, chica...

–No, no, está bien. Ya lo he aceptado. Pero creo que él se ha asustado por lo ocurrido.

–¿Alguien de la oficina conoce su vida privada? –preguntó Bonnie, tomó un número de turno de la máquina de la carnicería–. ¿Puedes enterarte de algo?

–Nadie sabe nada. Tampoco saben nada de lo nuestro. La verdad, tengo la tentación de entrar en una de esas páginas de Internet en las que se puede investigar a la gente.

–Puaj.

–Ya lo sé.

–Un momento, Paula –dijo, al oír que decían su número–. Tres cuartos de kilo de carne picada, por favor –el carnicero asintió y Bonnie volvió a su llamada–. Perdona.

–¿Tres cuartos de kilo? Debes tener mucha hambre.

–Hoy cocino para Dalton. Es parte del trato.

–Cocinas para Dalton –Paula comprendió que esa era la vía para cambiar de tema–. ¿Qué le darás de postre?

–Muy graciosa –farfulló Bonnie. Se había olvidado del postre. A Elissa le gustaba el chocolate, así que decidió hacer una mousse.

–Cariño, te iría mejor compartiendo un postre metafórico en la cama con Dalton Price, que compartiendo sándwiches con el tacaño de Mark Ford. Me da igual lo deseable que sea, no puede serlo tanto como Dalton.

–Y a mí me da igual que tú y el resto de la población femenina penséis que Dalton es la bomba. De ninguna manera... –recordó de repente, que estaba en un sitio público y calló–. Tengo que irme, Paula. Te llamaré después.

Colgó, pagó la compra y salió de nuevo a la calle.

Por muy atractivo y sexy que fuera Dalton, no cometería el error de volver a acostarse con él. Y menos aún el de pensar que podían tener un futuro juntos.

Definitivamente, «ese» error no se repetiría.

Poco después de que Bonnie llegara a casa de Dalton para preparar la cena, Elissa se excusó para ver su programa favorito de la tele. Bonnie se quedó con la incómoda sensación de estar preparando una cena romántica para dos, en vez de una cena barata para tres.

–¿Quieres un poco de vino? –preguntó Dalton, mientras Bonnie sacaba los ingredientes de las bolsas de la compra.

–¿Tienes vino?

–Sí, una caja entera –la miró con paciencia exagerada, fue al armario y sacó una botella de merlot australiano–. A veces, juraría que crees que seguimos en segundo de primaria.

–Quieres decir que te subestimo –miró la botella y después a Dalton–. Tienes razón. Lo siento.

–No te preocupes –dijo él, sacando una cerveza de la nevera. Arrancó la anilla y alzó la lata–. No te equivocas del todo conmigo.

Ella se echó a reír. No pudo evitarlo. Era muy difícil resistirse a un hombre capaz de reírse de sí mismo.

–Eso me reconforta.

–Pero ya no somos niños, Bon –dijo él sirviendo una copa de vino y dándosela.

–Lo sé. A veces resulta difícil acostumbrarse a eso –ella había sentido un escalofrío de excitación al oír el tono de voz de Dalton. Se volvió hacia la encimera y empezó a arrancar las hojas de albahaca de los tallos.

–¿Por qué sigues aquí? –preguntó él. Bonnie, a su espalda, percibió un leve olor a cerveza. Se dio la vuelta y se sorprendió al verlo tan cerca.

–¿Qué quieres decir? Estoy preparando la cena.

–Me refiero a aquí, en Jersey. En Tappen. Podrías haberte mudado hace mucho tiempo. ¿Por qué no lo hiciste?

–Sí lo hice.

–¿En serio? –él enarcó una ceja.

–Estudié en París durante un año y me comprometí con un hombre que conocí allí. Vivimos juntos en Seattle durante casi dos años.

–Vaya. No tenía ni idea. ¿Qué ocurrió?

–No funcionó –Bonnie se volvió hacia la encimera. No quería pensar en ese breve periodo en el que había estado segura de hacia dónde iba y qué le depararía el futuro. Bueno, tan segura como puede estar una persona hasta que descubre estar totalmente equivocada.

–¿Quién era él? –persistió Dalton–. No me enteré de nada.

–¿Qué? ¿No recibiste la tarjeta?

–Cuando me fui de California, no dejé dirección de correo.

–Muy sabio por tu parte –Bonnie agarró un cuenco y echó dentro las hojas de albahaca.

–Vamos. Cuéntame lo que ocurrió –Dalton le puso una mano en el hombro y la obligó a darse la vuelta.

Bonnie comprobó que sus ojos azules eran cálidos y su rostro no era el del adolescente del que había estado locamente enamorada. Era el de un hombre a quien veía todos los días. Un hombre que podía ser su amigo.

–Te contaré la versión abreviada –soltó Bonnie un suspiro–. Yo tenía veintidós años, él veintitrés. Su hermana tenía dieciocho, por cierto, eso tiene su importancia.

–Eso no augura nada bueno.

–Desde luego que no. En aquella época yo viajaba mucho por trabajo y en uno de mis viajes me resultó muy difícil ponerme en contacto con Kirk. Nunca estaba en casa, o no contestaba al teléfono. Cuando regresé estaba distinto. Más distante –dijo ella un poco avergonzada–. Descubrí la razón dos meses después,

cuando la mejor amiga de su hermana, que también tenía dieciocho años, confesó estar embarazada.

Dalton soltó un taco.

–Me fui, como te puedes imaginar. Se casaron un par de meses después – Bonnie empezó a mezclar la carne con la albahaca–. Puede que sigan casados, ¿quién sabe? ¿Me acercas un huevo?

–Cielos, Bonnie, lo siento. No sé qué decir.

Dalton abrió la nevera y le dio el huevo. Ella lo cascó sobre el cuenco.

–No hay nada que decir –Bonnie era consciente de que esa había sido la última vez en su vida que había confiado plenamente en alguien. Dudaba de su instinto sobre todo y todos, hombre, mujer o niño. Y odiaba la debilidad que alimentaba esa inseguridad aunque sabía, intelectualmente, que se debía a su experiencia sólo con un mal hombre.

Pero también era la razón de que por fin hubiera decidido escoger a un hombre con la cabeza, no con el corazón.

–No juzgues a todos los hombres por el rasero de ése –dijo Dalton, como si le hubiera leído el pensamiento–. Ese tipo de cosas... –movió la cabeza con desagrado–. Son la excepción, no la regla.

–Lo sé –ella sonrió y salpimentó la carne–. Ahí es donde entras tú, ¿no?

–¿Yo? –Dalton metió los dedos en el cazo de la salsa para los espaguetis, que se estaba al fuego, y la probó.

–Esos dedos fuera.

–Apuesto que eso se lo dices a todos.

–Desde luego, si no sé dónde han estado los dedos antes –Bonnie estrechó los ojos y lo miró con dureza–. Y también si lo sé.

–Uf. Que crudeza.

–Hablemos en serio. Vas a ayudarme a conquistar a Mark Ford, ¿verdad?

–Eh. Sí. Correcto.

–Entonces. Dime... –ella quería dejar de hablar de su romance fallido– ¿qué hago a continuación?

–Creo que se mezcla todo –contestó él, señalando el cuenco con la cabeza–. Y la salsa para los espaguetis está fantástica.

–Gracias –ella lo miró fijamente–, pero me refiero a Mark. ¿Qué hago ahora con Mark? –metió las manos en el cuenco y empezó a mezclar la carne con lo demás.

–Deberías encontrar la manera de guisar para él.

–¿Guisar? ¿Hablas literal o metafóricamente?

–Una pregunta interesante –rio él–. Lo decía literalmente. Por algo dicen que el mejor camino para llegar el corazón de un hombre es el estómago.

–Me he esforzado mucho para que me tomen en serio en el mundo de los negocios –dijo Bonnie, empezando a hacer las albóndigas–. No quiero echarlo todo a perder entrando en la oficina con un delantal y una bandeja de galletas caseras.

–Nunca se sabe, esa podría ser una de sus fantasías secretas.

Bonnie lo miró con exasperación.

–Vale, vale, deja el delantal en casa. Pero lo de las galletas es buena idea. O podrías llevarte una ración grande de esa lasaña que solía hacer tu madre para las reuniones de la iglesia, y ofrecerle la mitad.

–¿Te acuerdas de la lasaña de mi madre? –preguntó ella, emocionada.

–Dios mío, ¿y quién no? Un bocado era como una droga. Me habría casado con tu madre yo mismo.

–¿Quién habría imaginado que era tan fácil cazarte? –Bonnie no pudo evitar reírse.

–Ahora conoces mi pequeño secreto –él alzó los hombros con indiferencia–. La comida es sensual. Sabor, olor, tacto –miró sus manos y luego sus ojos–. Muy sensual.

Bonnie puso los ojos en blanco y movió la cabeza, pero su forma de hablar la inquietaba en lo más profundo. Echó las albóndigas en una sartén e intentó bromear, para que Dalton no se diera cuenta de que le estaba provocando pensamientos lujuriosos.

–La verdad es que eso se parece mucho a los consejos de Leticia Bancroft. Y ella me salió mucho más económica que tú.

–Es la diferencia entre un vídeo de gimnasia y un entrenador personal. Yo te doy datos según vas avanzando. Además, no pienso pedirte que llesves un uniforme del ejército.

Ella abrió la boca para objetar, pero decidió no molestarse. La ropa verde había sido un desastre total.

–Además –siguió él–. Tienes que encontrar la manera de incluir algunos afrodisíacos en tu repertorio.

–Justo. «Eh, Mark, resulta que me sobran unas ostras y un poco de champán, ¿te apetecen?». Creo que se olería que hay gato encerrado.

–Es un buen consejo, Bon. Tómallo o déjalo.

–De acuerdo –suspiró ella–. Pero si me creo reputación de «perfecta ama de casa», te colgaré, amigo –dio la vuelta a las albóndigas.

–Eres una mujer fantástica, sólo tienes que añadir algún detalle, y lo tendrás en tus manos.

–Gracias –asintió ella, mientras oía tres veces el eco de la voz de Dalton Price llamándola «mujer fantástica»–. No estoy muy convencida, pero lo intentaré.

–Perfecto. Y ponte algo sexy.

–¿Sexy? ¿Qué tienes en mente exactamente, Dalton? Un tanga, ¿tal vez?

Él la miró de una manera que, por un momento, hizo que se sintiera desnuda.

–¿Tienes cosas de ésas? –preguntó él.

–No –replicó ella, sintiendo aún el cosquilleo residual que le había provocado esa mirada.

–Es una lástima –él inspiró entre dientes–. Te quedan fenomenal.

–¿De qué estás hablando? ¿Cómo puedes decir que me quedan fenomenal si nunca me has visto con uno porque no tengo?

–Está todo aquí –Dalton se tocó la sien con el dedo índice y, al ver su expresión indignada, se echó a reír–. Dios, es facilísimo tomarte el pelo.

–Eso me suena –dijo ella, sonrojándose, pero no sin cierto placer.

–¿Qué tal va esa cena? –preguntó Dalton, mirando la cocina. Ella vio que las albóndigas humeaban en la sartén y soltó un grito.

–Sal de aquí, Dalton. Me estás distraendo.

–Me tomaré eso como un cumplido –dijo él, poniéndole un dedo en la mejilla.

–Típico de ti –rezongó ella con una sonrisa. No añadió la incómoda verdad: que en realidad, era un cumplido.

5

Hazle creer que no te interesa. No hay nada que le resulte más atractivo a un hombre que una mujer que no lo desea.

Dalton Price.

La cena que preparó Bonnie estaba excelente, tal y como esperaba Dalton. Pero no había contado con cuánto disfrutaría Elissa de su compañía. Eso lo había sorprendido.

–Está buenísimo –alabó Elissa, sirviéndose espaguetis por tercera vez. Tenía salpicaduras de salsa en el rostro y la ropa–. ¿Puedes enseñarme a cocinar, Bonnie?

–Claro –replicó Bonnie con una sonrisa cálida. Cuando hablaba con la niña le dedicaba toda su atención–. Me encantaría.

–También podrías enseñar a papá –sugirió Elissa–. Es terrible.

–Eh. No soy un cocinero terrible. Nadie calienta comida congelada tan bien como yo.

–¡Pero siempre dejas trozos de hielo en el centro! –exclamó Elissa.

–Puaj –dijo Bonnie.

–Bueno –concedió Dalton–. Algunas personas las calientan mejor que yo. Pero, ¿saben arreglar un aparato de aire acondicionado?

–Yo no –Bonnie negó con la cabeza–. Y tengo que admitir que hiciste un gran trabajo en la ducha. La presión del agua nunca había sido tan buena.

–Ya lo ves –Dalton señaló a su hija con un trozo de pan de ajo en la mano–. Al final, todo se equilibra.

–A no ser que nos muramos de hambre –dijo Elissa.

Bonnie soltó una carcajada.

–En eso te ha pillado –dijo Bonnie, con los ojos azules chispeantes de risa.

Él siempre había estado loco por esos ojos.

–No me gusta que os confabuléis contra mí –protestó Dalton, aunque en el fondo le encantaba. Era muy agradable ver a Elissa charlando con Bonnie. Hacía ya un año que su madre, una actriz que no quería que la imagen familiar le hiciera perder papeles de jovencita guapa, no se molestaba en visitarla. Él por su parte, tenía la norma de no mezclar sus citas con la vida familiar, a no ser que la relación tuviera visos de ser duradera.

De momento ninguna los había tenido.

Por eso tenía sentido que Elissa se vinculara con una amiga suya, y no con una novia. Había mucho menos peligro de una ruptura dramática o abrupta de la relación.

Pasó una hora sin que se dieran cuenta. Cuando terminaron de cenar, Elissa fue a su habitación a terminar los deberes, Bonnie fregó los cacharros y Dalton se ocupó de secarlos.

–He estado pensando en anunciar el edificio –comentó Bonnie, frotando una sartén–. Y se me ha ocurrido que lo mejor es un vale.

–¿A qué te refieres con un vale?

–Estaba pensando en algo como firmar un contrato de dos años y conseguir un mes de alquiler gratis.

–¿Gratis? Eso es una locura.

–No es más locura que ignorar a un tipo al que intentas seducir.

–No, eso tiene sentido. En ese caso, consigues que la mercancía resulte más atractiva.

–Mi idea sigue la misma teoría. El alquiler gratuito hace que un sitio resulte más atractivo.

–Claro, pero con un coste muy alto.

–Mira, si consigues un contrato de dos años, ¿no te merece la pena? ¿No es mejor que un apartamento vacío?

–Es posible –aceptó él tras pensarlo–. Pero podrían no serlo. Prefiero alquilar de la forma habitual antes de recurrir a medidas desesperadas.

–Vamos, hombre –contraatacó, Bonnie–. No es una medida desesperada. Puedes desgravar la pérdida en la declaración de la renta y conseguir más dinero neto –aclaró la sartén y se la pasó–. Ganas en cualquier caso.

–Tendría que hacer números.

–Ya los he hecho yo. Están en la otra habitación. Te los enseñaré cuando acabemos aquí –ella aclaró su copa de vino y la metió en el lavavajillas. La fiesta había terminado–. Créeme, es lo mejor que puedes hacer. Ganarás mucho más de lo que pierdas –cerró el lavavajillas y se secó las manos en los vaqueros–. Acabado.

–Ha sido una cena fantástica, Bon. En serio. Gracias.

–De nada –Bonnie fue a la sala y le entregó una carpeta que había en una mesita de rincón, junto al sofá–. Aquí tienes un boceto de mi plan.

Él abrió la carpeta. Había un boceto del vale y del anuncio, con un dibujo del edificio. También había una detallada hoja de cálculos con previsión de beneficios y pérdidas.

–Vaya. Es un montón de trabajo.

–Es lo que hago todo el tiempo –dijo ella con gesto de indiferencia–. No es gran cosa.

Pero él sabía que sí lo era. Tenía que haber dedicado mucho tiempo al proyecto.

–Si te gusta –ofreció Bonnie–, puedo prepararlo para imprenta. Sólo tendrás que llevarlo al periódico.

–Gracias –él la miró con admiración–. En serio. Es genial.

–Acuérdate de que has dicho eso.

–Lo haré –Dalton dejó la carpeta y acompañó a Bonnie hasta la puerta–. Entonces, mañana llevarás comida a la oficina, ¿verdad? ¿Algo preparado por ti?

–Sí –abrió la puerta y se volvió hacia él–. Creo que es una idea demencial, pero probaré.

–Bien. Cuéntame cómo te va.

–Lo haré, no lo dudes.

–Confía en mí –se rio él, percibiendo el tono escéptico de su voz.

–Lo estoy intentando –ella enarcó las cejas, después sonrió–. Pero no es fácil.

Llevar comida a la oficina como parte del plan para conquistar a su hombre.

Un mal plan. Un plan estúpido. Por la mañana, había dejado el envase de plástico en el frigorífico; a mediodía apenas quedaba la mitad. Cuatro horas haciendo lasaña la noche anterior, desperdiciadas en algún desaprensivo que la había visto en la nevera y había tenido la cara dura de comérsela. Ni siquiera parecía haberse molestado en calentarla, se la había comido fría.

Después de pasarse media noche haciendo la estúpida lasaña, a Bonnie la molestó mucho encontrarla en ese estado. Ni siquiera podía ofrecerle a Mark un trozo. Quienquiera que fuese el ladrón, había pinchado por todos sitios, destrozándola.

–¿Qué ocurre? –preguntó Lena Zuranski, una compañera de Bonnie, al entrar en la cocina–. Se diría que acaban de darte un puñetazo en el estómago.

–Es... –Bonnie tapó el contenedor–. Nada.

–Oh, ¿era tuya? –preguntó Lena.

–S... sí. Fuiste... –Bonnie arrugó la frente– tú no fuiste quien se la comió, ¿no?

–Deb me dijo que tenía algo de pasta en la nevera –dijo Lena, como si estuviera avergonzada, aunque no lo parecía en absoluto–, abrí eso y me lo comí sin pensarlo. No tenía ni idea de que no era de Deb hasta ahora; acaba de decirme que su cacharro es azul –se encogió de hombros–. Lo siento. Desde que estoy embarazada me como todo lo que pillo.

–Es igual –Bonnie le ofreció el envase–. ¿Quieres lo que queda?

–No, gracias –hizo un ademán de rechazo con la mano–. Estoy llena.

–Vale –Bonnie miró el envase con disgusto. Pensó que era un poco como pedir prestado un pañuelo y devolverlo usado.

Lena sonrió, dijo adiós con la mano y salió de la cocina. Bonnie volvió a mirar el envase, se encogió de hombros y lo metió en la nevera. Comería más tarde.

Al final no vio a Mark en todo el día, así que tampoco habría podido averiguar si hacer la lasaña había merecido la pena. Si hubiera estado perfecta, como cuando la llevó a la oficina, quizá habría ido a buscarlo para ofrecerle un trozo. Como no era el caso, se quedó en su despacho bebiendo refrescos sin calorías y preguntándose si alguno de los consejos que le habían dado merecía la pena.

Cuando terminó la jornada había llegado a la conclusión de que no la merecían y se marchó del trabajo con un humor de perros, que no había mejorado cuando vio a Dalton en el exterior de su edificio.

–¿Hiciste la lasaña?

–Sí –escupió ella–. La hice. De hecho, estuve haciendo la estúpida lasaña hasta la una de la mañana.

–Mmm, ¿ha sobrado algo?

–Unos dos kilos –Bonnie señaló la puerta–. Sube.

Él aceptó la invitación. La siguió al apartamento y se sentó en un taburete mientras ella cortaba dos porciones de la lasaña que había en la nevera y las metía en el microondas.

–¿No funcionó la lasaña con Mike?

–Mark. No, pero posiblemente fuera porque una embarazada se la comió con las manos antes de que tuviera la oportunidad de ofrecérsela a él.

–Buff –Dalton miró el microondas–. ¿Falta mucho?

–Un minuto y medio. Como pone en la pantalla.

–Tenía la esperanza de que hubieras puesto tiempo de más.

–Estás hambriento, ¿eh? –Bonnie puso los ojos en blanco y sacó dos platos.

–Desfallecido.

–Yo también.

–Considera esta la comida número dos –dijo Bonnie, cuando pasó el tiempo y le sirvió una porción de lasaña a Dalton.

–¡No es justo!

–¿No? –ella agarró el plato–. ¿No la quieres?

–Eso es jugar sucio, señorita Vaness.

–¿Eso significa que no la quieres o que vas a descontar una comida de la apuesta? –preguntó ella, enarcando una ceja.

–Me la quedo –gruñó él–. Siempre que pueda tomar dos porciones.

–Bien.

–O tres.

–Si quieres, puedo ponerla entera en un morral y colgártelo del cuello.

–No, gracias. Me conformo con el plato –Dalton cortó un pedazo generoso y se lo metió en la boca–. Mmm –asintió con aprobación y alzó un pulgar–. Esto habría funcionado –dijo con la boca llena.

–Gracias –ella lo miró con desesperación–. A ver si aprendes modales.

–Sí –contestó él, con la boca llena otra vez–. Lo que tú digas.

–¿Cuál es el siguiente paso con Mark, entrenador? –le preguntó–. ¿No deberías estar concentrándote en mi plan de ataque, en vez de en mi lasaña?

–Puedo hacer las dos cosas –replicó él, cortando otro trozo con el tenedor–. Ahora volvemos al plan A.

–¿Y era...?

–Ignorarlo.

–Ignorarlo –repitió ella.

–Es la naturaleza humana –explicó Dalton–. La gente quiere lo que no puede conseguir. Hasta ahora, has estado completamente disponible para él...

–¡No es cierto!

–Sí que lo es. Él dice «salta» y tú preguntas «¿Cómo de alto y dónde aterrizo?».

Bonnie movió la cabeza, pero sabía que Dalton tenía bastante razón.

–Así que ahora –siguió él–, tienes que hacerte la difícil durante un tiempo.

–Con el respeto debido, Dalton, he intentado eso en el pasado y no funcionó –estaba pensando en él. Después de la noche que pasaron juntos, fue demasiado tímida para perseguirlo y decidió evitarlo, para no tener que enfrentarse a él. En esencia, se había alejado de su alcance. Y él no había llamado.

Él frunció el ceño y, por un aterrador instante, ella pensó que le había leído el pensamiento.

–No lo has intentado antes. Te dije que lo intentarás, pero me ignoraste.

–¿Y conseguí parecerte irresistible? –se burló ella, agitando las pestañas.

–Estoy aquí, ¿no es cierto? –Dalton sonrió y se metió otro tenedor rebosante de lasaña en la boca.

–Eres un encanto.

–Lo sé –él bebió un sorbo de agua–. Mira, lo digo en serio. Intenta no estar disponible en absoluto para ese tipo. Funciona con la mayoría de nosotros.

Ella suspiró. No podía discutir con él sin terminar admitiendo algo que no quería admitir de ninguna manera.

–De acuerdo. Pero, ¿y si no se da cuenta de que no estoy disponible?

–Haces que se dé cuenta –lo dijo como si fuera la cosa más obvio del mundo–. Haz que se fije en ti. Eres una mujer muy guapa, pero hasta tú corres el riesgo de que te olvide si te escondes. Los hombres piensan en lo que tienen ante ellos. Ojos que no ven, corazón que no siente, ya sabes. Tienes que estar ante él, casi a su alcance... –abrió las manos–, pero no disponible.

–Ante él –dijo Bonnie, levantándose para volver a llenarle el vaso a Dalton.

–Exactamente –dijo él, observándola–. Tan cerca como para que pueda tocarte. Pero sin poder.

Sorprendida por su tono de voz, Bonnie lo miró, justo a tiempo de ver como sus ojos azules la devoraban de arriba abajo.

–Quizá no quiera tocarme –dijo ella.

–Tendría que estar loco.

–Eres muy amable al decir eso –Bonnie se puso una mano en la cadera–. Pero, por desgracia, todos los hombres del mundo que no me quieren no están locos. Piensa en ti, por ejemplo.

–¿Yo?

–Es sólo un ejemplo. No conmigo, sino con cualquiera. Debe haber muchas mujeres ahí fuera que no se interesan por ti –sonrió–. ¿Por qué no tienes novia?

–No estamos hablando de mí.

–Entonces, ¿no te sientes atraído por nadie?

–¿Quién lo ha dicho? –alzó una ceja.

–Entonces, ¿sí lo estás?

–No estamos hablando de mí –sonrió él.

–Oh, no, no. No te escaparás tan fácilmente. ¿Tienes una novia secreta en algún sitio?

–Sí, está abajo, viendo la televisión.

–Elissa –sonrió Bonnie–. Algún día te dejara por otro hombre, ya lo sabes.

–¿No lo hacen todas?

–¿Lo hacen? –preguntó ella rápidamente.

–No.

–No te gusta hablar sobre ti mismo, ¿verdad?

–No estamos hablando de mí –repitió él, una vez más.

Bonnie no pudo resistir el impulso de intentar descubrir qué era lo que le gustaba a Dalton, o lo que no le gustaba.

–¿Qué clase de chicas te gustan? –preguntó Bonnie, agarrando un poco de queso fundido de la lasaña y metiéndoselo en la boca–. ¿Cuál es tu tipo? –acercó un taburete y se sentó a su lado.

–Para empezar –contestó él, mirándola–. Me gustan las chicas que no hablan con la boca llena.

–Eso lo entiendo –Bonnie asintió vigorosamente y siguió mascando–. Estoy de acuerdo contigo. ¿Qué más?

–Con buen sentido del humor –se rio él.

–¡Amen!

–Inteligentes –Dalton levantó un dedo–. Espera, debería haber dicho eso lo primero. Es fundamental. No puedo pasar diez minutos con una chica estúpida, por guapa que sea.

–Apuesto a que no –dijo Bonnie con sorna, pensando en la foto de su ex esposa que le había enseñado Elissa en una revista. La mujer era impresionante. Una auténtica bomba.

–Lo digo en serio –afirmó Dalton–. También puedes añadir con carácter a la lista. Con valores. Anticuada, se podría decir.

–¿Cómo encaja tu ex en esa descripción? –Bonnie arrugó la frente.

–¿Cuándo crees que empecé a poner en orden mis prioridades? –él soltó una carcajada desdeñosa–. He tenido mucho tiempo para arreglar la lista desde que me marché de California.

–Entonces, ¿cuál es el problema? –lo miró con gesto más serio–. ¿No encuentras a la persona adecuada?

–¿Quién ha dicho que hay un problema? –movió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, justo como solía hacer en clase cuando no sabía la respuesta a una pregunta del profesor–. Estás haciendo muchas suposiciones.

–Cada vez que te pregunto si hay alguien, evitas la pregunta.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Porque tú lo sabes todo de mi vida amorosa, y yo no sé nada de la tuya.

–Así está bien.

–A mí no me lo parece. No es justo –aunque bromeaba, ella era consciente de que él notaba que en parte lo preguntaba en serio.

–¿Desde cuándo es justa la vida?

–Venga, Dalton.

–De acuerdo –él la miró fijamente–. Sí, hay alguien. ¿Satisfecha?

Bonnie tragó saliva. De repente, ya no se estaba divirtiendo tanto como antes. Había estado segura de que diría que no, y ella podría seguir con su juego de semi coqueteo.

–¿Alguien a quien yo conozca?

–No. En absoluto –negó él con la cabeza, sin dejar de mirarla.

–Oh –Bonnie sintió cierta desilusión. Quizá había esperado que él dijera, «sí, eres tú» y la tomase en brazos–. Entonces, supongo que no puedo prevenirla sobre ti –añadió un escueto «ja, ja» al final, pero aun así sonó muy seca–. Estoy bromeando, claro.

–De todas formas, ella no te escucharía –sonrió él.

–Oh, bueno –Bonnie se encogió los hombros–. Así son las cosas –se puso en pie y llevó los platos al fregadero–. ¿Quieres llevarte más de esto a casa?

–Sí. Por favor. Todo lo que te sobre –él se estiró y se frotó el estómago–. Eres una cocinera extraordinaria.

–Gracias –ella sacó un envase de plástico–. Ojalá Mark pensara lo mismo.

–Lo hará –afirmó Dalton.

Ella llenó el envase de lasaña, y después limpió el borde con un trapo limpio antes de poner la tapa, como le había enseñado su madre, famosa por sus regalos de «comida preparada» para los amigos.

–Aquí tienes –ella se lo dio–. No te lo comas todo de una sentada.

–Elissa también participará –fue hacia la puerta–. Ni siquiera yo puedo comer tanto. Por lo menos, no ahora –se detuvo en la puerta y se volvió hacia ella–. Entonces, vas a jugar a hacerte la difícil, ¿verdad?

–¿Mañana? –contestó ella, tardando en captar a qué se refería–. Sí, lo intentaré. Pero creo que es estúpido.

–No es tan estúpido como estar a su disposición todo el tiempo –Dalton le guiñó un ojo–. Confía en mí.

Ella se quedó sin respiración un segundo. «Confía en mí». Dalton ya le había dicho eso muchos años antes. Aunque sabía que las circunstancias eran distintas y sí que podía, de hecho, fiarse, algo se removió en su interior.

–Lo intentaré –aceptó ella–. Pero no doy ninguna garantía.

–No hay garantías en la vida –él la miró, ya en la puerta–. Pero lo que te ofrezco es lo que más se parece a una. Si este tipo no se fija en ti pronto, le ocurre algo grave.

Bonnie observó a Dalton alejarse por el pasillo sin volver la vista atrás. Se preguntó si realmente creía lo que decía, o si todo el asunto no era más que un juego para él.

6

Los celos son una motivación muy poderosa para los hombres.

Dalton Price.

Dalton estaba equivocado. Muy, muy, equivocado. No podría haberse equivocado más si lo hubiera hecho a propósito.

De hecho, Bonnie empezaba a preguntarse si lo hacía a propósito, dado que algunos de sus consejos eran una locura.

Para empezar, le suponía un gran esfuerzo recorrer los pasillos buscando a Mark, para después ignorarlo. Varias veces, el resultado final fue que se acercó demasiado a los aseos de caballeros, o al despacho de un fan de Isaac Asimov, un charlatán imparable, que se detenía a hablar con ella mientras iba hacia el aseo con un enorme libro bajo el brazo.

En una oficina en la que había sesenta y cuatro empleados más, necesitaba un consejo mejor que ignorar a uno de ellos. Tenía que encontrar la manera de atraer la atención hacia sí misma de una manera positiva. De momento, estaba convencida de que sólo había conseguido que Mark pensase que estaba desequilibrada.

Esa no era la impresión que quería darle.

–¿Qué tal ha ido? –le preguntó Dalton cuando ella se presentó en la puerta de su casa esa tarde. Debió ver la respuesta escrita en su rostro porque, rápidamente, añadió–. Así de bien ¿eh?

–Oh, sí, el juego de ignorar fue todo un éxito –sin esperar a que la invitara, Bonnie entró y se dejó caer en el sofá–. A él se le da de miedo.

–¿A él?

–Oh, sí. Apenas tuve oportunidad de ignorarlo porque él estaba demasiado ocupado ignorándome a mí.

–Tranquila –Dalton se sentó en el sofá–. ¿De qué estás hablando?

–Tú, Leticia Bancroft, las reglas, todos os equivocáis. Estos juegos no me están llevando a ningún sitio. Hoy llegué al trabajo desbordante de falsa confianza. Fui encantadora con todo el mundo, sobre todo cuando Mark estaba cerca. Pero cada vez que me parecía haber captado su atención, aunque fuera un segundo, lo miraba y él miraba hacia otro lado –estrechó los ojos y miró a Dalton fijamente–. No me dijo ni una palabra.

Dalton la miró un momento, con una expresión que era difícil interpretar pero que ella supuso, incorrectamente, era de vergüenza. Entonces él se rio.

–Eso es perfecto.

–¿Perfecto?

–Sí. ¿No lo ves? Significa que ha funcionado. Él estaba observándote a ti. Estupefacto por tu encanto. Sin palabras.

–¿Estupefacto por mi encanto? ¿Sin palabras? –Bonnie alzó una ceja—. Serías capaz de justificar cualquier cosa. ¿Has pensado alguna vez en dedicarte a la política?

–Bonnie, Bonnie, Bonnie –Dalton chasqueó la lengua, movió la cabeza con aire condescendiente y puso una mano en su hombro—. Lo digo en serio, que lo pillaras mirándote es buena señal. ¿Cómo podría no serlo?

–Podría no serlo porque no me dijo ni una palabra. No se le ocurrió pedirme que saliera con él, ni elogiar mi estúpido traje escotado, ni preguntarme si me gustan los perros, ni nada. Me miró con el rabillo del ojo de vez en cuando y siguió con lo suyo. Eso no es interés, Dalton, eso es... –hizo un gesto, buscando la palabra correcta—. Es puff. Nada.

–Eso no es verdad –le quitó la mano del hombro. Aunque era inmaduro por su parte, sabía que no le convenía señalar las peores características del tipo en ese momento. Ella no le había pedido que la ayudara a conquistar a un tipo fantástico, quería a ese tipo.

Por estúpido, ciego y despreciable que fuera.

Se dijo que hasta él mismo sería mejor para ella. ¿Apreciaba ese tipo lo fantástica que era Bonnie? ¿Le daba un vuelco el corazón cuando la veía? ¿Se quedaba sin palabras al verla, aunque la viera casi todos los días? Dalton lo dudaba.

–¿No es verdad? ¿Pretendes decirme que es bueno?

–Es fantástico. Justo lo que quieres.

–¿Lo dices en serio, o sólo pretendes que me calle? –inquirió ella, mirándolo fijamente.

–Lo digo completamente en serio.

–Muy bien, supongamos que lo dices en serio y que tienes razón –comentó ella, nada convencida–, aunque, personalmente, no creo ninguna de las dos cosas.

–Sigue –la animó él, controlando la sonrisa.

–Este experimento ha terminado. No ha funcionado.

–¿Eso no lo sabes!

–Lo sé. Todos mis instintos me dicen que Mark no está respondiendo en absoluto.

–Mira –dijo Dalton, tras un momento de silencio—. No quiero ser yo quien sugiera lo obvio pero, ¿estás segura de este tipo no es homosexual?

–Sí, estoy segura –contestó ella, titubeando, como un ciervo deslumbrado por un coche. En sus ojos se leía claramente «No, no estoy segura».

–¿Estás segura de que estás segura?

–¡Sí! –asintió Bonnie con impaciencia–. Y no intentes eludir tu responsabilidad por tus malos consejos sugiriendo que es homosexual.

–No lo hago, todo va bien. Simplemente, no te has dado cuenta todavía.

–O sea, que mi plan funciona a la perfección –Bonnie lo miró con sarcasmo.

–No estoy seguro de si a la perfección, pero sí, está funcionando.

–Entonces, ¿qué hago a continuación? Si empiezo a prestarle atención, creerá que soy esquizofrénica.

–A continuación, más de lo mismo –dijo Dalton llanamente.

–¿Seguir ignorándolo? –Bonnie suspiró y lo miró con odio.

–Exactamente.

–Dalton Price, estás loco –parecía hablar en serio y con cordura, pero a ella seguía pareciéndole una sugerencia horrible. Si te hubiera pagado por ese consejo, exigiría que me devolvieras el dinero.

–Vale, vale –él cerró los ojos y los abrió–. Si quieres, puedes utilizar una técnica un poco más agresiva.

–¿No lo ignoro?

–No, sí lo ignoras. Pero, además, lo pones celoso –levantó la mano para evitar la protesta de Bonnie–. Pensaba reservarlo para más tarde, pero si estás tan ansiosa, puedes probar ahora. Es una medida desesperada, pero creo que te hará sentir mejor.

–Oh, cielos –suspiró ella–. De momento, me está poniendo nerviosa. ¿Cómo voy a ponerlo celoso si no se fija en mí cuando estoy delante de sus narices?

–En esto sí se fijará.

–¿Qué es esto?

–Préstale atención a otro hombre delante de él. Nada demasiado obvio. No te sugiero que te tires encima de uno en la sala de edición, sólo que exageres un poco. Eso debería volver loco a Mike.

–Mark.

–¿Perdona?

–Se llama Mark –Bonnie arrugó la frente–. Tienes una memoria terrible para los nombres. De todas formas, ¿cómo puedo coquetear con otro tipo de la oficina sin que, quienquiera que sea, piense que estoy interesada en él? Te lo juro, allí no hay ningún otro al que quiera dar esa impresión.

–¿Sueles encontrarte con ese Mark en algún otro sitio? –preguntó Dalton, tras pensarlo un poco–. ¿En el gimnasio, o a la hora de comer, o algo así?

–No tenemos los mismos gustos –dijo ella, pensando en el grasiento restaurante donde habían almorzado–. Sé dónde vive, pero no puedo ponerme en la esquina de su calle a coquetear con desconocidos.

–No –corroboró Dalton–. No lo recomiendo en absoluto. Darías la impresión equivocada –pensó un momento más y soltó una exclamación triunfal–. Lo tengo.

–¿Qué?

–Hay un sitio en el que puedes verlo todos los días, a la misma hora –dijo, muy satisfecho de sí mismo.

–Sí, en la oficina.

–Y en el edificio de la oficina. Donde hay otra mucha gente que no trabaja para tu empresa.

Eso era cierto. Todo el mundo se encontraba en el vestíbulo del edificio por las mañanas. Y sabía que Mark era muy puntual; una cualidad que le gustaba. Llegaba a las 8:45 todos los días, eso implicaba que cinco minutos antes estaba en un lugar muy predecible.

–Junto a los ascensores –dijo.

–Bingo –sonrió Dalton, señalándola.

–¿Puedes hacerlo mañana? –preguntó ella. Era buena idea. Podía funcionar. Además, eso sí tenía sentido.

–¿Yo? –Dalton la miró con sorpresa–. ¿Por qué yo? ¿No hay un guardia de seguridad o alguien así a quien puedas utilizar? Sólo tienes que prestarle atención a otro hombre mientras Mike pase por allí. Tampoco es una comedia de tres actos.

Bonnie pensó en el encargado de seguridad, Murray, un calvo de sesenta y pico años al que nunca había visto salir de detrás del mostrador de recepción. Ni siquiera podía jurar que tuviera piernas.

–No lo hay, si pretendo llamar la atención de Mark de forma positiva –afirmó ella secamente–. Vamos, Dalton. Es idea tuya. Tú sabrás hacerlo perfectamente. En un acto –añadió–. Por favor.

–Solomillo –dijo él, tras un incómodo silencio que duró unos segundos.

–¿Cuándo?

–Mañana.

Ella simuló que tenía que pensárselo, pero ambos sabían que no tenía otros planes para después del trabajo.

–De acuerdo. Comida número tres. Esto acabará muy pronto.

–Venga, Bon, por tu forma de decirlo, casi me da la sensación de que no te gusta cocinar para mí.

–Sí, ya. Pues yo tengo la impresión de que a ti te gusta demasiado. Me aterroriza que encuentres una cláusula que me comprometa a este trato para siempre.

–Eso no sería una cláusula –él hizo una mueca traviesa–, sería matrimonio. Parecido, pero no exactamente lo mismo.

–No me engañarás para ninguna de las dos cosas –se rio ella.

–Eres una mujer muy dura, Bonnie Vaness –él soltó un resoplido–. Eso me gusta.

Estaba bromeando pero, aun así, a Bonnie le dio un vuelco el corazón.

–Volvamos al plan, Dalton. El plan para seducir a Mark Ford.

–De acuerdo –él hinchó los carrillos y soltó el aire–. Tendrás que ponerlo celoso.

–Y no con el tipo de contabilidad, que todos los días va al baño a mediodía, con una novela de ciencia ficción debajo del brazo.

–Yo lo haré –decidió Dalton–. Mañana te llevaré a la ciudad y haré de cebo para ese tipo.

–¿Lo harás? ¿De verdad?

–Sí –él levantó un dedo con aire amenazador–. Pero si me ponen una multa de aparcamiento, la pagas tú.

–Trato hecho –Bonnie le ofreció la mano. Por primera vez, estaba segura de que iban por el camino correcto.

Da un paso atrás de vez en cuando y pregúntate si el tipo realmente merece la pena.

Dalton Price.

–Tienes que tocarme.

–¿De qué estás hablando? –susurró Bonnie.

Estaban en el vestíbulo de mármol del edificio Parkington, en Manhattan; Bonnie trabajaba en el piso veinticuatro. Rodeados de gente, Bonnie y Dalton pretendían llamar la atención de Mark Ford.

Bonnie escuchó la voz desaprobatoria de su abuela en su conciencia: «No es educado tocarse en público. Algunas cosas deben guardarse para la intimidad del hogar, y a veces ni siquiera allí son apropiadas».

–¿Y si pasa por aquí alguien que me conozca? –le susurró a Dalton.

–Eso es justo lo que esperas, ¿no?

–Me refería a alguien que no sea... –se sonrojó. En ese momento vio a Mark entrar por la puerta giratoria-. ¡Oh! Ahí está. Entrando al edificio.

–Entonces tócame. Rápido.

–¿Dónde?

–En cualquier sitio –susurró él con aspereza-. Tócame el hombro. O la mejilla. O bájame la bragueta.

Ella lo miró exasperada.

–Y, fundamental, simula que te gusto. Sonríe –añadió Dalton, al ver que no hacía nada.

–¿Lo ves? –preguntó ella entre dientes, con una gran sonrisa, mientras le frotaba el hombro con nerviosismo.

Dalton agarró su muñeca y la atrajo hacia él, para lo que podría ser un abrazo entre dos personas que no se veían hacía tiempo, o algo mucho más íntimo. La mente de Bonnie se disparó hacia lo más íntimo. Olía muy bien, a jabón y a piel. No a las colonias caras y perfumadas que gustaban a muchos de sus compañeros. Se preguntó si Mark olería así de sexy de cerca.

–No sé quién es –le susurró Dalton al oído. Después se apartó hacia atrás y se rio con estruendo.

–Aquél de la entrada –dijo ella mirando la puerta con disimulo-. Pelo rubio. Ojos azules.

–¿Ése? –la sorpresa de la voz de Dalton pareció genuina–. ¿Ese tipo? ¿Lo dices en serio?

–Sí. ¿Qué quieres decir con «ese tipo»? ¿Es que tienes algún problema con él?

–Simplemente, no puedo creer que sea de tu estilo –dijo él con una mueca de desagrado.

–No lo es. Eso es lo que me gusta de él. Deja de juzgar y empieza a ayudarme –Bonnie miró hacia Mark–. Maldito sea, se ha parado. Está marcando un número en el teléfono móvil –lo observó mientras se lo llevaba al oído–. Rápido, abrázame otra vez, creo que antes no lo ha visto –se tiró sobre Dalton como si fuera un amigo al que llevaba quince años sin ver.

Fue una sensación estupenda. Era muy masculino, poderoso y fuerte. Dalton era el ejemplar perfecto para poner celoso a Mark, estaba segura de que funcionaría. Mark no podía mirar a Dalton sin cuestionar su propia virilidad. Sería como si Bonnie viera a Cindy Crawford sin plantearse si estaba bien maquillada y peinada esa mañana.

–No hace falta parecer siameses para ponerlo celoso –susurró Dalton, apartándose un poco. Estaba rojo.

Bonnie se preguntó si lo había abrazado con demasiada fuerza.

–Asegúrate de decirle hola cuando pase –ordenó Dalton, manteniendo cierta distancia.

–¿Y después?

–Improvisaremos –él la miró a los ojos y, aunque era una maniobra destinada al público, a Mark en concreto, a Bonnie le dio un vuelco el corazón.

Era todo un maestro, pensó con cinismo. Dalton Price tenía un magnetismo animal que atraía a todas las mujeres al nivel más básico. Era innegable, hasta ella era vulnerable.

Él le agarró las dos manos y ella notó un cosquilleo que subía por sus brazos, hasta los hombros.

–Diremos que fuimos juntos al colegio –dijo él–. Es la primera vez que nos vemos en años. Estoy asombrado con tu belleza y bla, bla, bla... –le tocó el pelo y movió la cabeza de lado a lado–. Bonnie Vaness. No puedo creer que seas tú.

–¡Mark! –exclamó ella, demasiado alto. Mark se detuvo, con expresión de sorpresa. Después, sonrió al ver a Bonnie.

–Hola, Bonnie –miró a de reojo a Dalton, y después a ella otra vez–. Llegas tarde hoy, ¿no? Siempre estás en tu escritorio antes que yo.

–Es culpa mía –dijo Dalton, esbozando la sonrisa de actor de cine que solía reservar para mujeres débiles–. Acabo de encontrarme con ella y no puedo dejar que escape tan pronto.

Muy bueno, pensó Bonnie, observándolo. Como pretendiente en potencia, Dalton era muy atractivo. Otro hombre tendría que estar loco, o tener mucha confianza en sí mismo, o ambas cosas, para no darse cuenta.

Dalton le ofreció la mano a Mark. Ella observó que las manos de Dalton parecían mucho más fuertes que las de Mark, pálidas y de dedos largos. Le dio la impresión de que Mark se hacía la manicura. Hasta entonces no lo había notado.

–Dalton Price. Fui al colegio con Bonnie, hace años y... –la miró con una adoración muy convincente– acabo de tener la gran suerte de encontrármela.

Bonnie estaba asombrada por su actuación. Daba la impresión de estar embobado con ella.

–Dalton trabaja para...

–Bennet Milton, si no me equivoco –interrumpió Mark, mirando a Dalton con interés–. ¿En la costa oeste?

–Correcto –afirmó Dalton, sorprendido–. Bueno, lo era –arrugó el entrecejo, como si intentase situar a Mark–. ¿Nos conocemos?

–No –Mark negó con la cabeza–, pero trabajé para Publicidad Fenifield, en San Diego, hace unos años. Una de mis colegas hizo una campaña publicitaria para tu empresa.

–Sí, Erin Wakeman –los ojos de Dalton se iluminaron al recordar.

–Esa misma –asintió Mark.

A Bonnie se le hizo un nudo en el estómago.

–Menuda mujer –comentó Dalton.

–A mí me lo vas a decir –Mark soltó una risita y le guiñó un ojo–. Debe haber mencionado tu nombre más de cien veces. Decía que eras un inversor de los mejores. Me encantaría concertar una cita para que me asesoraras, si estás disponible.

Bonnie pisó suavemente a Dalton. No quería que fuese él quien acaparara la atención de Mark. Él captó la indirecta.

–En realidad, sólo estoy de paso. ¿Cómo es que conoces a Bonnie? –preguntó, dedicándole otra mirada de admiración, tan creíble que hasta a ella misma la habría engañado.

–Trabajamos juntos –contestó Mark, acercándose a ella, con lo que podría haberse interpretado como un movimiento semiposesivo.

Dalton debió notarlo, porque él también se acercó. Su movimiento fue, sin duda, posesivo.

–Suerte que tienes –dijo Dalton, moviendo la cabeza–. Me encantaría ver esta cara todas las mañanas.

–Gracias, Dalton –Bonnie se ruborizó.

–Es fantástica –Mark la miró y asintió con la cabeza.

Unas semanas antes, eso la habría animado pero esa mañana sintió... nada. Seguramente se debía a la multitud y al estrés de toda la representación.

–Bueno, me alegro de haberte visto, Mark –le dijo Dalton. Luego se volvió hacia Bonnie–. Oye, ¿puedo llamarte? Me encantaría llevarte a cenar.

Bonnie se puso pálida. No sabía qué hacer. Rechazarlo y arriesgarse a parecer altanera, o aceptar y dar la impresión de estar interesada por él, delante de Mark. Por fortuna, Mark la libró de tener que responder.

–Eso me recuerda, Bonnie, que esperaba que pudieses cenar conmigo esta noche.

Ella alzó las cejas y miró a Dalton, que fruncía el ceño. Se preguntó si dudaba de su capacidad para mantener la calma. Decidió demostrarle que podía hacerlo.

–Gracias, Mark, tendré que consultar mi agenda, ya te lo diré –no fue tan tajante como podría haber sido, pero al menos lo haría esperar, aunque sólo fuera un rato–. Dalton, me ha encantado verte –le ofreció una sonrisa deslumbrante y lo besó en la mejilla–. Es tardísimo. Perdonadme –se dio la vuelta y se marchó, dejándolos a los dos allí, mirándola.

Mientras pulsaba el botón del ascensor, sin mirar atrás, pensó que todo había salido muy bien. Mark la había invitado a cenar y ella lo había dejado en lista de espera. Eso le otorgaba el control, lo que, a su vez, haría que a Mark le pareciera más deseable. Perfecto.

Entró en el ascensor con un montón de desconocidos que probablemente se preguntaban por qué sonreía de oreja a oreja.

–Hola, Bonnie –dijo Mark un par de horas después, tras llamar a la puerta y entrar en su despacho.

–Hola otra vez –replicó ella, dejando el informe que estaba revisando.

–¿Has pensado en lo de la cena de esta noche?

–Oh, diablos, se me había olvidado. Lo siento –era verdad que lo había olvidado. No entendía cómo. La respuesta la encontró mirando su escritorio; estaba rebotante de carpetas–. Tengo montañas de trabajo.

–Razón de más para que salgas a relajarte un poco –le ofreció una de sus sonrisas ganadoras–. Anda, vamos, ¿qué me dices?

–Deja que mire la agenda –sonrió ella. Aunque sabía que no tenía planes, consultó la agenda. Descubrió que tenía una cita con el dentista, que había olvidado por completo–. Supongo que esta noche irá bien.

–Perfecto. ¿Te parece bien justo después del trabajo?

–Sí, me va bien –asintió ella, encantada con ser la perseguida, en vez de la perseguidora.

–De acuerdo –fue hacia la puerta y cuando llegó al umbral, se volvió–. Por cierto, esperaba que pudiéramos hablar de la cuenta Henderson. Tengo la información general, claro, pero me gustaría conocer tu opinión personal. ¿Tienes datos al respecto?

La cuenta Henderson era muy importante. Aportaba el veinte por ciento de los ingresos anuales de la empresa. Bonnie la había gestionado durante dos años,

pero cuando consiguió varias cuentas pequeñas, renunció a seguir. Su jefe había intentado convencerla para que la mantuviera, pero ella lo rechazó. En compensación, se ofreció a asesorar al respecto a quien lo necesitase.

Se preguntó si Mark había estado intentando conseguir su ayuda con respecto a la cuenta todo el tiempo, y había malinterpretado sus intenciones. Lo miró, irritada.

–Sí que los tengo –contestó sin entusiasmo alguno.

–Fantástico. Tráetelos –le guiñó un ojo y se marchó. Ella tardó unos minutos en volver a su informe. La desconcertaba la locura de la situación.

Bonnie se sentía completamente segura en el mundo empresarial. No tenía ningún temor con respecto a la estabilidad de su puesto en la empresa. Normalmente, también solía sentirse muy segura en sus citas. Ejecutivos, empresarios, hombres mayores, hombres más jóvenes, ninguno la intimidaba.

Se preguntó por qué todo era mucho más difícil con Mark. Todo resultaba demasiado laborioso y tenía que recordarse continuamente que, al final, merecería la pena. Lo malo era que ya no estaba tan segura de eso.

–Lo hiciste, ¿verdad? –le preguntó Dalton a Bonnie esa noche, cuando regresó. Estaba subido en una escalera, arreglando una moldura que llevaba rota desde que Bonnie vivía allí.

–¿Hacer qué? –preguntó ella. Lo cierto era que sonó como «Aeeque», porque aún tenía la boca dormida por la anestesia del dentista.

–Ir a cenar con ese imbécil.

–¿Ahora es un imbécil? –alzó las cejas interrogativamente.

–Sí, es un imbécil –la miró desde la escalera y, a un metro y medio de altura, su mirada pareció incluso más condescendiente de lo habitual–. Te invitó a cenar justo después de que yo simulara hacerlo. Como si fuera una competición, o algo así –empezó a bajar.

–Espera un minuto. ¿Dices que es un imbécil porque me invitó a cenar cuando tú sólo simulabas hacerlo?

–Eso mismo –asintió Dalton, tapando el bote de pasta para grietas que había estado utilizando.

–Lo que significa que es un imbécil... para ti. No para mí. No hizo nada excepto pedirme que saliera con él, pero te molestó porque te ganó la partida.

–Eh, no me ganó. Si hubiera sido una situación real, con una chica de verdad, yo habría conseguido la cita.

–¿Una chica de verdad?

–No es que tú no seas una chica de verdad...

–¿Qué soy?

–Eres una chica de verdad, quiero decir una mujer de verdad, es indudable –Dalton la miró de arriba abajo, de una manera que no permitía dudar de su sinceridad–. En serio, no pretendía ofenderte, pero...

–¿Pero...? –Bonnie decidió hacérselo pasar mal un rato más.

–Pero si yo te pidiera «de verdad» que salieras conmigo, me elegirías a mí, si tuvieras sentido común.

–Porque él es un imbécil.

–Correcto.

–Porque te ganó la partida.

–No me... –Dalton puso los ojos en blanco y se agachó a recoger un trozo de papel de lija–. Olvídalo. ¿Cómo te ha ido la noche?

–¿Antes de que me clavara la aguja, o después?

–¿Qué? –el asombro de Dalton casi resultó gracioso–. ¿Te ha clavado una aguja?

–Sí, pero no importa, es médico.

Dalton abrió la boca, luego se detuvo, estrechó los ojos y escrutó su rostro.

–¿De qué estás hablando?

–Vengo del dentista –sonrió ella.

–No me extraña que hables tan raro –comentó Dalton, relajando el rostro–. Arrastras las palabras, pensé que habías bebido.

–Gracias. Así que suponías que me había emborrachado y que Mark se había aprovechado de mí.

–Eso no –Dalton negó con la cabeza–. Sabrías cuidar de ti misma en una situación así.

–No lo dudes ni un segundo –fue hacia la escalera–. Estoy agotada. Me voy a la cama.

–Espera un minuto.

Ella se volvió, medio esperando que, bromeando, le ofreciese llevarla él. La idea le produjo un cosquilleo en el estómago.

–¿Qué?

–¿Qué te parece hacer la cena el jueves que viene?

–Bien –ella encogió los hombros.

–¿La harás? –Dalton la miró sorprendido.

–Te la debo, como no te cansas de recordarme. ¿Qué quieres cenar esta vez?

–Veamos... pavo asado, puré de patatas, salsa de arándanos, de la de verdad, y pastel de calabaza.

–El día de Acción de Gracias –exclamó Bonnie–. Cielos, ¿cómo he podido olvidarlo? –Acción de Gracias siempre hacía que se sintiera melancólica. Su padre había muerto cuando era niña, así que había sobrellevado la fiesta durante años acostumbrada a su falta. Pero le había resultado mucho más difícil desde la muerte de su madre, cuatro años antes. Supuso que, más que olvidar la fecha, había procurado no pensar en ella.

–¿Sigues siendo un sí? –preguntó Dalton.

Ella tuvo la impresión de que sonaba esperanzado.

No supo por qué titubeó. En realidad, no tenía otros planes. Paula la había invitado a ir a Tampa, a casa de sus padres, pero ella estaba en mitad de una campaña importante y no se podía permitir los dos días de vacaciones que habría supuesto el viaje.

En realidad, le resultaba difícil ocultar su melancolía delante de la gente en esa fecha, cuando todas las familias se reunían.

Pero Dalton y Elissa eran más que «gente». La idea de cenar con ellos en Acción de Gracias le pareció más reconfortante que odiosa. Quizá estaba volviendo a recuperar la ilusión por la fiesta.

–Sí, es un sí –sonrió Bonnie–. Le dije a Elissa que la enseñaría a cocinar. Es la oportunidad perfecta.

–Gracias –dijo Dalton, con voz sincera–. En serio. Significará mucho para ella.

–Para mí también –Bonnie se volvió hacia la escalera.

–Por cierto –dijo Dalton a su espalda–. Tu anuncio sale en el periódico mañana.

–¿El del edificio?

Dalton asintió.

–Prepárate a recibir un montón de llamadas –le advirtió Bonnie–. Los apartamentos van a volar.

8

Nunca le digas cuánto te importa.

Bonnie Vaness.

De hecho, hubo mucho interés por los apartamentos. El sábado por la mañana, antes de las ocho, Bonnie se despertó con el ruido de la gente que recorría los pasillos y visitaba los apartamentos vacíos de su planta.

Por la tarde, cuando el ruido se calmó, Bonnie fue a casa de Dalton a preguntarle cómo había ido.

–He alquilado cuatro –dijo él, en el umbral, bloqueando la entrada.

Bonnie no tenía especial interés en entrar, pero lo cortés habría sido que la invitara. No lo hizo.

–¿Cuatro, eh? Eso está muy bien.

–Es posible que sean cinco –dijo él, señalando con la cabeza a una mujer bellísima de pelo largo y castaño y con un cuerpo de portada de revista, que había en su casa–. Estamos negociándolo ahora.

–Entiendo –Bonnie tuvo que contener una indefinible sensación de inquietud.

–Le he estado contando a Cindy lo agradable que es Tappen, pero si no te importase quedarte con Elissa un rato, esta tarde, podría enseñarle la ciudad. Creo que eso la convencerá del todo.

Bonnie miró el voluminoso pecho de la mujer y se mordió la lengua.

–Entonces, ¿lo harás? –preguntó Dalton, siguiendo la dirección de la mirada de Bonnie.

No quería hacerlo. Por supuesto, quería a Elissa y le gustaba pasar tiempo con ella, pero esa mujer, Cindy, no parecía el tipo de persona que Bonnie quería como vecina. Por eso no estaba deseosa de ayudar a Dalton a conseguir su objetivo.

Tampoco creía que le fuera a hacer un favor a Dalton si lo ayudaba. Parecía una de esas mujeres que podría romperle el corazón y luego tener una larga fila de visitantes masculinos entrando y saliendo a todas horas. No la quería en el edificio.

–¿Puedes o no? –insistió Dalton.

–¿A qué hora? –preguntó Bonnie, dudosa.

–No sé. ¿A las seis?

Ella se dio cuenta de que seguía sin moverse y que no tenía intención de invitarla a entrar ni de presentarle a su nueva amiga.

–Tengo algunas cosas que hacer.

–Vamos, Bonnie, sabes que Elissa no te molestará. Dame un respiro.

Tuvo que ceder. No tenía ninguna razón legítima para negarse a ayudarlo y no podía discriminar a esa mujer sólo porque era una belleza y tenía unos senos impresionantes.

–De acuerdo. Dile a Elissa que suba y cenaremos juntas. De hecho... –le dolió decirlo, pero sabía que sería entretenido para las dos– dile que puede quedarse a dormir. Así tendrás más tiempo para dedicárselo a esa reina de la belleza –su voz sonó un poco más cortante de lo que pretendía, pero una vez dichas, no podía borrar sus palabras.

–¿Estás celosa? –Dalton echó un vistazo a la mujer que había en su apartamento y luego a Bonnie.

–¿Celosa? –soltó un risa tan aguda que llamó la atención de Cindy. La mujer la miró con unos enormes ojos marrones, sonrió y saludó con la mano–. No –susurró Bonnie–. Pero no creo que debas abandonar a tu hija para recorrer la ciudad con una mujer a la que ni siquiera conoces.

Los ojos azules de Dalton chispearon, divertidos. Torció la boca y sonrió de medio lado.

–Estás celosa.

–En absoluto.

–Estás totalmente celosa.

–Dile a Elissa que venga a las seis –rezongó Bonnie, dándose la vuelta–. Y pásalo bien.

Dalton vio a Bonnie alejarse por el pasillo e intentó no reírse. Estaba celosa. Le costaba creerlo. Sin embargo, al mirar a Cindy Payne se preguntó si los celos eran por él o simplemente Bonnie no quería a una mujer tan guapa en el edificio.

–Perdone la interrupción –dijo Dalton, volviendo a la mesa en la que Cindy y él estaban revisando los contratos–. Decía que su marido regresa de Alemania dentro de un mes, ¿no?

–Sí –asintió Cindy–. Así que tendría que mudarme dentro de unas tres semanas.

–Y quiere un apartamento de dos dormitorios –Dalton apuntó algo–. Me quedan cuatro, así que eso no debería ser problema.

–¿Papá? –Elissa entró en la habitación con un bebé en brazos–. ¿Liam va a vivir aquí?

En cuanto el bebé vio a su madre, extendió los bracitos y empezó a gorgotear. Cindy fue hacia Elissa y lo tomó en brazos.

–Creo que sí –le dijo la mujer a Elissa–. Y tú serías una niñera fantástica para él.

–¿De verdad? –Elissa esbozó una sonrisa resplandeciente–. ¡Qué bien!

Dalton observó a su hija con orgullo.

Le asombraba lo optimista que era. Eso no lo había heredado de él. Elissa desconocía el cinismo por completo.

–Entonces, ¿podrá tomarse un par de horas después, para enseñarme la ciudad? –le preguntó Cindy a Dalton.

–Me encantará hacerlo.

–Fabuloso. Necesito saber las cosas básicas, como dónde hacer la compra, pero lo que más me preocupa es cómo conducir hasta la ciudad. Empiezo a trabajar el diez de diciembre.

–Haremos un viaje de prueba –sugirió Dalton–. El tráfico no estará mal un sábado por la tarde.

–Fabuloso –repitió Cindy–. Con un poco de suerte, Liam estará dormido todo el viaje.

–Yo podría ocuparme de él –ofreció Elissa.

–Vas a pasar la noche en casa de Bonnie –advirtió Dalton.

–¡Yupi! –los ojos de Elissa se iluminaron–. ¿Toda la noche?

–Me ha dicho que prepares tu bolsa –dijo Dalton.

–¡Bien!

–¿Bonnie es su novia? –preguntó Cindy, riéndose del entusiasmo contagioso de Elissa.

–Él quiere que lo sea –interpuso Elissa.

–No, no lo es –Dalton lanzó una mirada severa a su hija–. Sólo es una vieja amiga.

–Se conocen desde que tenían mi edad –añadió Elissa–, pero no salían juntos.

–La verdad es que podría preguntarle a Bonnie sobre cómo ir al trabajo, lleva años haciéndolo –dijo Dalton, incómodo, queriendo cambiar de tema.

–Me acordaré de preguntarle –prometió Cindy, recogiendo sus cosas–. Gracias de nuevo por su ayuda, señor Price.

–Llámame Dalton. Y no hace falta que me des las gracias. Estoy seguro de que a ti y a tu familia os gustará Tappen. ¿Cuándo has dicho que llegaba el siguiente?

–A finales de abril –contestó Cindy, dándose una palmadita en el redondeado estómago–. Es niña.

–¿Podré cuidarla a ella también? –preguntó Elissa con avidez.

–Cuento con ello –sonrió Cindy–. Nos veremos esta tarde, Dalton. Si todo va como espero, podré firmar el contrato el lunes.

–Es tan típico –le bufó Bonnie a Paula, mientras recorrían el supermercado, comprando cosas para su noche con Elissa–. Hoy ha firmado cuatro contratos, pero justo a esa mujer, despampanante, tiene que enseñarle la ciudad. Necesita atención especial. Te apuesto lo que quieras a que los demás eran hombres.

–¿Qué más te da? –preguntó Paula, comiéndose una uva del racimo que Bonnie acababa de echar en la cesta–. Casi parece que estás celosa –la miró con ironía.

–Es justo lo que ha dicho él –Bonnie movió la cabeza con impaciencia–. No estoy celosa, te lo prometo. Estoy cansada de los hombres que sólo buscan un tipo determinado de mujeres.

–¿Te refieres a las mujeres que les atraen?

–Deberías haber visto su pecho –Bonnie tiró un paquete de palomitas para microondas en la cesta–. Podría utilizarlo como flotador. De hecho, por lo que yo sé, quizá llevaba un flotador debajo de la blusa. ¿Es que los hombres no piensan en otra cosa?

–¿Los hombres o Dalton? –Paula tomó otra uva.

–Los hombres. Dalton me da igual.

–Eso has dicho. Con vehemencia.

–No me importa –un paquete de galletas aterrizó junto a las palomitas.

–Bueno –canturreó Paula–. Pero, para que lo sepas, no te creo. Desde que Dalton regresó y se instaló en tu edificio, te has pasado la mitad del tiempo peleando con él o hablando de cuánto te molesta –sonrió petulante–. Cuando el río suena, agua lleva, pienso yo.

–Gran momento para acordarte del refranero.

–Siempre es útil.

–No lo es. Te equivocas por completo.

–Eso dices. Cuando el río...

–Basta ya –Bonnie intentó controlarse–. Paula, conoces a Dalton desde hace casi tanto tiempo como yo. ¿En serio crees que siento algo por él?

–Lo sentiste una vez.

–Hace unos mil años –rezongó Bonnie.

–No fue hace tanto –llegaron a la zona de los helados–. Lo que no entiendo es por qué sigues empeñada en conquistar a ese tío aburrido de tu oficina cuando tienes a uno tan sexy, Dalton Price, delante de las narices.

–Primero, Mark no es aburrido. Segundo, Dalton tampoco es tan sexy –lo pensó un momento. Recordó sus cálidos ojos azules, el pelo oscuro y revuelto, las pestañas, largas y negras, la mirada sensual que le dedicaba cuando la veía, y el cosquilleo que ella sentía en el estómago.

–Eso es mentira, y lo sabes.

–Bueno, ¿y eso qué importa? –Bonnie, sabiendo que no podía ganar la discusión, cambió de técnica–. ¿A dónde lleva lo sexy? A la cama. Puede que a una relación corta, justo lo suficiente como para empezar a creer que quizá esta vez funcione. Pero, inevitablemente, lleva a un corazón roto y a una pérdida de tiempo.

–Eso sí que es cínico.

–No, es pragmático. Maduro –Bonnie lo creía de verdad–. Es comprender, finalmente, que tengo que elegir a un hombre por su conveniencia en varios detalles, como trabajo, intelecto, educación, ambición, etcétera, y no por cómo me haga vibrar.

–Las vibraciones son importantes.

–No tanto como el resto –Bonnie echó un kilo de helado de chocolate en la cesta. De repente, miró el contenido de la cesta y, avergonzada, fue a la sección de verduras congeladas y agarró una bolsa de brécol–. Cambiaría las vibraciones por la satisfacción sin pensarlo.

–Oh, no, yo no. Yo cambiaría la comodidad por las vibraciones en menos de un latido de corazón. Un latido desbocado.

–¿En serio? –Bonnie la miró con sorpresa.

–Sin duda. Y si tú estás dispuesta a renunciar a eso a tu edad, estás loca. Por tu propio bien, espero que conquistes pronto a ese tipo para que olvides esas tonterías; antes de que sea demasiado tarde para encontrar al hombre correcto y formar una familia –Paula sonrió herméticamente–. O para tener una aventura de larga duración.

–¿Es eso lo que estás viviendo tú? –Bonnie enarcó una ceja interrogativamente.

–Yo he recibido una proposición.

–¿Qué? –Bonnie se preguntó cómo podía haber estado tan obsesionada con sus propios problemas para perderse algo tan importante en la vida de su mejor amiga–. ¡Cuéntamelo todo!

–Bueno, una especie de proposición –la sonrisa de Paula se hizo más grande–. Seamus me ha propuesto que nos fuéramos de viaje este fin de semana.

–¿Adónde? –Bonnie tomó aire.

–A un hotelito en el norte –movió las cejas como Groucho Marx–. Ya ha hecho la reserva.

–Paula, eso es... –no estaba segura de que decir. ¿Fantástico o arriesgado? No quería que nadie le hiciera daño a su amiga–. Eso será divertido. Supongo que eso significa que ganarás la apuesta.

–Cuento con ello.

Bonnie sonrió. Eran muy buenas noticias. Había temido que Seamus Parker estuviera casado, o algo así, pero a menos de una semana del Día de Acción de Gracias, ningún hombre casado podría hacer una escapadita de esas.

–Entonces, ¿ya lo saben en la oficina?

–Oh, no –Paula saltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica–. Para nada. Si alguien se enterase perdería credibilidad con los empleados y yo quedaría como una tontita –movió la cabeza con fuerza–. Me parece bien mantenerlo en privado.

–¿Eso qué quiere decir? –Bonnie volvió a sentir dudas–. ¿Es él quien quiere mantenerlo en secreto?

–Los dos –Paula hizo un gesto desdeñoso con la mano–. En realidad, así es más excitante.

–¿Excitante? –a Bonnie le sonaba horrible. Inquietante. Casi vergonzoso.

–Eso es lo que me interesa.

–Ahí está –Bonnie la señaló con el dedo–. Esa es, básicamente, la diferencia entre tú y yo. Tú sigues queriendo excitación. Yo no. No quiero sentir mariposas en el estómago; piénsalo, es desagradable. Y también lo es estar nerviosa y tensa todo el tiempo. Yo he acabado con eso. Ahora quiero estabilidad. Quiero asentarme.

–Asentarse sin excitación suena muy aburrido –rezongó Paula.

Bonnie suspiró. A pesar de su apasionado discurso, a veces pensaba como su amiga. La excitación era... bueno, excitante. La descarga de adrenalina, el corazón acelerado, los besos que encendían llamas en todo el cuerpo...

Pero nunca duraba.

Y Dalton Price había probado, de nuevo, por qué no era bueno buscar eso. Porque la clase de hombres capaces de provocar esas llamas, nunca se quedaban el tiempo suficiente para hacer tostadas en ellas. Simplemente, iban a buscar otra cerilla que encender, en otro sitio.

–Y fueron felices y comieron perdices –anunció Elissa con dramatismo, mientras pasaban los créditos de la comedia romántica que acababan de ver–. Es una película muy bonita.

–Es una de mis favoritas –Bonnie se estiró y, accidentalmente, tiró una caja de palomitas vacía. Rodó por la mesa de café hasta chocar con un vaso que contenía restos de batido de chocolate.

Había sido una noche decadente.

El brécol congelado que había comprado para contrarrestar toda la comida basura, seguía en el congelador. Sin embargo, no quedaban más que cuatro galletas. Si Dalton se enteraba, se lo echaría en cara toda la vida.

–¿Crees que un plan como ése podría funcionar para unir a dos personas?
–preguntó Elissa, bostezando y apoyando la cabeza en el hombro de Bonnie.

De repente, Bonnie pensó en la ex esposa de Dalton, la madre de Elissa, y se preguntó si habría sido mala idea ponerle una película en la que los hijos intentaban que sus padres volvieran a juntarse. Quizá eso le había dado esperanzas.

–Sólo si las dos personas quisieran volver a estar juntas –le acarició el pelo a la niña–. ¿Piensas en alguien en concreto? –lo pensó mejor y decidió ir al grano–. ¿Tus padres?

–No –Elissa movió la cabeza–. Ellos no quieren estar juntos. Mamá tiene su carrera y papá... –su voz sonó adormilada–. A papá le gusta otra persona.

–¿Cindy? –a Bonnie se le encogió el estómago y su primer impulso fue ir a por más helado de chocolate.

–¿Quién es esa? –Elissa se volvió hacia ella.

–La mujer con la que ha salido esta noche.

–Ah. La señora Payne.

–¿La señora Payne? –Bonnie alzó las cejas. Señora no tenía por qué significar nada. Los niños solían llamar señora a las mujeres, aunque estuvieran solteras.

–Y Liam –añadió Elissa volviendo a apoyarse en su hombro.

–¿Quién es Liam?

–El bebé de la señora Payne. Va a tener otro más dentro de poco.

–Su bebé. ¿Y va a tener otro? –Bonnie gimió para sí. No era raro que Cindy tuviera unas proporciones tan... generosas. Estaba embarazada. Y, por lo visto, casada.

–Su marido está en el ejército, en Alemania –continuó Elissa. Bonnie se sintió aún peor por haber juzgado tan mal a Cindy–. Por eso papá fue a enseñarle como ir conduciendo al trabajo. Si no le parece demasiado lejos, alquilará el apartamento y yo podré cuidar del bebé algunos días.

–Eso es fantástico, cariño –dijo Bonnie, horrorizada por lo mal pensada que había sido.

–Será buena práctica –Elissa bostezó–. Cuando tú tengas un bebé, también podré cuidar el tuyo.

–Cielo, no creo que eso vaya a pasar en mucho, mucho tiempo –suspiró Bonnie.

–Papá dice que probablemente no ocurrirá nunca.

–¿Eso dice? –Bonnie se puso rígida–. ¿Ha dicho que yo probablemente nunca tenga un bebé?

–Dijo que probablemente él no tendría otro bebé, aparte de mí –Elissa bostezó de nuevo–. Supuse que si lo tenía, sería contigo. ¿No?

Bonnie decidió que Elissa debía estar más cansada de lo que había pensado. Debía estar soñando; eso explicaría su suposición de que Dalton y ella tendrían hijos juntos.

–Tu padre y yo no tenemos ese tipo de relación.

–Papi dijo que sí la tenéis.

Bonnie enarcó una ceja, aunque se había dado cuenta de que debía tomarse con escepticismo las palabras de Elissa, o al menos, su significado.

–¿Dijo eso?

–Dijo que te quiere.

–¿Estás segura? –Bonnie la miró, boquiabierta. Elissa asintió, pero era obvio que no le interesaba la conversación.

–¿Puedo irme a la cama?

–Claro –Bonnie estaba tan atónita, que no sabía qué decir–. Límpiame los dientes, después acuéstate en la cama que preparamos antes, en mi dormitorio.

–Vale –Elissa le dio un beso en la mejilla–. Buenas noches.

–Buenas noches, preciosa. Felices sueños –Bonnie sonrió y vio a la niña ir hacia el dormitorio, con su largo camisón de franela. Parecía salida de un cuento de la época victoriana.

–¿Crees que debería llamar a papá para comprobar que ha llegado bien a casa? –preguntó Elissa desde la puerta. Bonnie fue hacia la ventana.

–No hace falta. Su coche está aparcado. Pero, si te parece bien, iré a comprobarlo, dentro de un rato.

–Buena idea –asintió Elissa. Fue hacia el dormitorio, bostezando ruidosamente.

Bonnie recogió los restos del festejo, fregó los platos y discutió consigo misma sobre la posibilidad de bajar a hablar con Dalton. Finalmente, cuando todo estaba reluciente, decidió ir. Sólo para dejar las cosas claras sobre el tipo de relación que tenían y asegurarse de que ambos le transmitían a Elissa el mismo mensaje.

Fue de puntillas al dormitorio y miró dentro. La niña dormía profundamente.

Salió de la casa, echó la llave y bajó a ver a Dalton.

9

Si quieres que sepa que te importa, tienes que decírselo.

Dalton Price.

–¿Qué demonios le has estado diciendo a tu hija sobre nosotros? –preguntó Bonnie, en cuanto Dalton abrió la puerta.

–¿Dónde está? –Dalton, con pantalones de chándal y el torso desnudo, la miró confuso.

–Está dormida, en mi habitación –replicó Bonnie, empujándolo para entrar–. ¿Está bien que la haya dejado sola?

–Sí –Dalton cerró–. No es tan pequeña. Además, está puesto el cerrojo de seguridad del vestíbulo.

–Eso supuse –se volvió hacia él y se apoyó en el respaldo del sofá–. Además, le dije que bajaría a echarte un vistazo.

–¿Cómo que «a echarme un vistazo»?

–Elissa quería asegurarse de que habías vuelto a casa sano y salvo. Le dije que tu coche estaba fuera.

–Así que ahora te dedicas a espiarme –ironizó Dalton.

–Venga ya. No es como si hubieras tenido una cita.

–Pero, si tuviera una cita, ¿entonces me espiarías?

–No quería decir eso.

–¿Qué querías decir? –cruzó los brazos sobre el pecho. La única lámpara encendida creaba un juego de sombras que acentuaban cada uno de sus músculos.

–Eso no viene al caso, Dalton –dijo Bonnie, intentando no mirar su pecho–. El caso es que ella piensa que vamos a tener bebés juntos. Tú y yo.

–¿Qué? ¿Le has dicho tú eso?

–Por supuesto que no. ¿Qué diablos te ocurre? –por su apariencia, no le ocurría absolutamente nada. Bonnie se recriminó por pensar en su fabuloso cuerpo en un momento tan serio.

–¿De dónde ha sacado esa idea?

–No lo sé. Por eso estoy aquí, preguntándoselo al hombre que la educa –ella lo miró fijamente–. También piensa que me quieres. ¿Por qué piensa algo así?

–Siéntate –Dalton, con aspecto sorprendido, arrugó el entrecejo y señaló el sofá–. ¿Quieres una cerveza?

–No, gracias.

Él fue hacia la cocina y sacó dos de la nevera, de todas formas. Regresó y le tiró una a Bonnie. Después abrió la suya y tomó un largo trago.

–Respecto a lo de que yo te quiero...

A Bonnie se le aceleró el corazón.

–... la otra noche estuvimos hablando sobre el amor, cuando volvió de la escuela dominical. Me preguntó si de verdad teníamos que querer a todo el mundo. Intenté explicarle lo que había querido decir la profesora, pero Elissa me obligó a hacer una lista de personas, para asegurarse de que las quería a todas.

–¿Y yo estaba en tu lista? –Bonnie sonrió–. ¿Estoy en la lista de personas que quieres?

–Por favor, no me lo pongas aún más difícil –Dalton estaba sonrojado–. Ya sabes a qué me refiero. Era la típica lección Dios-quiere-a-todo-el-mundo, Dios-está-en-todos-nosotros.

–No te preocupes –Bonnie soltó una carcajada–. Sé lo que quieres decir. Creo que a mí también me preocupó ese concepto cuando tenía la edad de Elissa. Seguramente era la misma profesora, ahora que lo pienso.

–A mí también me pasó –asintió él.

–Sí, claro, había olvidado que también estabas allí.

–Eso es porque solían echarme al pasillo por molestar en clase.

–Te pasaste media vida en el pasillo, entre el colegio y la escuela dominical –se burló ella.

–Alguien tenía que ser el chico malo –dijo él, dando un trago a la cerveza.

–Nosotros, los buenos, te damos las gracias.

–Elissa es una buena chica –apuntó él.

–Sí, lo es. Es una gran chica.

–Se merece más de lo que tiene –dijo él, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

–No digas eso, Dalton –se acercó y le puso una mano en el hombro–. Tiene muchísimo. Es feliz. De verdad. Deberías sentirte orgulloso de ti mismo.

–Vio a su madre en la televisión el otro día. Sólo fue un minuto. Hacía de camarera en una serie estúpida y sólo decía dos frases pero, teniendo en cuenta lo que te ha dicho Elissa, debe haberla afectado más de lo que yo creía.

–¿Sólo ve a su madre así? –Bonnie sintió dolor de corazón–. ¿Sólo en la televisión?

–Sí –él volvió a beber–. Eso es.

–Oh –Bonnie abrió su cerveza–. Eso es muy triste –calló un momento–. Pero eso no puede haberla llevado a la fantasía de que tú y yo tengamos una relación, ¿no? No tiene sentido –unas gotas de espuma le cayeron en la mano y se la secó en el vaquero.

–No –corroboró él–. Pero últimamente habla mucho de eso. No de que tengamos hijos juntos, sino de por qué no vienes más aquí, o de lo fantástico que fue que hicieras la cena el otro día –hinchó los carrillos y soltó el aire lentamente–. Esas cosas maternas que haces. O, al menos, maternas en comparación con su madre.

–¿Debería dejar de hacerlas?

–No, no –rechazó él rápidamente–. Por favor. No. Le viene muy bien verte. Es bueno que tenga una mujer a la que admirar y con quien hablar de vez en cuando. Tú puedes hablar con ella de cosas que yo no –movió la cabeza de lado a lado–. No quiero que te alejes. Hablaré con ella y aclararé las cosas. No habrá problema.

–¿Estás seguro?

–Seguro que estoy seguro –pero no tenía aspecto de estarlo. Estudió la botella de cerveza y después miró de nuevo a Bonnie–. ¿Lo habéis pasado bien esta noche?

–Sí, muy bien. Vimos una comedia antigua, la de Brian Keith y Maureen O’Hara.

Él no cambió de expresión.

–Hombres. No tenéis remedio –se quejó Bonnie–. Es una de las mejores películas de todos los tiempos.

–Entonces, no sé por qué no la he visto –se rio él.

–¿Qué tal tu noche? –preguntó ella–. ¿Cómo fue todo con Cindy?

–Bien. Creo que va a alquilar el apartamento. Y puede que te llame para preguntarte cómo vas a la ciudad a trabajar. Si lo hace, sé amable.

–¿Por qué no iba a ser amable?

–Bueno, estuviste un poco antipática cuando la viste esta mañana.

–Eso no es verdad –Bonnie chasqueó la lengua–. Sólo estaba... cansada.

–Sí –rezongó él–. Sacar conclusiones puede ser agotador.

–¿Sacar conclusiones? –lo fulminó con la mirada–. ¿Sobre qué?

–Sobre Cindy y yo. Creíste que había algo entre nosotros. Lo tenías escrito en la cara.

–¿Qué me importa a mí lo que hagas?

–Es curioso que lo preguntes. Yo me preguntaba lo mismo –dejó la cerveza en la mesa y se acercó más a ella–. ¿Qué te importa? –se detuvo a un par de pasos de ella, como un boxeador ante su oponente.

–No me importa –respondió ella débilmente. De repente, tenía la boca seca. Tomó un sorbo de cerveza.

Él se acercó un paso más. Casi pudo percibir el calor de su cuerpo envolviéndola.

–¿No?

–No –un «no» de sus labios nunca había sonado tanto como un «sí»–. Lo que hagas es asunto tuyo.

–¿Sí?

–Sí –jadeó ella. Empezaban a sudarle las manos. Dejó la botella de cerveza en la mesa, para no dejarla caer.

Él se quedó inmóvil y ella se descubrió dando un paso hacia él. No entendía lo que estaba haciendo. Era una locura. Dalton era el magnetismo personificado; ella no se acercaba porque quisiera hacerlo, se acercaba porque no podía detenerse.

–Será mejor que vuelva con Elissa –inspiró rápidamente e intentó rodearlo.

–Espera –ordenó él, sujetándole el brazo.

–¿Qué? –preguntó Bonnie. Sólo unos centímetros separaban sus rostros.

–No te vayas –pidió él con voz suave.

–¿Por qué no? –musitó ella.

Él la miró un momento antes de contestar.

–No puedo darte una buena razón para que te quedes.

–Entonces, será mejor que me vaya –ella tragó saliva, pero no se movió. Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo. Su boca estaba tan cerca que apenas habría tenido que moverse para besarla, con inclinarse un poco...

Pero no podía. No lo haría.

Sin embargo, él sí lo hizo.

Con un ímpetu digno de un adolescente, dio un paso y la tomó en sus brazos, apretándola contra él mientras capturaba su boca, encendiendo fuegos que hacía años que ella no sentía.

Una chispa descendió por su espalda y prendió en el centro de su ser. Cuando la lengua de Dalton rozó la suya, la chispa se convirtió en llama. Lo atrajo hacia ella, apretando las manos contra el musculoso cuerpo en el que tanto había pensado a lo largo de los años.

Él acarició su espalda lentamente, creando oleadas de placer y deseo. Cuando la apretó contra sus caderas, fue obvio que la deseaba tanto como ella a él.

Habría sido muy fácil agarrar su mano y llevarlo al dormitorio, sin mediar palabra, para satisfacer el deseo que tantos años la había atenazado. Eran adultos, libres de hacer su voluntad. Una noche de placer no los comprometía a una vida juntos. No tenía por qué significar nada profundo, nada en absoluto.

Pero, para Bonnie, significaba mucho.

Por más que su cuerpo quería a Dalton en su interior, ¡en ese momento!, su corazón sabía que no podía hacer eso sin pretender que la relación durara más de una noche. No era chica de una sola noche. Nunca lo había sido. Al menos, no por voluntad propia.

Dalton Price era el único que podía hacerla pensar en rendirse a ese estúpido impulso. Pero no esa noche. Si se rendía, echaría por tierra todo lo que intentaba conseguir con Mark. Echaría a perder su plan.

Por no hablar de lo difícil que sería seguir viviendo allí, en el edificio de Dalton, viéndolo todos los días. Se conocía lo suficiente para saber que le costaría mucho tratarlo con normalidad si hacían eso.

–¿Qué estamos haciendo? –Bonnie se apartó.

–Estamos... besándonos. ¿Cómo que qué estamos haciendo?

–Estás probándome, ¿verdad? –ella lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Probándote? –él parecía atónito.

–Mi lealtad hacia Mark –ella supo que sonaba estúpido incluso cuando lo decía, pero fue lo único que se le ocurrió. Tenía que recordarse, y recordarle a Dalton, que tenía otras intenciones. Que no iba a rendirse a él.

–¡Ni siquiera estás saliendo con Mark!

–Aún no. De eso se trata. Se supone que debo reservarme para él. Y se supone que tú me estás ayudando a conquistarlo. Esto, tú y yo... –ella movió el dedo de uno a otro– no puede ocurrir.

–Ocurrió una vez –dijo él con una sonrisa muy sexy.

–Esa es una de las muchas razones por las que no puede volver a ocurrir – Bonnie se sonrojó. Tenía el corazón desbocado y quería que volviera a ocurrir. Su cuerpo, desde luego, lo quería. Pero su mente estaba en contra.

–Si soy sincero, Bon, esa es una de las razones por las que me gustaría que volviese a ocurrir.

–¿En serio? –ella sintió que algo se ablandaba en su interior. Cabía la posibilidad de que hubiera significado más para él de lo que había demostrado. Se preguntó si él también había pensado en aquello durante años–. Me sorprende oír eso, Dalton, me sorprende mucho.

–¿Por qué?

–Porque no creí que hubieras vuelto a pensar en eso.

–Últimamente, sí.

–¿Ah? –ella tragó saliva otra vez.

–Sí. Tanto hablar del hombre de tus sueños, Mike, o como se llame...

–Mark.

–No puedo evitar ser consciente de la posibilidad de... ya sabes, malos recuerdos.

–¿De qué hablas? –preguntó ella, confusa del todo–. ¿Qué malos recuerdos?

–Bueno, tú y yo... –carraspeó Dalton–. Ya sabes. Entonces tenía diecinueve años. ¿Qué hombre no desearía tener la oportunidad de... –se encogió de hombros– de demostrar que puede hacerlo mejor?

–Probarte a ti mismo –Bonnie deseó darle una bofetada–. Probar tu virilidad.

–Supongo que podrías llamarlo así –aceptó él, aunque tuvo el decoro de parecer un poco avergonzado.

–Dios, eres un imbécil.

–¿Qué he hecho? –preguntó él, abriendo los brazos de par en par.

–No, no, la imbécil soy yo. Durante un segundo he llegado a pensar que lo que ocurrió entre nosotros podía haber significado algo para ti, pero no –alzó las manos con desesperación–. Debí imaginar que todo era cuestión de ego. Siempre lo es con los tipos atractivos.

–¿Te parezco atractivo? –preguntó él, sonriente.

–Ya no –bufó ella, cortante–. Me voy a casa –lo apartó de en medio, sin esperar respuesta.

–Espero que esto no signifique que lo de Acción de Gracias queda cancelado.

–No creo que Estados Unidos decida cancelar Acción de Gracias por esto, no –Bonnie lo fulminó con los ojos.

–Me refiero a que vengas aquí a cenar –la mirada satisfecha de Dalton se había convertido en una de angustia–. Elissa cuenta con ello, lo está deseando.

A Bonnie le habría encantado decirle dónde podía meterse el pavo, pero sabía que él tenía razón; Elissa lo estaba deseando. Bonnie no iba a fallarle a la niña, pasara lo que pasara.

–Aquí estaré –afirmó–. Por Elissa, no por ti.

–Con eso será suficiente –agradeció él. Ella movió la cabeza de lado a lado y fue hacia la puerta–. Bon.

–¿Qué? –se dio la vuelta para mirarlo. Siguió un largo momento de silencio.

–Sí que significó algo para mí –Dalton tragó saliva y ella lo vio–. Sé que seguramente no lo creas, pero es la verdad.

Ella se quedó atónita por la emoción que la embargó. Una mezcla de sensación de rechazo, deseo y pasión rememorada. Apretó los labios, no se fiaba de sí misma. Escrutó su rostro un momento, buscando sinceridad o burla, pero no supo leerlo.

–La verdad, ya no sé qué creer –dijo.

–¿Lo sabe alguien? –Dalton emitió una risa seca–. Así es la vida real, cariño.

Por primera vez desde su llegada, supo con absoluta certeza que Dalton hablaba en serio. Que pensara así le provocó una intensa tristeza. De repente, lo único que deseaba era volver a su apartamento, a las antiguas comedias románticas y a la dulce niña dormida que aún creía en la posibilidad de ser felices y comer perdices.

10

A veces, es mejor estar solo que mal acompañado.

Bonnie Vaness.

Cuando Bonnie llegó a su apartamento, estaba sonando el teléfono. Corrió a contestar, para que no despertase a Elissa, pero dejó de sonar justo cuando lo hizo. Colgó y vio que la luz del contestador parpadeaba. La pantalla decía que tenía cinco mensajes nuevos.

En los dos primeros sólo se oía a alguien colgar. El tercero era la voz casi irreconocible de Paula: «Llámame. Da igual la hora. Estoy en casa». Parecía que estaba llorando, o enferma.

En el siguiente, habían vuelto a colgar. Diez minutos después, Paula había dejado otro: «Bonnie, maldita sea, ¿dónde estás? Si estás ahí, contesta. Necesito hablar contigo. Por favor».

El tono era alarmante. Bonnie corrió al dormitorio, echó un vistazo a Elissa, que seguía dormida y cerró la puerta. Iba hacia el teléfono, cuando volvió a sonar.

–¿Qué ocurre? –preguntó Bonnie sin preguntar quién llamaba. No tenía duda alguna.

Paula contestó algo incomprensible, salpicado de sollozos.

–¿Alguien se ha matado? –intentó descifrar Bonnie–. ¿De qué estás hablando? Tranquilízate y dime qué pasa.

–He dicho que está casado, el muy cerdo.

–Oh –Bonnie cerró los ojos y se dejó caer en el sofá–. Oh, no. Oh, Paula, cariño, lo siento mucho.

–Lo odio –sollozó Paula.

–No te culpo. Yo también lo odio.

–Pero eso no es todo. Es... mucho peor –Paula tuvo otro ataque de sollozos incontrolables.

A Bonnie le dio un vuelco el corazón. No. No podía ser. Por favor, Dios mío, rezó para sí. Por favor, que Paula no esté embarazada.

–Quédate donde estás. No te muevas. Voy para allá –lo dijo con un tono lo bastante alto para que Paula la oyera, por encima de su llanto–. Aguanta, ¿de acuerdo? Llegaré en quince minutos.

–Bon, no tienes que... –Paula gimió con desesperación– sí, sí tienes. Gracias –sollozó de nuevo–. Date prisa.

Bonnie colgó y llamó inmediatamente a Dalton.

–¿Qué ocurre? –contestó él, también sin preguntar quién era.

–Es Paula –a Bonnie le temblaban las manos–. Está muy trastornada y necesita que vaya. ¿Quieres que baje a Elissa o subes tú a por ella?

–No te preocupes –dijo él rápidamente–. Ahora mismo subo.

–Gracias, Dalton –dijo, antes de darse cuenta de que ya había colgado.

–¿Qué ocurre? –preguntó Dalton, un minuto después, mientras Bonnie sacaba un abrigo del armario–. ¿Está bien Paula?

–Problemas de hombres –contestó ella–. Nada grave.

–Espero que no le dijese a Paula que no era grave.

–Por supuesto que no –Bonnie lo miró con desprecio–. Tiene el corazón destrozado. Necesita apoyo. Quería decir que...

–Que la mayoría de los hombres son unos seres despreciables –terminó Dalton por ella–. Lo he captado.

–Bien –ella se puso el abrigo y se volvió hacia él.

–Te equivocas, Bonnie Vaness –afirmó él–. Eres cínica y amarga, y más o menos entiendo por qué, pero está mal que hagas generalizaciones sobre los hombres –hizo una pausa–. Y sobre mí.

Ella se preparó para decir la frase más insensible y falsa de toda su vida.

–Dalton, ni siquiera pienso en ti.

Él la miró un momento, pero en vez de insultarla, como Bonnie esperaba, hizo un gesto de incredulidad.

–Seguro –Dalton lo dijo de tal modo que podía haberse interpretado al menos de cinco formas distintas–. Mira, ¿por qué no te llevas mi furgoneta? Llegarás a casa de Paula mucho antes –metió la mano en el bolsillo, sacó un llavero y se lo tiró a Bonnie.

Ella lo atrapó. Las llaves estaban calientes del contacto de su cuerpo.

–Gracias, Dalton, yo... –tomó aire. Sería una estupidez pedirle disculpas, admitir que podía estar equivocada respecto él. Después de ese beso, una admisión así podía llevar a cualquier cosa–. Te lo agradezco.

Paula recibió a Bonnie con una botella de tequila en la mano y un aliento que provocaría una explosión si alguien encendiera una cerilla.

–No hacía falta que vinieras –dijo, pero estaba tan ronca de llorar que sonó como «oaiá ata kevineras». Alzó las cejas y la botella–. ¿Quieres una copa?

–Esto –dijo Bonnie, quitándole la botella–, no va a ayudarte en absoluto.

–Ya está ayudando.

–Sí, durante diez minutos. Después llegará la gran caída. ¿Cuánto has tomado?

–No sé. Uno o dos –dijo, pero contó seis con los dedos–. Quiero uno más.

–Olvidalo –Bonnie llevó a Paula al salón y la obligó a sentarse en el sofá–. Quédate aquí. Voy a preparar café.

–Me hará vomitar.

–Entonces te traeré un refresco de cola. ¿Tienes?

–Debajo del fregadero –Paula señaló el baño con el dedo, pero Bonnie sabía que se refería a la cocina.

–Mentí –aulló Paula desde el salón.

–¿Sobre qué?

–No quiero excitación. Este es el precio que se paga por la excitación. Quiero estar tranquila. Quiero un contable aburrido que conduzca un coche pequeño y viva en las afueras; que me quiera y me respete y no me abandone nunca y que no esté casado.

–¡Amén!

–No me encuentro muy bien.

–Un segundo, ahora mismo voy –Bonnie miró bajo el fregadero y luego en el armario de al lado, donde encontró una botella de cola sin caloría de dos litros. Supuso que no asentaría tanto el estómago como la normal, pero al menos tenía cafeína. Y no tenía alcohol. Echó hielo en un vaso y lo llenó de refresco.

Se lo llevó a Paula y ella se lo bebió como si fuera su primer vaso de agua tras diez días en el desierto.

–Gracias, Bon –dijo, mordiéndose un cubito de hielo–. Eres una buena amiga.

–¿Quieres contarme lo que ha ocurrido? –Bonnie se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro.

–¿Qué hay que contar? Creía que podía ser «Él» y, en cambio, es un bastardo manipulador y mentiroso, con esposa, dos hijos y medio, y una casa con garaje en un barrio residencial.

–Pobrecita mía –Bonnie le acarició el pelo mientras Paula lloraba–. Lo siento mucho.

–Seguramente su esposa está tranquila, ¿sabes?

–Si lo está, se equivoca.

–Por lo menos está segura. Por lo menos él no va a abandonarla –Paula miró a Bonnie con los ojos rojos e hinchados–. Eso lo ha dejado muy claro.

–Uff –Bonnie le dio el vaso para que bebiera un poco más.

–Pero eso no es todo. Es peor aún.

Bonnie se preparó. El momento había llegado. Paula iba a decirle que estaba embarazada y Bonnie se comprometería a ayudarla a cuidar al bebé; pasaría el resto de su vida como una de «esas dos viejecitas raras que viven en la vieja casa victoriana de la calle Crabapple».

–¿Qué más? –la animó Bonnie, con tanta suavidad como pudo.

–Él... me... me –Paula volvió a perder el control–. Ni siquiera puedo creerlo.

–No puedes creer ¿qué? ¿Qué te ha abandonado cuando más lo necesitas?

–Podrías decirlo así.

–Es lo que me temía –Bonnie le dio un abrazo–. No te preocupes, te ayudaré a criarlo.

Paula se apartó y, a pesar de los ojos inyectados en sangre y nublados por el tequila, miró a Bonnie como si estuviera loca.

–Ayudarme a criar, ¿qué?

–El bebé –dijo Bonnie, con su sonrisa más plácida y maternal, aunque la atenazaba el pánico.

–¿Bebé? –Paula abrió la boca como un buzón.

–Sí... ¿no?

–¿Qué crees, que soy idiota? ¡No estoy embarazada!

–¿No lo estás? –el alivio recorrió las venas de Bonnie como una descarga de adrenalina.

–¡No!

–Entonces, ¿qué es? ¿Qué ha podido hacer que sea peor que mentirte y estar casado?

–Me ha despedido –Paula meneó la cabeza e incluso consiguió emitir una risita–. No me ha preñado. Tomo precauciones, como te puedes imaginar.

–¿No estás embarazada? –Bonnie la miró a los ojos.

–¡No!

–¿Estás segura?

–Si estoy embarazada, puedes buscar una estrella enorme en el cielo, el veinticuatro de diciembre –bromeó Paula, mirándola con condescendencia.

Bonnie frunció el ceño y estrechó los ojos.

–Vale, de acuerdo, no sería exactamente inmaculada, pero lo otro es imposible. Créeme, tengo cuidado –Paula se sorbió la nariz–. No creo a ningún hombre que diga que está operado y no hay por qué preocuparse.

–Oh, bueno, me alegra oírlo. Pero... ¿te ha despedido? ¿En el sentido de dejarte sin medio de ganarte la vida?

–Bingo.

–¿Y estás en paro? –la indignación de Bonnie empezó a subir como la espuma–. ¿Por culpa de ese desgraciado?

–Eso mismo.

–Es indignante. ¡No puede hacer eso!

–Puede y lo ha hecho. Es el jefe.

–Hay leyes que te protegen de este tipo de cosas, ya lo sabes –afirmó Bonnie, dispuesta a empezar a buscar abogados en las páginas amarillas–. No puede salirse con la suya.

–No quiero liarla.

–No quieres liarla –Bonnie la miró, incrédula.

–No.

–Estás desempleada. No puedes permitirte no liarla.

–No puedo volver a trabajar allí –Paula tomó otro sorbo de refresco–. Sí, posiblemente un buen abogado conseguiría que recuperase el empleo, pero todos sabrían que yo... me acosté con él. Y que está casado. Y que soy una idiota.

–No eres una idiota. Eres una persona normal que cree a un hombre cuando dice que no está casado. Sobre todo cuando el tipo trabaja contigo; lo normal sería que tuviera cuidado... –se le ocurrió una idea terrible–. ¿Crees que había planeado despedirte desde el principio?

–No lo sé –Paula se encogió de hombros–. No me importa. Sólo sé que lo odio –rompió a llorar otra vez.

Bonnie la rodeó con el brazo y esperó a que terminase. Tardó bastante, pero Bonnie se limitó a acunarla y a susurrarle palabras de consuelo, aunque sabía que Paula no podía creerlas en ese momento.

Finalmente, Paula se calmó y se quedó dormida. Bonnie se apartó de ella con cuidado, la tumbó en el sofá y la tapó con una manta.

Fue al teléfono y se lo llevó al dormitorio para llamar a Dalton.

–Siento llamar tan tarde –empezó.

–Estoy levantado.

–¿Llevaste a Elissa a la cama sin problemas?

–Ni siquiera se despertó.

Bonnie se lo imaginó llevando a la niña en sus fuertes brazos, con cuidado de no despertarla, y sintió un agradable cosquilleo en el corazón.

–Me alegro –dijo–. Mira, tengo que pedirte un favor. ¿Puedo quedarme aquí esta noche?

–¿Desde cuando necesitas mi permiso?

–Desde que tengo tu furgoneta –contestó Bonnie, sonriendo para sí.

–Ah, sí. Claro. No es problema. No la necesito esta noche.

–Gracias –se sentó en la cama de Paula. No le apetecía colgar aún–. Supongo que tenías razón. Sí que te subestimo. Un poco.

–Viniste a decir que todos los hombres, yo incluido, éramos una basura, si mal no recuerdo –dijo él un momento después.

–Bueno, bueno.

–No, nada de bueno. Quiero oírte admitir que estabas completamente equivocada sobre mí –su voz tenía un tono burlón y divertido.

Bonnie se recostó en la almohada, disfrutando, aunque sabía que no debía hacerlo.

–No he dicho que estuviera equivocada sobre ti –lo pinchó.

–Estás totalmente equivocada sobre mí.

–Ni siquiera sabes qué pienso de ti.

–Entonces, dime qué piensas de mí.

–No quieres saberlo –dijo ella, con un millón de cosas inundando su mente.

–Sí quiero.

En la oscuridad, y con la distancia que había entre ellos, no supo en qué sentido lo decía. No sabía si hablaba en serio o sólo la pinchaba para seguir jugando. Como era imposible saberlo, eligió sus palabras con mucho cuidado.

–Bueno, en el instituto pensaba que estabas para comerte. Pero ¿quién no lo pensaba?

–Venga ya.

–¡Lo digo en serio! –Bonnie no podía creer que él no lo supiera–. Todas las chicas estaban locas por ti.

–Tú no.

–¿Cómo lo sabes? –Bonnie notó que se le encendía la cara.

–Porque yo te perseguía y no me hacías ni caso.

–Venga ya, Dalton, ¿tan tonta me crees?

–Es en serio. Te deseaba más que a nada.

–Bueno, si no recuerdo mal, al final me conseguiste –Bonnie se aclaró la garganta suavemente–. Y no volví a oírte al otro lado de mi teléfono, después de eso –el silencio que siguió fue tan largo que, finalmente, ella tuvo que preguntar–. ¿Sigues ahí?

–Estoy aquí.

–¿Demasiado gallina para contestar? –el corazón le martilleaba en el pecho. No sentía en absoluto la indiferencia que aparentaba, pero era la primera vez que tenía la oportunidad de exigir una respuesta y no iba a dejarla escapar.

–¿Quieres que hablemos de gallinas? –preguntó él–. Tú tampoco me llamaste.

–¡Era cosa tuya!

–¿Por qué era cosa mía?

–Porque... –Bonnie estuvo a punto de decir «porque tú eres el hombre», pero sabía que él lo entendería mal—. Porque sabías que yo quería que me llamaras.

–No lo sabía –dijo él con voz queda.

–¿Qué? –Bonnie estaba atónita—. ¿Pensabas que no quería que me llamases?

–Nunca me dijiste que lo hiciera.

–Y una m... –ella calló. La verdad era que no estaba segura—. Lo hiciera o no, habría sido lo honorable.

–Ya, bueno, lo mismo digo.

–¿Lo mismo digo? –lo repitió tan alto que temió haber despertado a Paula—. Eso es pura basura y tú lo sabes. No es la chica la que llama después, es el chico –ya estaba. Lo había dicho. Por políticamente incorrecto y sexista que fuera, lo había dicho.

–¿De dónde te sacas eso? Yo tenía la impresión de que éramos dos, eso significa ir a medias.

–No se puede decir que pusiéramos lo mismo en juego –rio ella, con sorna.

–¿Qué diablos se supone que significa eso?

–Que tú no entregaste nada al estar conmigo. A ti no te comprometía ni te cambiaba, sólo era una conquista más en tu agenda.

Él se quedó callado.

–Entonces, ¿lo admites? –preguntó Bonnie, odiando lo chillona que sonaba su voz.

–Tenía diecinueve años, Bonnie. Y era idiota. Y además, supuse, correctamente, que si querías hablar conmigo, me llamarías.

–Según tu lógica, eso significa que tú no querías hablar «conmigo».

–No, es... complicado.

–¡Por favor!

–Tengo que colgar, Bon. Creo que he oído a Elissa –dijo él, tras unos segundos de silencio.

–Te lo estás inventando.

–Habla mañana –dijo Dalton con voz tranquila, pero dejando claro que no le haría cambiar de opinión. Para él, la conversación había terminado—. Quédate con la furgoneta el tiempo que te haga falta, ya nos veremos cuando regreses.

11

Haz que piense en ti, incluso cuando no estés con él. Eso lo volverá loco.

Dalton Price.

–La cabeza me está matando –anunció Paula la mañana siguiente, como era previsible.

Bonnie le entregó un mejunje repugnante, similar a un Bloody Mary pero con tequila, en vez de vodka. Para la resaca, más de lo mismo. La receta incluía un huevo crudo, pero le había parecido una crueldad innecesaria añadirlo.

–Toma. Sé de buena tinta que esto te ayudará a sentirte mejor.

–¿Lo has sacado de una de tus búsquedas en Internet? –Paula olisqueó el brebaje con escepticismo.

–Alégrate de tener una amiga que hace eso por ti. Bébetelo.

–No dejes que vuelva a hacer esto nunca más –gimió Paula, dejándose caer en el sofá tras beberse todo.

–¡Ya habías terminado de hacerlo cuando llegué!

–La próxima vez, llega antes –arrugó la frente y miró a Bonnie–. ¿Dónde estabas? Te llamé como más de cien veces.

–Estaba en casa de Dalton.

–¿Ah? Haciendo ¿qué? –Paula era incapaz de aceptar una respuesta así sin exigir más.

–¿Qué quieres decir «haciendo qué»? Estuvimos hablando –pero el rubor que tiñó sus mejillas contaba una historia distinta y era obvio que Paula lo notó.

–Así que ahora tienes a dos tipos en espera. ¿Dalton y ese tipo de la oficina?

–Un momento, ¿quién ha dicho que tenga a nadie en espera? No tengo a ninguno, y empiezo a pensar que nunca lo tendré.

–Seguro –rezongó Paula–. Como tú quieras.

–Es en serio, Paula. Sabes que no hay nada entre Dalton y yo. La idea es absurda –pensó en el beso que habían compartido unas horas antes, en el recuerdo de sus labios y sus brazos rodeándola... la invadió una oleada de calor.

–Dios, eres tonta.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Lo sabes perfectamente –Paula se puso una mano en la frente y se recostó–. Tráeme un paño mojado y frío, ¿vale? Tengo que recuperarme. Después tengo que buscar trabajo.

Mientras regresaba a casa en el Toyota de Dalton, Bonnie reconoció que sí sabía lo que quería decir Paula. O al menos tenía una idea aproximada. Dalton era muy atractivo. Magnéticamente atractivo. Incluso en ese momento, sentada en su furgoneta, sentía que su cuerpo respondía a... ¿qué? Su olor que flotaba en el aire, las huellas de sus dedos en el volante, restos de ADN que sólo podían encontrar los forenses. Bonnie no sabía lo que era, pero allí había algo de Dalton que hacía que se le acelerase el pulso.

Eso la irritaba profundamente, porque no quería sentir atracción por Dalton. Había pasado demasiado tiempo en ese callejón sin salida. De hecho, su plan con Mark Ford era una consecuencia bastante directa de eso. La química le había fallado. La atracción era una ilusión. Sólo conducía a demasiadas horas esperando que sonase el teléfono y demasiados días sintiéndose derrotada y con dolor de corazón.

No volvería a pasar por eso.

Apretó las manos sobre el volante; iba a seguir adelante con su plan de conquistar al guapo, exitoso y, tenía que reconocerlo, aburrido Mark Ford. Prefería tranquilidad aburrida a un candente dolor de corazón.

Cuando llegó al edificio, Dalton no estaba por allí. Se guardó las llaves en el bolsillo y fue a su apartamento a echarse una merecida siesta.

Dalton se despertó tarde el domingo por la mañana, tras una noche de sueños que lo habían dejado atontado, nervioso e incómodo. No los recordaba, pero sabía que Bonnie era la protagonista. Aunque no estaba seguro de por qué había desconcertado, se hacía una idea. Bonnie misma lo desconcertaba últimamente, soñar con ella no tenía por qué tener un efecto distinto.

Salió de la cama y encontró a Elissa en la cocina, hablando por teléfono. En cuanto lo vio, tapó el auricular con la mano.

–¿Puedo dormir en casa de Susan? –preguntó–. ¿Por favor? Su madre puede recogerme.

–Claro. Si quieres –Dalton parpadeó y sacudió la cabeza embotada.

–¡Sí! –Elissa dio un puñetazo al aire–. ¡Puedo! –dijo en el auricular–. Mi padre dice que sí –escuchó y después miró el reloj de pared–. Vale. Esperaré en la puerta –colgó y le explicó a Dalton que la madre de Susan la recogería en media hora.

–Bueno, deja que me vista y prepare un café; bajaré a esperarla contigo –llenó la cafetera y fue a ducharse.

Con el paso de los minutos, la sensación de los sueños se difuminó y cuando se sirvió la primera taza de café se sentía mucho mejor. Siguió así hasta que bajó, se despidió de Elissa y cerró la puerta.

Entonces apareció Bonnie. Había bajado a recoger el correo y cuando vio a Dalton pareció tan sorprendida como se sentía él, aunque se encontraban todos los días.

Pero no soñaba con ella todos los días.

Y ella no tenía aspecto de notárselo en la cara todos los días.

–Hola –saludó él.

–Hola –Bonnie tragó saliva y fue hacia el buzón–. Tengo tus llaves arriba, cuando llamé a la puerta, no estabas.

–Estaba dormido. Y le he dicho a Elissa que no abra nunca si no sabe quién es.

–Bueno, ¿quieres subir conmigo a por ellas? O espera aquí, iré a por ellas y las traeré.

–No hace falta, subiré contigo. Iba arriba de todas formas –la guio hacia la escalera–. Venga, vamos.

Ella lo siguió sin protestar y subieron hasta el tercero en silencio. Cuando llegaron al apartamento de Bonnie, ella sacó las llaves y, con mano temblorosa, abrió la puerta.

–Entra –lo invitó–. Voy a por las llaves, sólo tardaré un segundo –dijo, desapareciendo en la cocina.

Dalton se quedó en el vestíbulo, mirando a su alrededor. La casa estaba como siempre, pero la sintió de otra manera. Sin saber por qué, se sentía como un visitante ilícito, una persona que no debía estar allí y que tendría problemas si lo descubrían.

–Qué raro –dijo Bonnie, saliendo de la cocina–. Habría jurado que las dejé en la encimera.

–¿Has perdido mis llaves?

–¡No! No, estaban en la encimera y... –miró a su espalda desconcertada, como si esperase que algún chistoso fuera a salir de detrás de las cortinas con las llaves en la mano–. Y ahora no están –arrugó la frente.

–Esto no es un sitio muy grande –dijo Dalton–. No pueden haber desaparecido. ¿Dónde más has ido? ¿Has mirado en el cuarto de baño?

–No he llevado tus llaves al cuarto de baño –protestó ella con impaciencia.

–¿Has mirado? Si encuentro las malditas llaves en el baño...

–Basta –ella alzó una mano–. Créeme, no están allí.

–Ya. Así que esto es una especie de truco para hacerme esperar mientras las buscas –sonrió Dalton, sin pensar ni un segundo que ella se lo tomaría en serio.

–¡Nada de eso! –objetó ella.

–Tranquila, estaba bromeando.

–Me alegro, porque no estoy buscando excusas para tenerte por aquí.

–¿Quién ha dicho que las buscaras?

–Sólo he dicho que no es así –se puso roja.

–Protestas demasiado, ¿cómo es ese refrán de cuando el río suena?

–¿Has estado hablando con Paula? –preguntó Bonnie, mirándolo con fijeza.

–¿De refranes?

–De cualquier cosa –farfulló ella–. De mí.

–No –Dalton la miró con incredulidad–. No he estado hablando con nadie sobre ti. Pero por la forma en que te comportas, quizá debería hacerlo.

–No pretendía saltar así –dijo ella con una sonrisa que lo desarmó por completo–. Es que Paula dijo algo parecido el otro día. No suelo oír el mismo refrán dos veces en una semana.

Dalton se quedó pensativo, analizando el significado de esa información.

–¿Paula cree que protestas demasiado sobre lo que sientes por mí? –preguntó, finalmente.

–No –un intenso rubor tiñó las mejillas de Bonnie–. Hablaba de algo completamente distinto. No, no era sobre ti –se aclaró la garganta con una tos nerviosa–. No, sólo me ha parecido raro que dos personas citaran el mismo refrán esta semana, eso es todo. Pero dicen que cuando una idea está flotando en el universo... –no terminó de hablar. Parecía haberse quedado sin fuelle.

–Entendido –aceptó Dalton, para liberarla.

–Bien –Bonnie suspiró con alivio.

–¿Tienes alguna otra idea? –preguntó él.

–¿Sobre los refranes? –ella clavó en él unos enormes ojos azules, como si no lo entendiera.

–¿Tienes otras ideas sobre refranes? –dijo él, controlando una sonrisa. Dio un paso adelante y no pudo evitar agarrar su mano–. ¿O sobre cualquier otra cosa?

–Tengo muchas ideas –Bonnie tragó saliva.

–Dime una –pidió él, sin soltar su mano.

–No necesitas saber ninguna.

–Sí.

–No quiero contártela.

–Hazlo de todas formas.

Ella lo miró a los ojos como un animal enjaulado. En parte asustada, en parte desafiante.

–A veces, Dalton, tengo la impresión de que pretendes seducirme.

–¿Sí? –él enarcó las dos cejas.

–Sí.

–Y si fuera verdad, y no digo que lo sea, ¿supondría un problema?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Por qué?

–Porque eres malo para mí, Dalton Price.

–¿Malo en el sentido malo, o en el sentido bueno? –él se acercó más a ella.

–No estoy segura –Bonnie inspiró con fuerza, sin dejar de mirarlo a los ojos y negó con la cabeza.

–Entonces, no puede ser demasiado malo, ¿no crees? –el cuerpo de Dalton parecía actuar por cuenta propia. Rodeó la cintura de Bonnie con un brazo y la atrajo hacia él.

–No lo sé –ella apretó los labios y parpadeó–. He intentado no pensar en ello.

–¿Quieres decir que has intentado no pensar en mí?

–Sí –asintió ella–. He intentado no pensar en ti. Porque tú, Dalton, lo complicas todo. Siempre lo has hecho.

–Entonces tú y yo tenemos algo en común, ¿no te parece? –apuntó él, poniendo la otra mano en su cadera.

12

La caricia adecuada vale más que mil palabras.

Dalton Price.

Durante un momento, Bonnie se quedó sin respiración. No podía moverse. Y, sin duda, no podía apartarse de Dalton, aunque una vocecita en su cerebro le gritaba que echase a correr.

Sin decir una palabra, él posó la boca en la suya. Sus labios la rozaron con suavidad al principio, como si estuviera probándola. Ella tardó un rato en reaccionar y después se rindió, apoyándose en él.

Alzó los ojos y notó la caricia de su aliento.

Dalton sonrió levemente y capturó su boca con ansia e insistencia. Era como si estuvieran intentando recuperar años de tiempo perdido. Ella podría haberse perdido en ese beso el resto de su vida. Oleadas de placer recorrieron su cuerpo. Y también su corazón y su alma.

Había algo en Dalton que podía con ella. Siempre había sido así. Y por mucho que intentaba resistirse, por mucho que supiera que debía resistirse, a veces era tan fuerte que se sentía impotente.

Se encontraba inmersa en una de esas veces.

Él la besó sin esfuerzo, como un músico experto que tocara una escala, sencilla pero perfecta. Cuando sintió su lengua, Bonnie notó una corriente de deseo y apoyó las manos en sus hombros para atraerlo más. Pero no podía tenerlo lo bastante cerca como para satisfacer el intenso anhelo que ardía en su interior.

Con paciencia, Dalton bajó la mano hasta la parte inferior de su espalda y la dejó allí, inmóvil y poderosa, mientras su boca acababa con toda resistencia.

–¿Dónde está Elissa? –preguntó ella, aferrándose a la última tabla de salvación que podía impedirle ahogarse en ese mar.

–Se ha ido a casa de una amiga. Pasará allí la noche.

–¿Toda la noche? –Bonnie sintió un escalofrío.

–Toda la noche –Dalton volvió a besarla y sonrió–. ¿Tienes algún plan?

–Sólo algunas ideas –sonrió ella–. Pero no estoy segura de que sean «buenas» ideas.

–Yo estoy seguro de que sí –dijo él, introduciendo los dedos bajo la goma de su ropa interior.

Ella gimió.

–Ya, pero no me fío mucho de tu buen juicio.

–Tengo otros talentos.

Ella notó un latido en su interior, como un hipnótico tambor de la selva, que lo conminaba a seguir tocándola, a no dejar de tocarla nunca.

Pareció que él captaba esa llamada selvática, por que siguió adelante, con seguridad. Era innecesario plantearse si se pararía, tan innecesario como plantearse si ella quería que parase. No quería.

Dalton deslizó las manos bajo su blusa, acariciando la piel desnuda, por encima del sujetador. Bonnie se tensó, anticipando sus caricias y anhelándolas con desesperación.

Al sentir su lengua investigando su boca nuevamente, Bonnie supo que el deseo que había enterrado durante años exigía satisfacción inmediata. Daba lo mismo que estuviera mal, o que fuera una estupidez. Su alma tenía una pregunta que necesitaba una respuesta de Dalton.

Bonnie olvidó sus inhibiciones. No tenía otra opción. Ardía como una llama.

Él empezó a jugar con sus pezones, incitante, hasta que la hizo jadear. Cuando Bonnie no pudo soportarlo más, bajó la mano al botón de sus vaqueros y lo desabrochó. Bajó la cremallera con las dos manos y dejó al descubierto la fuerza de su deseo por ella.

Dalton empezó a perder el control que había mantenido hasta ese momento. Se acercó más, incrementando la urgencia de sus besos. Ya no eran suaves, y Bonnie no deseaba que lo fueran.

Le bajó los pantalones e introdujo la mano dentro de sus calzoncillos, acariciando la piel suave y cálida. Todo su cuerpo era puro músculo y disfrutó trazando el contorno de sus músculos. Cuando movió la mano hacia delante, descubrió que estaba listo para ella, y eso la hizo estremecerse de arriba abajo.

–¿Estás segura de que sabes lo que haces? –la voz de Dalton era un susurro ronco–. Porque dentro de unos dos segundos, no podré parar.

–Yo ya no puedo –jadeó ella, besándolo.

Él estuvo más que dispuesto a aceptar el beso. Sus lenguas se acariciaron, iniciando un baile acompasado con la pasión que latía en otras partes de su cuerpo.

Dalton desabrochó la blusa de Bonnie lentamente, como si cada botón abierto fuera a exponer un gran tesoro. Le quitó la blusa mirándola a los ojos, con una sonrisa diabólica.

–Ya ha hecho esto antes, señor Price –bromeó ella, con el corazón desbocado.

–Oh, no, señorita Vaness –negó con la cabeza–. Nunca he hecho «esto» antes.

Le quitó el sujetador con un movimiento rápido y lo tiró al suelo. Cuando empezó a desabrocharle el botón del pantalón, ella deseaba tanto tenerlo en su interior que no veía el momento de quedarse desnuda.

Después de quitarle el vaquero, la rodeó con un brazo y la depositó en el suelo. No había tiempo para trasladarse al dormitorio. La moqueta estaba áspera.

Dalton le acarició el estómago y luego bajó hasta su pelvis, lentamente, hasta que por fin se instaló sobre esa parte de ella que lo necesitaba con desesperación.

Se detuvo un segundo, miró sus ojos y luego deslizó los dedos dentro de sus braguitas y los introdujo en su interior. Ella se sintió como si le tocara el alma. Nunca se había sentido tan segura, tan comprendida, en toda su vida. Dalton entendía su ritmo a la perfección.

Poco a poco, fue haciendo que la tensión creciera en ella como un capullo a punto de reventar. Sólo él podía satisfacer su anhelo. Y lo hizo.

Bonnie clavó los dedos en la moqueta mientras Dalton hacía magia con su cuerpo. Cerró los ojos y dejó que ocurriera, viendo colores que nunca había imaginado deslizarse bajo sus párpados. Su respiración se convirtió en un jadeo entrecortado mientras él la llevaba a la cima del placer.

Con una sincronización exquisita, Dalton se colocó sobre ella y empezó a moverse. Ella no habría creído que fuera posible responder con más ardor, pero su cuerpo lo hizo. Sin aliento, abrió la boca y permitió que sus besos saciaran una sed profunda y desgarradora.

Justo cuando pensó que estaba a punto de estallar otra vez, él la penetró con un movimiento suave y fluido.

Ya no era el chico de diecinueve años que la había enamorado, ni ella la tímida chica de dieciocho que había yacido bajo él, temiendo hacer algo mal.

Esa vez, era perfecto.

Pero sólo sería esa vez, se dijo ella, ascendiendo en una espiral hacia el éxtasis. Después, se acabaría.

–No podemos volver a hacer eso.

–Desde luego que no, anoche lo hicimos tres veces –Dalton se puso de costado, en la cama y miró a Bonnie con ojos somnolientos.

–No, quiero decir que no podemos volver a hacerlo en absoluto. Nunca. Fue un gran error.

–Un error –Dalton se sentó. La luz matinal que entraba por las cortinas iluminó su torso.

–No es que no fuera fantástico –se apresuró a añadir ella–. Fue, fue un... gran error.

–Supongo que eso es un cumplido –Dalton se pasó la mano por el pelo revuelto y sacudió la cabeza–. Lo raro es que no me siento como si lo fuera.

Un incómodo silencio se interpuso entre ellos, llenando la habitación.

–Tú no buscas una relación, ¿no?

–No –él la miró un momento–. No buscaba una relación.

–Pero sabes que yo sí. Es decir, por eso estabas intentando ayudarme con Mark –Bonnie no añadió que no había tenido pensamientos románticos con respecto a Mark desde hacía varios días.

–Es verdad, anoche perdimos el rumbo –Dalton sonrió secamente.

Bonnie tragó con fuerza. Si eso era perder el rumbo, quizá no quería volver a recuperarlo. Porque aunque había decidido que no quería rendirse a la química, no podía negar que la idea la atraía. Además, era obvio que le costaba resistirse a ella.

Se preguntó si esa atracción física se desarrollaría si salía con Mark. Si no era así, ¿bastaría con que fuera estable, guapo y agradable? Si no bastaba, quizá no pudiera resistirse a la atracción física que sentía por otras personas, por ejemplo, Dalton.

–¿Es así como enseñas seducción? –preguntó ella, intentando sonar despreocupada, pero molesta por la intrusión de Mark en ese momento.

–No sé enseñar seducción –dijo Dalton–. Eso fue un comentario de hombre charlando en un bar. No tengo ningún estudio al respecto.

–Entonces, mentiste –ella simuló sorpresa.

–Créeme, no necesitas clases.

–Ya ni sé lo que necesito –murmuró ella, sin mirarlo.

–¿Qué?

–Nada –Bonnie se sentó junto a él y tiró de la sábana para taparse, destapándolo a él–. ¡Oh! Perdona –se inclinó y le tapó el regazo rápidamente.

–¿De repente volvemos a ser desconocidos? –él la miró, divertido.

–No, yo... –así se sentía ella exactamente. Como si fueran dos desconocidos que habían acabado juntos en la cama después de demasiadas copas, o algo así. Se había metido de lleno en una situación peligrosa para su corazón, justo lo que había intentado evitar con su meticuloso plan–. No quería que te enfriaras.

–Noto cierto aire gélido, no lo dudes –él se quitó la sábana, se puso en pie y fue hacia la ventana. Abrió la cortina y miró afuera.

La luz inundó la habitación, como un foco que acentuó la desnudez y vulnerabilidad de Bonnie. Ella no supo qué decir. Él no quería una relación y ella no quería conformarse con un compañero de cama, así que no tenía sentido prolongar la situación.

–Será mejor que te vayas –dijo ella, saliendo de la cama envuelta en la sábana.

Dalton sacudió la cabeza y empezó a vestirse. La tensión quedó rota por el inesperado ruido de la puerta al abrirse.

–¿Bonnie? ¿Has visto a papá? –los pasos de Elissa se oyeron por el pasillo y, antes de que Dalton o Bonnie pudieran moverse, abrió la puerta del dormitorio y entró.

13

Di lo que pretendes decir. Y pretende lo que dices.

Dalton Price.

–¿Entró de repente? –preguntó Paula incrédula, sirviéndole una taza de café a Paula.

–Como lo oyes.

–¿Y estabas desnuda?

–A no ser que una sábana enrollada se considere vestida, sí.

Bonnie tomó un sorbo de café y el líquido le quemó la garganta. Cualquier cosa por borrar de su mente el horror de una niña entrando en el dormitorio y captando de inmediato lo que ocurría.

–¿Cómo entró? –preguntó Paula.

–Con la llave maestra –contestó Bonnie, estremeciéndose al recordarlo–. Dalton tiene una llave que abre todas las puertas del edificio. La niña no pensó en lo que estaba haciendo.

–Malo, malo, malo –gruñó Paula–. Eso es la guinda del pastel. ¿Se enfadó?

–No me dio esa impresión –Bonnie negó con la cabeza–. Pareció sorprenderla encontrar a su padre allí, pero saltó sobre la cama y empezó a contarnos que su amiga se había puesto enferma y por eso había vuelto tan temprano... –encogió los hombros– esas cosas. Hizo una horrible descripción de vómitos.

–Puaj, esto debió arruinaros el ambiente.

–No tanto como verla entrar de repente –Bonnie tuvo otro escalofrío–. Espero que no la afecte, cuando tenga tiempo de pensar en ello.

–Si no ha ocurrido ya, ¿por qué iba a ocurrir después?

–Porque Dalton y ella viven solos desde hace bastante tiempo. Puede que se sienta amenazada. Los niños que viven sólo con su padre o su madre, se vuelven muy protectores y no quieren compartir a esa persona.

–Elissa te adora –bufó Paula–. No creo que empiece a tenerte manía de repente.

–Eso te lo garantizo –dijo Bonnie resuelta–. Porque no volverá a ocurrir.

–¿Por qué no? –Paula sonaba exasperada–. Eso es una estupidez. Es obvio que te gusta Dalton, y es obvio que tú le gustas a él. ¿Por qué insistes en privarte de él? Es una bobada.

–No, no lo es. Estoy intentando ser madura sobre estas cosas por una vez en mi vida –Bonnie se levantó y fue hacia la cafetera para servirse otra taza–. He pasado demasiados días y semanas de mi vida suspirando por Dalton cuando él no me llamaba. No puedo entregarme a alguien y dejar que me utilice hasta hartarse, para luego darme de lado. Soy demasiado mayor para quedarme en casa ahogando mis penas con helado y canciones románticas –afirmó Bonnie con vehemencia–. Soy demasiado mayor para vivir el placer del momento sin pensar en cómo me afectará después.

–Entiendo. Tienes razón –dijo Paula. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se las secó con el dorso de la mano–. Pero ¿y si Dalton va en serio esta vez?

–Ha tenido la oportunidad de decírmelo –contestó Bonnie tras un titubeo. Sacudió la cabeza e intentó ignorar un pinchazo de dolor–. No es así. No sé si será por Elissa o porque no siente lo suficiente por mí... No importa. No es hombre para mí.

–Vale –Paula suspiró–. No puedo discutir nada de eso. De hecho, soy la persona menos indicada para hacerlo, teniendo en cuenta el lío en el que me he metido en nombre de la lujuria.

–¿Cómo te va? –preguntó Bonnie, dejando la taza.

–Me irá bien, no te preocupes por mí –Paula se encogió de hombros–. Me niego a regodearme en el dolor que siento; si no te importa, prefiero no hablar de ello.

–Bueno, pero recuerda que puedes llamarme cuando quieras, si necesitas hablar.

–Ya lo sé –sonrió Paula–. Gracias.

–¿Cómo va la búsqueda de empleo?

–Es interesante que lo preguntes. He decidido no volver a trabajar en la ciudad.

–Oh, no –el primer pensamiento de Bonnie fue que ya no tendría una amiga con quien hacer el viaje, pero rechazó su egoísmo–. ¿Qué tienes en mente?

–No te lo vas a creer, pero es posible que invierta en la panadería Crispin. El viejo señor Cunliffe lleva años pidiéndome que vuelva, y he pensado que este podría ser el momento ideal –Paula había trabajado en la panadería mientras iba al instituto; el dueño, Crispin Cunliffe, era su vecino. La panadería había funcionado muy bien y se había ampliado con un exitoso negocio de venta por correo de repostería escocesa–. ¿Qué opinas? ¿Te parece una locura que invierta mis ahorros en eso?

–¡Me parece genial! –exclamó Bonnie–. ¡Fantástico! Hasta me da un poco de envidia.

–¿Sí? –Paula parecía complacida.

–¿Bromeas? Puedes levantarte tarde, trabajar en el pueblo, ser accionista de tu propio trabajo y pasar el día cocinando y comiendo. ¿Qué más se puede pedir?

–Tienes razón –Paula sonrió con genuino placer por primera vez esa mañana–. Voy a hacerlo. Y hablando de cocinar, mi invitación para la cena de Acción de Gracias sigue en pie, si has cambiado de planes.

–Gracias –Bonnie negó con la cabeza–, pero tengo que hacerlo por Elissa. No puedo cancelar mis planes con ella la misma semana que me encuentra desnuda con su padre. Sería darle un mensaje equivocado.

–Tienes razón. Bonnie, pasa por el mal trago y mantente tan alejada de Dalton como puedas.

En un piso de menos de cien metros cuadrados no resultaba fácil mantenerse alejada de Dalton. De hecho, aunque había empezado los preparativos en su casa, Bonnie tuvo que pasar bastante tiempo en su diminuta cocina, así que Dalton estaba tan cerca que casi sentía el calor de su cuerpo.

–No hace falta que estés encima de mí, ¿sabes? –dijo Bonnie, esperando en cierto modo, a su pesar, que se quedase allí–. Puedes irte a ver un partido de fútbol, como hacen la mayoría de los hombres.

–¿Intentas librarte de mí?

–Sí.

–No es tan fácil –él colocó un taburete a medio metro de ella y se sentó–. Tú eres mucho más interesante que el fútbol.

–Apuesto a que eso se lo dices a todas las chicas –dijo ella, trabajando en la encimera y sin mirarlo.

–No. La mayoría de las chicas quedan por detrás de los Giants. Algunas, incluso después de los Jets.

–¿Y qué me dices de los Yankees? –preguntó ella, mirándolo de reojo.

–No, olvídale –él soltó una risa–. Cuando ellos juegan no hay sexo. Pero por ti haría una excepción.

–Oh, por favor –ella puso los ojos en blanco, no tanto por sus palabras sino por el vuelco que le dio el corazón al oírlos.

–¿Qué es eso que estás haciendo? –preguntó él, acercándose y mirando por encima de su hombro.

–Estoy preparando el relleno –dijo ella concentrándose en machacar ajo sobre la sartén. El tono de su voz, su cercanía, algo en él, hizo que un escalofrío la recorriera de arriba abajo.

–Creía que venía en una cajita.

–Viene en una cajita para la gente perezosa.

–Esto se te da bien de verdad, ¿no? –dijo él con expresión de estar impresionado.

–Mi abuela insistió en que aprendiera a cocinar. Creo que, como tú, pensaba que era la mejor manera de atrapar a un hombre.

–Tuviste una buena familia –Dalton lo dijo con voz neutral, pero, aun así, Bonnie sintió pena. Todo el mundo sabía que el padre de Dalton era un alcohólico agresivo, que murió cuando él estaba en el instituto. La madre de Dalton, probablemente como consecuencia de eso, era una mujer apocada y temblorosa que nunca se defendió a sí misma ni a su hijo. Se había trasladado a Florida, a casa de su hermana, años atrás, y Bonnie apenas había vuelto a pensar en ella. Esos antecedentes familiares eran la causa de que Bonnie admirase tanto su actitud paternal. Afortunadamente, en su caso no se aplicaba eso de «de tal palo tal astilla».

–Deberías sentirte orgulloso de ti mismo, Dalton –Bonnie se volvió hacia él–. Eres muy buen padre.

–Eso espero –no parecía muy seguro–. Esa es una faceta en la que no puedo permitirme fallar.

–Sería imposible, aunque quisieras. Elissa es una niña maravillosa – Bonnie lo dijo con el corazón en la mano. Adoraba a la niña–. De hecho, creo que es más feliz que la mayoría de los niños. Tiene suerte de estar tan unida a su padre. No dejes que tu pasado te atormente –deseó darse de bofetadas en cuanto lo dijo. Allí estaba ella, diciéndole que no hiciera caso del pasado cuando ella misma acababa de dejar de sufrir por una relación del pasado. Una que, al fin y al cabo, no tenía la importancia de una relación padre-hija. Antes de que dijera nada, sonrió–. Ya, ya lo sé, debería seguir mi propio consejo.

–No iba a decir eso –comentó él con voz suave–. Es un buen consejo. La verdad es que significa mucho para mí que opines que Elissa va bien. Viniendo de una familia como la tuya, yo diría que sabes lo que dices.

–Va muy bien –ella sonrió y sus miradas se encontraron.

–Bueno... –sin moverse, miró la encimera y puso una mano en su espalda–. ¿Qué estás preparando ahora? ¿Una especie de salsa? –volvió a mirarla y ella se sintió como si la hubiera librado de algo. De su empeño en resistirse a él.

–No, es un aderezo para las batatas. No me gusta ponerles dulce por encima.

–¿No te gusta poner dulce encima?

–En las batatas, Dalton. Ni en ningún otro sitio que estés pensando.

–No pensaba en nada malo –se rio él suavemente.

–Siempre estás pensando cosas malas –aunque ella sabía que debía moverse no lo hizo. Le gustaba sentir su mano en la espalda.

–Voy a tener que tener más cuidado, si puedes leerme el pensamiento – aseveró él. Chasqueó la lengua.

Sin poder controlarse, Bonnie miró su boca y sintió un deseo muy superior al que había sentido nunca por Mark Ford, o por cualquier otro hombre.

Se preguntó por qué se sentía tan atraída por Dalton.

Últimamente, siempre que estaba a solas con él, la batalla para mantener su fuerza de voluntad era más y más dura. Esa noche no era ninguna excepción.

Cuando él se inclinó hacia ella y la besó, le devolvió el beso.

Le supo a gloria. Era todo un experto con la boca. Siempre lo había sido. Mientras la besaba, notó que le temblaban las rodillas. Se movió un poco, para no caerse, y él la atrapó entre sus brazos. Se inclinaron sobre la encimera de la cocina, boca contra boca, pecho contra pecho, pelvis contra pelvis...

Bonnie pensó, vagamente, que sería muy fácil ir demasiado lejos otra vez. Se vio a sí misma como una viñeta de dibujos animados: su mente era un angelito, diciendo que no con el dedo, su cuerpo era un diablo más grande, con voz más fuerte, más persuasivo.

Y a Bonnie siempre le había sentado mejor el rojo que el blanco.

–Espera –consiguió interponer una mano entre ella y el musculoso pecho de Dalton, y empujó–. No podemos hacer esto.

–Sí podemos –volvió a besarla.

Y ella, de nuevo, respondió al beso, moviendo las manos de su pecho a su cabello espeso y ondulado. Suspiró en su boca. Había pensado en hacer eso muchas veces a lo largo de los años, a su pesar. Quizá una chica nunca olvidaba su primera vez, o quizá una chica nunca olvidaba a Dalton Price. De una manera u otra, Bonnie sabía que una sola noche había dado pie a fantasías eróticas durante varios años. No se sentía capaz de detenerlo.

El diablo vestido de rojo le dijo que unos minutos más no tenían importancia, y ella se entregó al beso con pasión. Después de lo que pareció una eternidad y, al mismo tiempo, un instante, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se apartó.

–Elissa podría entrar...

–Tienes razón –dijo él acariciando sus labios una última vez. Se apartó y Bonnie sintió un súbito frío.

–Y más cosas –dijo ella, deseando arrebujarse en sus brazos otra vez, sin hacerlo.

–Por supuesto –dijo él con voz plana–. Contigo siempre hay otras cosas, ¿no es así?

–No soy sólo yo. Somos nosotros –protestó ella–. Dalton, entre nosotros simplemente no hay... No sé, no parece haber conexión.

–Estás de broma.

–Bueno, hay una conexión, pero... –Bonnie se ruborizó intensamente–. Supongo que lo que quiero decir es que no hay nada más –se volvió hacia la encimera y empezó a cortar una cebolla–. No hay nada duradero.

–No hay «relación». Sólo sexo. ¿Es eso lo que quieres decir?

–Supongo –aceptó ella, tirando la piel de la cebolla al cubo de la basura.

–¿Eso no es porque tú no quieres una relación?

–Creo que es porque tú no la quieres. Ya sabes, la última vez que dormimos juntos, bueno, la primera vez... no volviste a llamarme.

–Eso fue hace años.

–¿Y qué? Puede que eso le quite relevancia en este momento, pero para mí no deja de ser importante –a Bonnie empezaron a escocerle los ojos. Se dijo que era por la cebolla y siguió cortándola.

–No sabía que era importante para ti.

–Lo era. Pero, ¿cómo ibas a saberlo? –ella empezó a partir una rama de apio en trozos–. No volviste a hablarme.

–¿En serio quieres hablar de esa historia antigua?

–Sí. Necesito hacerlo –respondió ella, mirándolo.

–De acuerdo, morderé el anzuelo –él la miró con expresión inescrutable–. ¿Cuánto recuerdas de esa noche?

–Lo suficiente –recordaba cada detalle.

–Yo también. Y, por lo que recuerdo, todo acabó cuando dijiste que tenías que irte a casa.

–¿Eso es malo? –Bonnie lo miró confusa.

–No es malo –Dalton tomó una bocanada de aire–. Pero lo que dijiste fue, textualmente, «no debería haber hecho eso».

–Había pasado mi hora de llegar a casa –dijo ella, tras escrutar su memoria–. Temía que mi padre estuviera levantado, esperándome, y que nos matara a los dos.

–«No debería haber hecho eso», dijiste.

–Me refería a que no debería haberme quedado hasta tan tarde.

–Pero dijiste que no deberías haber hecho «eso» –él titubeó un momento–. No diste más explicaciones.

–Bueno, lo dije. ¿Y qué?

–Supuse que te referías a que no deberías haberlo hecho conmigo. A estar conmigo –encogió los hombros–. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Llamar para enfrentarte a otro rechazo?

–Yo... –ella se detuvo y lo pensó seriamente. Si él le hubiera dicho que no debería haber hecho eso, si hubiera expresado el más mínimo arrepentimiento después de hacerle el amor, habría quedado devastada.

–¿Tú...? –insistió él, sabiendo que tenía razón.

–No lo sé –suspiró ella.

–Claro que lo sabes –se rio él–. Habrías decidido que la chica se arrepentía de haberse acostado contigo. Y más aún si escapaba corriendo de allí antes de que tu corazón volviera a latir con normalidad.

–Pero mi hora de llegada...

–Puede. Pero yo no lo sabía.

–De acuerdo –dijo ella lentamente–, pero podrías haber llamado para asegurarte, en vez de limitarte a hacer suposiciones –siguió un silencio–. Esa es la diferencia entre tú y yo.

–¿Papá?

Bonnie se sobresaltó al oír la llamada de la niña desde la otra habitación.

–¿Sí? –contestó Dalton, sin dejar de mirar a Bonnie.

–¿Cuándo será la cena? –preguntó Elissa, ya en el umbral de la cocina.

Dalton miró a Bonnie. Ella se aclaró la garganta para intentar dispersar la tensión que se había creado en la cocina.

–Dentro de unos tres cuartos de hora.

–Vale –Elissa miró de Dalton a Bonnie y viceversa–. Voy a leer a mi dormitorio. Llamadme cuando la cena esté lista –la niña se marchó.

–Cree que hay algo entre nosotros –musitó Bonnie, con los ojos abiertos como platos.

–Y lo hay.

–No lo hay. ¿No acabamos de establecer eso? –ella lo miró: ojos azules, pelo negro, un rostro perfectamente esculpido, como el de un dios griego. Y esa boca, deslumbrante cuando sonreía, sensual siempre. Era un hombre irresistible.

–Acabamos de establecer que estás resentida por algo que ocurrió hace diez años, aparte de eso... –encogió los hombros–. No estoy seguro de que hayamos establecido lo que hay entre nosotros ahora.

–No hay nada entre nosotros ahora –no le pareció correcto recordarle, en ese momento, que lo que había entre ellos era que Dalton estaba ayudándola a seducir a otro hombre.

Además, no podía permitir que hubiera nada entre Dalton y ella, incluso si Mark no existiera. Fuera cual fuera la razón, Dalton la había herido antes. Con su historial romántico, ya era suficiente ser capaz de plantearse volver a tener una relación, pero la idea de tenerla con alguien que ya le había roto el corazón... Mucho tiempo atrás, el optimismo de la juventud, junto con unas hormonas desatadas, le había dado fe y estupidez suficiente como para ignorar sus heridas. La esperanza de que Dalton la llamara había durado mucho más de lo que quería admitir, incluso ante sí misma. Aunque ahora fuera capaz de entender por qué no había llamado, en el fondo seguía creyendo que debería haberlo hecho.

Las cosas habían cambiado. Su cuerpo no la traicionaba tanto como antes. Su mente tenía mucho más que decir en cuanto a de quién podía enamorarse. Su mente no iba a permitirle zambullirse en la sobrecarga emocional que implicaría enamorarse de Dalton Price.

–Ahora no hay nada entre nosotros –repitió él.

–Correcto –asintió ella, algo menos segura que unos minutos antes.

–Correcto –él si sonó bastante seguro.

–Eso es lo que quieres... ¿no?

–Desde luego. Tú también ¿no?

–Seguro que sí.

–Sigues interesada en Mike.

Ella asintió, después se dio cuenta del error y lo corrigió.

–Mark.

–Es verdad, Mark –Dalton chasqueó los dedos–. ¿Por qué no puedo recordarlo?

–No lo sé –Bonnie soltó una risita forzada–. ¿Puedo terminar de cocinar?

–¿Por qué no? –con una sonrisa, se alejó unos pasos, se sentó y abrió un periódico–. Ya has calentado las cosas bastante.

A veces uno tiene justo lo que necesita delante de la cara, y no se da cuenta.

El destino.

–Es el mejor pavo de Acción de Gracias que he comido nunca –dijo Elissa con un bostezo. Se tiró en brazos de Bonnie, en el sofá, y se acurrucó–. Eres una cocinera genial.

–El secreto está en poner el pavo en agua con sal antes, como te enseñé –dijo Bonnie–. Podrías haberlo hecho tú misma. Con un poco de ayuda de tu padre para meterlo en el horno, claro –miró a Dalton por encima de la cabeza de la niña.

–No sé, Bon –comentó él–. Parece que tienes un toque mágico en la cocina. Si alguna vez quieres dejar tu trabajo de ejecutiva en la ciudad y venir a trabajar para mí por cien dólares al mes, sólo tienes que decirlo.

–Muy generoso –replicó ella secamente–. Pero creo que conservaré mi trabajo.

–No digas que no te lo ofrecí.

–Gracias –inclinó la cabeza y apoyó la mejilla en el pelo de Elissa, captando el suave aroma de un champú para niños.

–El año pasado fuimos a Denny’s en Acción de Gracias –dijo Elissa. Bostezó de nuevo.

–¿En serio? –Bonnie miró a Dalton, horrorizada.

–Espera un minuto, intenté hacer la cena yo...

–Se le olvidó encender el horno –intervino Elissa–. El pavo estaba blanco y pegajoso.

–Puajj –Bonnie miró a Dalton.

–Fue horrible –asintió él.

A Bonnie la entristeció que el intento de Dalton de preparar una cena tradicional para su hija hubiera fracasado, y más aún imaginárselos sentados ante una mesa de Formica en un restaurante que casi podía calificarse de comida rápida.

–Es muy triste.

–Papá terminó saliendo con la camarera –añadió Elissa.

–No me digas –la pena de Bonnie por Dalton se disolvió como por encanto.

–¿Qué puedo decir? –Dalton sonrió y alzó los hombros–. Lo lastimoso resulta atractivo a muchas mujeres.

Elissa le dio un golpecito en el hombro a Bonnie, evitando la réplica airada que pensaba soltarle a su padre.

–Bonnie, ¿vienes a arroparme?

–Claro, cariño –Bonnie miró a Dalton para que diera su permiso. Él asintió con la cabeza.

–Yo me ocuparé de los platos –dijo.

Que además de ser endiabladamente sexy, se ofreciera a fregar, hizo que la estima de Bonnie por él subiera muchos puntos.

–No te olvides de abrir el grifo –le recomendó.

–Muy graciosa.

–Y quita el tapón al bote de jabón líquido antes de estrujarlo.

–Fuera de aquí –rio él, con buen humor.

–Adelante, vamos –Bonnie se quitó a la niña del regazo y se puso en pie.

Acompañó a la niña al baño y comprobó que se lavaba los dientes y la cara antes de llevarla al dormitorio.

–¿Quieres leer un libro o...? –Bonnie no estaba segura de qué hacer con una niña de nueve años. No sabía si aún les gustaban los cuentos antes de dormir–. ¿O prefieres que charlemos?

–Prefiero charlar –Elissa abrió la cama y se metió dentro. Después dio una palmadita a su lado, para que Bonnie se sentara con ella.

–Veamos –Bonnie se sentó y bajó la intensidad de la luz–. ¿De qué quieres hablar?

–¿Te acuerdas de la película que vimos la otra noche? –preguntó Elissa, yendo directa al grano–. ¿La de los niños que quieren reunir a sus padres?

–Aja –Bonnie le acarició el pelo y rezó porque no fuera a pedirle que la ayudase a unir a Dalton con su ex esposa.

–Bueno... tú y mi padre salías juntos, ¿no?

–Fuimos amigos hace mucho tiempo –Bonnie hizo una mueca en la oscuridad–. ¿Por qué?

–¿Estabais enamorados?

Esa era la pregunta del siglo. ¿Había estado Bonnie enamorada de Dalton? Desde luego, lo había creído entonces, y siguió creyéndolo muchos años después. De hecho, se lo parecía siempre que pensaba en él, hasta ese mismo día.

–¿Por qué lo preguntas, cielo? –dijo, intentando evadir la respuesta.

–Porque he pensado que si estabais enamorados, yo podría organizarlo para que pareciese vuestra primera cita, y las cosas irían mejor esta vez –lo dijo como si fuera un plan sencillo y viable. Fácil.

Pero las cosas del corazón nunca eran tan fáciles. Bonnie lo sabía bien. Sobre todo con Dalton Price.

–Ay, cariño, entre tu papá y yo las cosas no son así –abrazó a Elissa y le dio un beso en la coronilla–. Somos amigos, eso es todo.

Elissa levantó la cabeza y, a pesar de la oscuridad, Bonnie vio su aguda mirada de incredulidad.

–¿Lo sabe papá?

–Sí, claro que lo sabe –Bonnie no pudo evitar reírse–. Me dijo hace mucho tiempo que sólo quería que fuésemos amigos. Está bien así.

–No sé –Elissa movió la cabeza–. Me parece que ha cambiado de opinión.

–Nunca debería haberte puesto esa tonta película romántica –dijo Bonnie, revolviéndole el pelo.

–Me encantó.

–A mí también me encanta –sonrió Bonnie–. Me parece que las dos somos unas bobas románticas.

–Eso está bien –Elissa se tapó del todo y se tumbó de lado–. Es mejor que ser aficionado al fútbol.

Bonnie soltó una carcajada y decidió que ya habría un momento mejor para decirle a Elissa que a ella le gustaba el fútbol casi tanto como a Dalton.

Cuando la respiración de la niña adquirió un ritmo lento y acompasado, Bonnie se levantó cuidadosamente de la cama y, parpadeando, fue hacia la cocina.

–¿Está dormida? –preguntó Dalton, pasando una bayeta por la encimera.

Bonnie asintió.

–Es el efecto mágico de la comida. Si pudieran hacer píldoras de pavo de Acción de Gracias, nadie volvería a tener insomnio.

–Hasta yo estaba pensando en tumbarme –comentó él con una gran sonrisa. Se quedó callado–. ¿Quieres venir?

–Yo... creo que será mejor que vuelva a casa –el corazón de Bonnie martilleó en su pecho, a pesar de que suponía que Dalton intentaba tomarle el pelo–. Ya tienes bastante que agradecer por tener a esa niña ahí durmiendo –esbozó una sonrisa provocativa–. No quiero abrumarte.

–Eres imposible, ¿lo sabías? –contestó él con una adorable sonrisa estilo pirata. Bonnie se quedó sin aliento–. Dime... ¿tienes planes para Navidad?

–¿Por qué? –faltaba un mes y la verdad era que ella no tenía planes–. ¿Ya estás buscando cocinera otra vez?

–Tengo que aprovechar bien las cenas que me quedan.

–Creo que los festivos deberían puntuar por lo menos el doble.

–Es muy probable –asintió él–. Deberías haber establecido esa norma cuando empezamos.

–Bueno, la establezco ahora. Cielos, Dalton, una chica tiene que tener mucho cuidado contigo.

–¿Eso por qué? –él la miró como un cazador a una presa. Dio un paso adelante y ella empezó a derretirse.

–Porque siempre consigues lo que quieres.

–No siempre –negó él con voz suave.

–Dime una sola vez que no hayas conseguido lo que querías –lo retó ella.

Él titubeó. Un momento que se hizo eterno. Después, puso cara de ir a confesar algo terrible.

–Quería un rifle de aire comprimido cuando era niño, pero mi padre se negó rotundamente.

Ella soltó una carcajada, a pesar de que la confesión la decepcionó un poco.

–En nombre de todos los ciudadanos de Tappen, me gustaría darle las gracias a tu padre.

Eso puso punto final al momento.

–Se está haciendo tarde –comentó Bonnie, aunque no tenía ni idea de la hora que era.

–Sí –corroboró Dalton.

–Será mejor que me vaya –ella lo miró a los ojos.

–No tienes por qué.

–Creo que me dejé el grifo abierto –si no se iba, acabaría tirándose sobre él.

–Eso da igual, el agua está incluida en el alquiler –Dalton dio un paso hacia ella.

–Puede que haya sido la calefacción, en ese caso.

–Desde luego, el ambiente lo has caldeado –replicó él, mirándola de arriba abajo.

Ella tragó saliva e intentó pensar en algo, cualquier cosa, que no fueran sus ojos. O su boca. O su...

–Así que, si quieres que se enfríe, será mejor que te vayas ya.

–Será mejor –asintió ella, yendo hacia la puerta. Se detuvo y se volvió a mirarlo–. Buenas noches, Dalton.

La noche del lunes siguiente al jueves de Acción de Gracias se celebraba la fiesta de prenavidad de la oficina de Bonnie. Unas semanas antes había estado deseando que llegara, pensando que por fin tendría su oportunidad con Mark, pero lo cierto era que ya no pensaba en Mark con frecuencia.

De hecho, durante la hora que dedicó a arreglarse, se descubrió pensando más en una excusa para pasar por casa de Dalton, ya arreglada, antes de irse.

Por eso decidió ponerse un vestido de cóctel rojo, sin mangas, que se ajustaba perfectamente a su cintura y caía formando una favorecedora falda estrecha. Le daba un cierto aspecto de chica de gángster, pero sabía que le quedaba muy bien y lo eligió de todos modos.

Se planteó montones de excusas mientras bajaba hacia el apartamento de Dalton. Cuando llamó a la puerta, lo único que se le pasó por la cabeza fue pedirle que buscara un ratón en su apartamento. Era una excusa muy pobre, pero no se le ocurrió nada mejor.

Al final, no necesitó utilizarla. Elissa abrió la puerta y le dijo a Bonnie que su padre había salido a reunirse con una mujer.

Cuando Bonnie llegó al vestíbulo de entrada, la sobresaltó un estruendoso silbido.

–Estás de miedo con ese vestido –dijo Dalton.

–Gracias, Dalton –a Bonnie le dio un vuelco el corazón, pero supuso que era por el susto.

–¿A dónde vas?

–A la fiesta de la oficina.

–Pues no vas a utilizar transporte público yendo así –afirmó Dalton, sacando las llaves del bolsillo–. No es seguro. Deja que te lleve.

–Oh, no, no hace falta. He pedido un taxi.

–¿Estás segura? Voy a salir de todas formas.

–Ah. ¿Dónde vas? –intentó sonar indiferente, sin conseguirlo.

–Tengo una reunión en el colegio, con una de las profesoras de Elissa.

–Es muy tarde –Bonnie miró su reloj–. Casi las seis –se imaginó a una profesora joven y guapa, con pelo castaño recogido con gracia sobre la cabeza.

–Sí, lleva todo el día de reuniones. Le pedí la última hora para poder dejar a Elissa cenada y tranquila antes de irme.

–Hum –en su mente, Bonnie vio a Dalton quitar una horquilla de ese moño, y el cabello de la mujer cayendo en cascada sobre sus hombros. Como una escena de una película sexy–. Supongo que esta noche es la noche.

–Sí –sonrió él–. Esta es tu oportunidad, ¿no?

–¿Oportunidad?

–Con Mark. ¿No te referías a eso cuando has dicho lo de la noche?

No era así, por supuesto, pero no podía permitir que él se enterase. Se obligó a dejar de pensar en Dalton y su profesora y a concentrarse en Mark.

–Sí. Estaremos en la oficina pero quizá podamos... ya sabes... llegar a algo personal.

–Preciosa, vestida así, da igual dónde estés –movió la cabeza de lado a lado–. Esta es tu gran noche.

Si Bonnie había imaginado, siquiera un momento, que Dalton la quería para él, eso acabó con su ilusión. No la quería.

–¿Eso crees? ¿De Mark y mía?

–Lo sé –la miró de arriba abajo–. Si no hace algo, es aún más idiota que lo que yo pensaba.

–Bien, ¿qué sugieres que haga? –más le valía sacar el mayor partido posible. Se suponía que él iba a enseñarle a seducir a un hombre. Nunca había formado parte del trato que el seducido fuese él, así que no tenía derecho a sentirse como si hubiera perdido algo.

–¿Sabes lo que deberías hacer? –dijo Dalton tras un breve silencio–. Deberías decirle la verdad. Hoy en día ya nadie la dice.

–La verdad –nunca se había planteado esa posibilidad–. ¿Qué? ¿Que quiero estar con él?

Dalton tensó la mandíbula un instante, pero una rápida sonrisa convenció a Bonnie de que se había equivocado al creer que estaba celoso.

–Sí. Dile justo eso. ¿Quieres al tipo? Pues ve por él. Deja de perder el tiempo con juegos.

–Porque si uno quiere estar con alguien, hay que decírselo –repitió Bonnie lentamente–. Esa es tu filosofía.

–Esa es mi filosofía –Dalton asintió una vez–. Decir la verdad. Basta de tonterías.

–De acuerdo –ella inspiró lentamente–. Lo intentaré.

Se miraron en silencio un momento.

–Si estás segura de que no quieres que te lleve...

–No, gracias –justo en ese momento, un taxi amarillo se detuvo ante la puerta–. Acaba de llegar mi carroza –fue hacia la puerta y Dalton se la abrió–. Buena suerte con tu reunión de esta noche –le dijo ella, al salir.

–Y a ti también –casi la quemó con el ardor de su mirada–. Ve por él.

Pon las cartas sobre la mesa. Antes de que sea demasiado tarde.

Dalton Price.

–Ve por él, ve por él, ve por él –canturreó Bonnie en su cabeza, más empeñada que nunca en olvidar a Dalton y centrarse en Mark. Sin duda, era algo aburrido pero eso era bueno. Implicaba que había menos posibilidades de que se cansara de ella y fuera en busca de otra.

En cuanto entró en la oficina lo vio, como en una escena de película, justo enfrente, separado de ella por un mar de gente. Inspiró y fue hacia él, intercambiando sonrisas y saludos con sus compañeros por el camino.

Él levantó la cabeza justo cuando Don Piles terminaba de contar un chiste sobre un pato en un bar, y clavó los ojos en ella.

–Bonnie –parecía sorprendido–. Estás deslumbrante.

–Gracias –ella sonrió con confianza–. Tú también.

–¿Nos disculpas, Don? Bonnie y yo tenemos que hablar de... algo –no esperó una respuesta, la agarró del brazo y la condujo hacia el vestíbulo interior–. Gracias por librarme de los chistes de patos de Don. Debe saberse más de cien.

Bonnie sonrió, pero no se sintió especialmente feliz. Mark por fin quería estar a solas con ella, y sólo podía pensar en cómo la había mirado Dalton cuando había salido.

Mark le devolvió la sonrisa. Sus dientes eran tan blancos y regulares que parecían falsos. Pero no lo eran. Eran perfectos. Igual que Mark.

–Tengo champán en mi despacho –dijo él–. ¿Te apetece una copa?

–Sí, claro –lo había conseguido. Mark Ford estaba ofreciéndole una copa de champán en su despacho, a solas, fuera de horas de trabajo. Era el momento que tanto había esperado.

En unos instantes, probablemente sería muy feliz.

Mark abrió el despacho, entraron y cerró la puerta. Ella se fijó en que echaba el pestillo. Eso era muy buena señal, los nervios le atenazaron el estómago.

Él sirvió el champán en dos elegantes copas de cristal y le entregó una.

En vez de concentrarse en su atractivo y en lo romántico del momento, Bonnie se preguntó si el tipo siempre tenía copas de cristal allí o si las había llevado específicamente para esa noche. En ese último caso, ¿las había preparado

para ella en concreto, o era sólo la primera mujer que le había llamado la atención?

–A tu salud –dijo él, chocando la copa con la suya–. Por unas felices vacaciones de navidad y cosas nuevas por llegar –le guiñó un ojo y tomó un sorbo de champán.

Ella también lo probó. Era bueno, obviamente francés e indudablemente caro. Mark seguía sorprendiéndola, incluso en ese momento.

–Hacía tiempo que deseaba tener una oportunidad como esta contigo –le dijo él.

–¿Ah, sí? –preguntó ella con más curiosidad que emoción.

–Semanas –asintió con aire sombrío–. He luchado contra mi sensación de que los compañeros de trabajo no deben tener relaciones personales, pero en tu caso tengo que hacer una excepción –dejó la copa sobre un papel, no sobre la madera, y luego se la quitó a ella y la puso al lado–. Hay algo especial entre nosotros. Creo que tú lo has sentido también.

Ella iba a preguntarle si esa manida frase iba en serio o en broma, y si le había funcionado alguna vez con una mujer, pero no tuvo oportunidad. Antes de que pudiera decir una palabra, él aplastó la boca contra la suya, con un beso largo y duro. No movió un músculo. Ni la boca, ni los brazos, ni nada.

De repente, Bonnie comprendió que no sentía nada por ese hombre. Su pulso, si acaso, había bajado de ritmo, se había relajado. Era imposible seguir adelante con Mark, no había opción. Todo lo que Paula le había dicho era verdad: necesitaba pasión, aunque supusiera un riesgo emocional. Prefería estar sola a vivir una mentira con un hombre que hacía que tuviera ganas de ver la televisión o hacer un solitario cuando la besaba.

Bonnie esperó un momento, tenía curiosidad por saber si planeaba algo espectacular, pero no hizo nada. Era como si se hubiera quedado pegado a ella. Allí parado, con la boca apretada contra la suya, como si pretendiera aplastarle los labios.

Bonnie se rio. No puedo evitarlo.

Él la miró con sorpresa.

–¿Qué es lo que te parece tan divertido? –preguntó con voz seca. Ella comprendió que su risa lo había avergonzado, e intentó adular su ego.

–Casi pierdo la cabeza, Mark. Uf –se pasó la mano por la frente–. Podrías volver loca a cualquier chica. Incluso a una como yo... comprometida.

–¿Comprometida? –el miró su mano izquierda, desnuda.

–Sí –ella siguió su mirada–. Todavía no llevo el anillo porque me va a regalar el de su abuela, y tienen que arreglarlo –recordó haber oído que cuando se cuenta una mentira, es mejor dar muchos detalles, para que parezca verdad–. Era una mujer muy pequeña. Diminuta, en realidad –movió la cabeza como si pensara en la diminuta abuela de su prometido imaginario–. En fin, si él se enterase de que acabamos de... bueno, se molestaría mucho.

–¿Con quién estás comprometida?

–Eh. ¿Te acuerdas de... –rebuscó en su mente y encontró la respuesta de inmediato– Dalton? ¿El que era compañero del colegio? Os conocisteis en el vestíbulo.

–Ah, sí. ¿Él?

–Sí –asintió ella–. Sólo espero que no haya heredado los genes de su abuela, la que era diminuta, ¿sabes?

–Siento mucho haber... –Mark sonrió avergonzado–. Pensé que estabas disponible...

–He intentado mantener mi vida personal aparte de la oficina –se preguntó de dónde se estaba sacando todo eso. Odiaba mentir. Pero en ese caso concreto, era mejor que decir la verdad–. En fin, ya me he dado cuenta de que sólo pretendías sonsacarme, y lo has conseguido –lo señaló con el dedo–. Eres un tramposo.

–Me has pillado –él sonrió, más seguro–. Sólo bromeaba. Pero, ya en serio, ¿puedo preguntarte algo?

–Sí, claro, ¿qué? –Bonnie gimió para sí.

–La chica que está a cargo del departamento de contabilidad.

–¿Debra?

–Debra –chasqueó los dedos–. ¿Sabes si ella está saliendo con alguien?

Habían pasado casi veinte años desde la última vez que Dalton había cruzado las puertas de la Escuela Primaria de Tappen, pero el olor le recordó de inmediato cuánto había odiado estar allí.

Eso y el tener que reunirse con una profesora por un problema.

Pero en ese caso, la profesora era de Elissa, no suya. Y la señora Zaharis era mucho más agradable que las profesoras que recordaba de sus tiempos.

–Señor Price, si no le importa, prefiero ir al grano, permíname si soy demasiado directa. ¿Va a casarse?

–¿Casarme? –Dalton se atragantó–. No. ¿Por qué?

–Es lo que imaginaba –la mujer movió la cabeza con tristeza–. Elissa está proyectando, hablando de que usted se va a casar y que tendrá una nueva madre. Creo que la está afectando la falta de su propia madre estas fiestas.

–Nunca ha dicho nada de eso.

–Los niños se comunican de muchas maneras, no sólo hablando.

Él ya sabía eso. Era su padre, por Dios santo. Elissa se comportaba con toda normalidad.

–¿Tiene a alguien concreto en mente con quien se suponga que voy a casarme?

–Habla de una mujer llamada Bonnie. ¿Hay... –la señora Zaharis titubeó– alguna Bonnie en su vida?

Él pensó en Bonnie, después en Bonnie y en Mark. En realidad no había una Bonnie en su vida.

Deseó que la hubiera. En cierto sentido, Bonnie había formado parte de su vida desde segundo de primaria y no le gustaba la idea de que formara parte de la vida de otro, de que discutiera con otro en vez de con él durante el resto de la eternidad.

Se había acostumbrado. Incluso le gustaba.

–En realidad no. Sólo es una vecina.

–Lo que sospechaba. Quiere una madre y ha elegido a alguien conveniente –la señora Zaharis sonrió comprensivamente–. Ocurre con frecuencia.

–Entonces le diré que está equivocada –Dalton se encogió de hombros–. Eso lo solucionara, ¿no?

–Señor Price, hay especialistas en educación infantil que le dirían que la convenza poco a poco y deje que se le pase, a su ritmo, pero yo no soy una de ellos. Estoy de acuerdo con usted. Recomiendo que le diga la verdad, sin tapujos, y después se asegure de que no vea nada que le dé la impresión de que no ha sido sincero –se inclinó hacia delante–. En otras palabras, si Bonnie es una vecina atractiva con la que habla un rato junto a los buzones, no vuelva a hacerlo. Sea escueto y serio –volvió a echarse hacia atrás–. Elissa lo verá y captará que esa mujer no es una parte significativa de su vida.

–¿Está diciéndome que ni siquiera puedo ser amigable con ella? –Dalton frunció el ceño.

–Cordial, pero nada más –la señora Zaharis apretó los labios–. Créame, es la única manera.

En cuanto Bonnie llegó a casa esa noche, se quitó los zapatos y se dejó caer, exhausta, en el sofá, se oyó un golpecito en la puerta.

–¿Quién es? –preguntó, suponiendo que sería Paula.

–Dalton.

–Entra, tienes llaves –dijo ella, llevándose inconscientemente la mano al pelo.

–No necesito llave –la puerta se abrió–. Tonta como eres, nunca echas el cerrojo.

–Pero, como padre que eres tú, siempre pones el cierre de seguridad en el vestíbulo, así que no necesito echar el cerrojo –sonrió. Era tan agradable verlo que casi sonrió–. A no ser que quiera mantenerte a ti fuera –comprendió que podría tomárselo como una insinuación de que no quería mantenerlo fuera, pero no rectificó–. ¿Qué pasa? ¿Qué tal fue tu reunión?

–La verdad es que no fue tan fácil como esperaba.

–¿No? –eso significaba que la guapa profesora de su imaginación lo había rechazado. Se alegró.

–Tenemos que hablar –Dalton señaló el sofá–. ¿Puedo sentarme un minuto?

–Claro –ella se enderezó, sorprendida por su tono de voz–. ¿Puedo ayudarte en algo?

–Sí. De hecho, sí –se apretó el puente de la nariz con los dedos y luego la miró con sobriedad–. Sé que esto te va a parecer una locura, pero Elissa tiene ideas muy raras sobre tú y yo.

–¿Qué tipo de ideas?

–Le va diciendo a todo el mundo que vamos a casarnos. Que tú serás su nueva madre.

–Oh –Bonnie se emocionó–. Eso es muy dulce.

–Según su profesora, es insano –los ojos de Dalton se oscurecieron–. Ha sugerido que mantengamos las distancias.

–¿Nosotros... tú y yo?

Él asintió.

–¿Es eso lo que quieres? –preguntó ella con el corazón encogido.

–No importa lo que yo quiera. Mira, ha sido divertido, y las comidas fantásticas, pero no hace falta que nos veamos. Tienes todas las herramientas necesarias para conseguir a tu hombre, siempre las tuviste. Fue sólo que... no sé. Supongo que quería pasar tiempo contigo por mis propias razones egoístas.

–¿Y ahora...? –intervino ella con una chispa de esperanza.

–Ahora sé que es una mala idea.

–Lamento oír eso –dijo Bonnie con un nudo en la garganta.

–No tenemos que simular que no nos conocemos, ni nada de eso –dijo él, mirándola con calma–. Pero... –encogió los hombros con impotencia– como nuestra relación no es lo que Elissa piensa, sería injusto pasar demasiado tiempo juntos, porque eso le da esperanzas.

–Lo entiendo –Bonnie comprendió que, por desgracia, también le daba esperanzas a ella.

–Sabía que lo entenderías –Dalton se puso en pie–. Muchas gracias, Bon –la miró un segundo y desvió la mirada. Fue hacia la puerta–. Por cierto... –se detuvo y se dio la vuelta– ¿Qué tal la fiesta? ¿Conseguiste lo que querías?

–Casi –repuso ella sonriendo–. Estuve a punto.

–Bueno, sigue probando. No fallarás.

–Gracias –fue hacia la puerta y lo miró alejarse por el pasillo–. Buenas noches, Dalton.

–Buenas noches –contestó él, sin volver la cabeza.

–¿Eso es todo? ¿Buenas noches? –Paula apretó la manga pastelera para rellenar un hojaldre y miró a Bonnie—. Chica, esta vez sí que estás metiendo la pata.

–¿Metiendo la pata? –Bonnie metió un dedo en la crema y lo chupó antes de que Paula le diera un manotazo.

–Metiendo la pata con Dalton –le dio un hojaldre de crema—. Toma, cómetelo. No puedo venderlo, ahora que lo has tocado.

Bonnie aceptó el pastel con gusto y le dio un mordisco. Estaba perfecto. Ligero y con suave crema de vainilla en el centro.

–Es el mejor que he comido nunca –le dijo a Paula—. Mejor incluso que los de Crispin –pensó para sí que era una suerte, porque probablemente tendría que conformarse con pastelillos, en vez de sexo, durante el resto de su vida.

–No cambies de tema –Paula se sonrojó de orgullo y le dio otro pastel—. Volvamos a Dalton y a ti.

–No hay Dalton y yo. Tienes que aceptarlo. Si yo tengo que aceptarlo, está claro que tú también.

–No –Paula negó con la cabeza—. Lo siento, no puedo rendirme. Él te quiere y tú lo quieres. Siempre ha sido así, y ya es hora de que te des cuenta.

A Bonnie se le partió el corazón al oírla.

–Ha tenido mil oportunidades de decirme que siente algo, pero no lo ha hecho. No quiero a un hombre por costumbre, ni para acostarme con él de vez en cuando. Quiero a un hombre que me desee tanto que esté dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirme.

–Cualquier cosa, ¿eh? ¿Como ponerse ropa igual que la tuya y respirar a tu ritmo?

–Por lo menos, yo lo intenté. Y fue por un tipo al que ni siquiera quiero. Si un hombre me quiere, debería hacer eso y más.

–Te explicó por qué no lo hizo.

–Oh, por favor –Bonnie ya lo había pensado—. Eso de adivinar que no quería saber nada de él es tan... tan...

–¿Tan parecido a lo que estás haciendo tú con él ahora?

–Tan ñoño.

–Nada que ver con el apasionado Mark Aburrido, al que hace meses que intentas convencerte de que quieres.

–Eso fue sólo al final –Bonnie dio un mordisco al bollo, pensativa—. Al principio, estaba muy interesada por él, pero ahora... –alzó los hombros con indiferencia—. Es tan...

–Ñoño.

–Eso me temo –suspiró Bonnie–. Cuando me besó, fue exactamente como uno de esos besos de los años cuarenta. Duro y apretado. Sin atisbo de pasión.

–Puaj.

–Sí. Puaj.

–¿Podría ser... –Paula apartó una bandeja de pasteles acabados y empezó a rellenar los de otra– que no pusieras el corazón en ello, porque pensabas en alguien?

–¿En alguien como Dalton? –Bonnie alzó una ceja.

–Tú lo has dicho, no yo.

–Bueno, supongo que el beso habría sido «puaj» de todas formas, pero sí, lo admito. Empezaba a sentir algo por Dalton.

–Entonces, díselo. Tienes que decírselo. Dios, Bonnie, te quiere, lo sé. Lo lleva escrito en la cara cada vez que está contigo. Igual que lo llevas tú.

–¿Tú crees? –los ojos de Bonnie se llenaron de lágrimas.

–Sí, bonita. Sí que lo creo –Paula le dio el tercer pastel. Bonnie se lo comió de un bocado.

–¿No crees que es demasiado tarde? –preguntó Bonnie con la boca llena.

–Nunca es demasiado tarde. Dile la verdad.

–Eso es extraño. Es justo lo que me recomendó la otra noche. Que le dijera la verdad a Mark.

–Bueno, puede haber dicho Mark, pero hablaba de sí mismo. Si no vas a contárselo ahora, le telefonearé y se lo diré yo.

–¡No te atreverías!

–¿Ah, no? –preguntó Paula con fiereza–. Apuesta.

Algo en su mirada le indicó a Bonnie que Paula no iba de farol.

–No estás de broma, ¿verdad? –preguntó Bonnie.

Paula negó con la cabeza.

–Creo que al menos una de las dos debería tener un final feliz.

Bonnie inspiró con fuerza. No perdería nada por probar. Si se sinceraba con Dalton y él no quería nada con ella, no estaría peor que en ese momento. Quizá le doliera el orgullo un tiempo, pero eso no era razón para callarse.

–De acuerdo –dijo con voz firme–. Lo haré.

–¡Así se habla!

–Podría ser un gran error.

–O la mejor decisión de tu vida. No lo sabrás hasta que lo intentes.

–Para ti es fácil decirlo –Bonnie sonrió secamente y se levantó–. Deséame suerte.

–Espera. Toma –Paula le entregó un bollo rebosante de crema–. Esto te dará valor. Vas a necesitarlo.

16

A veces hay que arriesgarse a contarle a alguien tus sentimientos verdaderos. Podría merecer la pena.

Bonnie Vaness.

Siempre que andaba por el edificio, Bonnie se encontraba con alguien, pero no conseguía encontrar a Dalton. Vio a Nelly Malone en el vestíbulo, abriendo su buzón.

–¿Ha visto a Dalton, señora Malone? –preguntó Bonnie.

–Ah, sí –dijo la anciana–. Muchas veces.

–¿Sabe dónde está ahora? –insistió Bonnie, tragándose su frustración.

–No, no lo sé.

Extrañada, Bonnie fue a su piso por segunda vez. Llamó una y otra vez, esperando en la puerta, y medio preguntándose si simplemente no quería abrir.

Cuando Cindy Payne llegó desde la escalera, con Liam y el cochecito, se dio cuenta de que era bastante embarazoso estar allí tanto tiempo. Corrió a ayudar a Cindy con el carrito.

–Gracias –dijo Cindy, colocándose al bebé sobre la cadera–. Nunca se me ocurrió pensar en la importancia del ascensor hasta que me mudé aquí. Gracias a Dios que Dalton va a arreglar el que hay en la parte de atrás.

–¿Hay un ascensor en la parte de atrás? –preguntó Bonnie, atónita.

–No te preocupes –se rio Cindy–, no es que no lo hayas visto. Estaba tapiado. Dalton me lo enseñó esta mañana. Es uno antiguo, estilo jaula de pájaro.

Bonnie suspiró. Se estaba perdiendo muchas cosas, y algunas de ellas estaban delante de sus narices. Había perdido un montón de tiempo concentrándose en sus planes de futuro, en vez de fijarse en lo que tenía a su alrededor en ese momento.

–¿Has visto a Dalton hoy? –le preguntó a Cindy. Dándose cuenta de que Cindy acababa de decirle que sí, rectificó–. Quiero decir que si sabes dónde está ahora.

–¿Va todo bien? –Cindy la miró con preocupación.

–Perfectamente. Pero necesito hablar con él.

–Acabo de verlo ahora mismo.

–¿Dónde? –Bonnie soltó un suspiro de alivio.

–Está en el tejado –Cindy señaló hacia arriba–. Nos saludó desde arriba cuando llegábamos de la calle.

–¿En el tejado? –Bonnie lo pensó un momento. Sólo había una escalera en el edificio, así que se debía subir por ella. La verdad era que nunca había ido más arriba de su planta–. Gracias –dijo–. Te debo una.

Abrió la pesada puerta que conducía a la escalera y pulsó el botón de la luz. La bombilla estaba fundida. Subió, con la esperanza de que la salida al tejado, si la había, resultase obvia.

Sí que lo era. Se veía un rayo de luz bajo la puerta y Bonnie se dio cuenta de que estaba sujeta con una piedra. Abrió con cuidado y salió.

Dalton estaba clavando una placa de aluminio cuando llegó por detrás.

–¿Dalton?

Él dio un salto y maldijo en voz tan alta que Bonnie pensó que todo el pueblo debía haberlo oído.

–Diablos, Bonnie, ¿qué haces, intentas matarme?

–No, aunque no lo creas –ella esbozó una sonrisa de disculpa.

–Podría haber ocurrido algo bastante feo –dijo él echando un vistazo por el borde del edificio.

–Sí, bueno, aún podría ocurrir.

–¿De qué estás hablando? –Dalton se volvió hacia ella. Tenía la cara manchada de hollín y el pelo revuelto. Sus ojos se veían de un color azul brillante sobre el rostro moreno. Bonnie pensó que nunca había visto a un hombre más atractivo.

–¿Te acuerdas que me dijiste que le dijera la verdad al tipo? ¿Sobre lo que sentía por él?

–Sí –él se pasó el dorso de la mano por la frente–. ¿Lo hiciste?

–Estoy intentándolo.

–Mira, Bonnie. En realidad no me apetece seguir ayudándote con eso. Puedes conseguir al hombre que quieras, tienes más armas que cualquiera para hacerlo. No necesitas que nadie te diga lo que debes hacer.

–Pero ya lo has hecho –sintió que la cara le ardía–. Me dijiste que le contara la verdad y me parece muy buen consejo, pero me está resultando difícil hacerlo.

–¿Por qué? –Dalton la miró.

–Porque no creo que espere oírlo de mí –explicó ella lentamente–. Y no estoy segura de lo que dirá.

–Incluso si no fuera más que medio hombre, dirá «cásate conmigo y pondré el mundo a tus pies».

–Bueno... –Bonnie estaba sin aliento. Se preguntó si él pretendía ser amable o si de veras creía que eso era lo que un hombre debía sentir por ella– se lo estoy diciendo.

–Me alegro por ti –Dalton volvió a su martillo–. Ya me contarás cómo te va.

Ella rio para sí, se acercó y le puso una mano en el hombro. Él se dio la vuelta, confuso.

–¿Qué pasa ahora?

–He dicho que le estoy diciendo lo que siento –comentó Bonnie–. O al menos, lo estoy intentando. No es Mark, Dalton. Él no es a quien quiero.

Dalton se levantó despacio y la miró a los ojos.

–Dime la verdad. Y que sea rápido, antes de que mi corazón decida malinterpretarte.

–Eres tú, Dalton –suspiró ella temblorosa–. Siempre fuiste tu –se ruborizó intensamente–. Estoy enamorada de ti.

–Lo estás.

Ella asintió, mirando la superficie del tejado.

–Estás segura.

Ella volvió a asentir y luego se atrevió a mirarlo.

–Intenté seguir las órdenes de mi cabeza, pero mi corazón no dejaba de interponerse. Ahora creo... –la emoción apagó su voz–. Ahora creo que están de acuerdo.

–Por fin –repitió Dalton, tomándola en sus brazos–. ¡Por fin! –su voz resonó por todos los viejos edificios que los rodeaban–. Bonnie Vaness, ¿tienes idea de cuánto tiempo llevo esperando oírte decir eso?

–Hasta este momento, no sabía que querías oírlo.

–A veces puedes ser muy boba, ¿sabes? –soltó una risa y la besó en la boca.

–Ya me lo has dicho. Muchas veces desde que éramos niños.

–Nunca ha sido más verdad que ahora. ¿Cómo podías no saber lo que siento por ti?

–Pues, para empezar, nunca me lo has dicho –empezó ella.

–Quizá no con esas palabras, pero...

–Y, además, me dijiste que estabas interesado en otra persona.

–¿Otra persona? –la miró intrigado.

–Sí, cuando hablamos de tu vida amorosa, te pregunté si sentías atracción por alguien y dijiste que sí. Y que era alguien a quien yo no conocía.

–Ah –su expresión se aclaró–. Sí, esa eras tú –tomó su rostro entre las manos y la besó de nuevo–. Tenía la sensación de que en realidad no querías a Mike...

–Mark.

–... y que te darías cuenta de que había alguien mejor para ti por ahí fuera.

–¿Estás seguro de que eres mejor para mí que él?

–Convencido –Dalton volvió a besarla. El viento soplaba a su alrededor, pero juntos eran sólidos como una roca. Eso debía ser buena señal.

–Bonnie –susurró Dalton entre besos.

–¿Mmmm? –ella no quería dejar de besarlo. No quería parar nunca.

–Bonnie –él se echó un poco hacia atrás–. Esta vez tenemos que hacerlo bien. Hay que hacerlo oficial.

–¿Oficial? ¿Quieres poner un anuncio en el periódico diciendo que estamos juntos?

–De hecho, es exactamente lo que quiero hacer. En los anuncios de bodas. La semana que viene.

–Dalton –gimió ella.

–Bonnie –él puso una rodilla en el tejado y tomó sus manos entre las suyas–, llevo la mayor parte de mi vida esperando esto y no voy a perder más tiempo. ¿Me harás el honor de pasar el resto de mi vida conmigo, de aguantarnos a Elissa y a mí y a lo que venga después? –sonrió, con esa sonrisa que a ella le paralizaba el corazón–. ¿Quieres casarte conmigo?

Siempre que se había imaginado ese momento de su vida, con un desconocido sin rostro, había supuesto que se quedaría paralizada. Que tendría que pedir tiempo para pensarlo. Que incluso necesitaría estar comprometida durante una década para hacerse a la idea. Con Dalton, no le costó ni un segundo.

–Sí. Claro que sí –respondió.

–Acabas de hacerme el hombre más feliz del universo –dijo él, poniéndose en pie.

–Aún no has visto nada.

–Siento no tener el anillo preparado –sonrió él–, pero no sabía que esto iba a ocurrir hoy, es obvio.

–No necesito un anillo, Dalton. En serio.

–Mira, tienes que tener un anillo. Podríamos comprarlo, pero mi abuela me dejó uno que imagino que debía utilizar para esto algún día.

–¿Tu abuela? –Bonnie lo miró atónita.

–Está abajo –asintió él–. Podemos hacer que lo ajusten esta semana.

–No conocí a tu abuela, ¿era...? –Bonnie no podía creerse la coincidencia. Tragó saliva. Nunca había tenido premoniciones antes y no sabía qué pensar–. ¿Era una mujer pequeña? ¿Diminuta?

–Grande como una casa –Dalton soltó una carcajada–. Seguramente, podrías utilizar el anillo como pulsera. ¿Por qué?

–Porque le dije a... –se detuvo. No quería pensar en otro hombre en ese momento, y menos en Mark Ford–. No importa, ya te lo contaré algún día. Aunque me dieras un anillo de plástico, me haría feliz.

–Voy a darte el mundo entero –dijo él rodeándola con el brazo.

–Sólo te necesito a ti –afirmó Bonnie, mirándolo a los ojos–. A ti y a Elissa. Esa es mi fórmula para ser feliz para siempre.

–Entonces, ya la tienes, Bonnie Vaness. Por siempre jamás.

Epílogo

Resultados atípicos.

Editora de Leticia Bancroft.

–Vi a sus abuelos casarse exactamente en el mismo lugar.

–No es verdad. Mamie Price no podía ni verte, no te soportaba. Creía que andabas detrás de su marido.

–Pero estuve aquí. Edward me invitó.

–Brrr.

–Sí lo hizo.

Las conversaciones que se oían giraban en torno a las bodas que se habían celebrado allí en otros tiempos: las de los padres, y bisabuelos de Bonnie y de Dalton. Algunos de los invitados habían asistido a todas ellas.

–La señora Pringle me ha dicho que mi bisabuela era exactamente igual que yo el día que se casó –le susurró Bonnie a Dalton, mientras saludaban a los invitados.

–Espero no ofenderte, pero conocí a tu bisabuela y... –Dalton la besó en la mejilla– y no te llegaba a la altura de los zapatos.

–Puede que ahora mismo, en su estado, no...

–Eres una idiota –Dalton volvió a besarla–. Y te quiero. Más de lo que puedes imaginar.

Bonnie se volvió hacia esos ojos azules que llevaban años acelerándole el corazón. Apenas podía creer que él sentía lo mismo que ella.

–¿Sí?

–Sí –le puso un dedo en la nariz–. ¿Quieres casarte conmigo?

–No puedo. Lo siento –Bonnie alzó la mano y movió los dedos–. Ya estoy casada. Llegas un poco tarde.

–Mala suerte –Dalton tomó su mano y la bajó hasta su costado–. Hola, señora Perry. Nos alegra que haya podido venir.

–Éste salió más guapo de lo que yo esperaba –le dijo a Bonnie su maestra de segundo de primaria, tras mirar de uno a otro.

–Vamos, señora Perry –Bonnie sonrió y apretó la mano de Dalton–. Sé que era su favorito.

–Puede que lo fuera –la señora Perry sonrió de oreja a oreja–, pero era un pillo, y estoy segura de que sigue siéndolo.

–Yo también –Bonnie miró a su marido con adoración–. Pero al menos, es mi pillo.

–Siempre supe que lo sería –dijo la anciana con una sonrisa torcida–. Con la forma que tenía de atormentarte, era imposible no ver cuánto te adoraba.

–¿Eso es verdad? –Bonnie alzó una ceja y miró a Dalton.

–Si no crees a la mujer que te enseñó a leer, ¿a quién vas a creer? –apuntó él, sonriente.

–No le hagáis caso –Maura Tierny, la profesora de música de sexto curso, apartó a la señora Perry con buenas maneras–. Es una cascarrabias.

–¡No soy cascarrabias! –objetó la señora Perry.

–Es una cascarrabias –repitió Maura, guiñándoles un ojo–. La conozco desde hace treinta años y siempre lo fue. Pero tiene razón sobre vosotros dos.

La señora Perry emitió un sonido satisfecho.

–Entre vosotros dos siempre hubo algo mágico. Me alegro de que por fin os hayáis dado cuenta –beso a Bonnie en la mejilla, y después a Dalton–. Felicidades, chico –le dijo–. Había conseguido a la chica más dulce de todas las que han pasado por todo el colegio.

–Lo sé –afirmó Dalton.

–Casi no puedo creer que esas dos hayan venido –dijo Bonnie, cuando las ancianas se alejaron–. No creía que se acordaran de nosotros.

–¿Por qué no iban a acordarse? –ignorando a la gente que esperaba en fila, para felicitarles, tomó las manos de su esposa y la besó a conciencia–. Eres inolvidable.

–No estoy segura de eso, pero no tendrás que volver a comprobarlo. No pienso separarme de ti más que en horas de trabajo, y si me olvidas tan rápido, te aseguro que te voy a causar problemas.

–Aunque desaparecieras cien años, no te olvidaría. Nunca lo hice, no pude. Ahora, concéntrate en tus invitados y despídete para que podamos irnos y pueda demostrarte cuánto significas para mí.

–Buscad una cama, vosotros dos –susurró Paula, acercándose a Bonnie. Era la dama de honor y directora no oficial de la boda–. Lo digo en serio. Es hora de que os marchéis. Salid ya, para que os tiremos alpiste antes de que tengamos que refrescaros con un cubo de agua helada.

Bonnie y Dalton fueron a despedirse, encendidos por la promesa de lo que estaba por llegar. Intentaron evitar el alpiste que Paula, preocupada por el medio ambiente, había pedido a los invitados que utilizaran, y corrieron al mismo viejo Cadillac de 1928 que había transportado a los abuelos de Bonnie desde la boda al hotel Sherborne, en Nueva York.

–Tenía razón, ¿sabes? –dijo Dalton con voz seria, mientras el coche se dirigía hacia ese mismo hotel.

–¿Quién?

–La señora Perry. Te quise desde el primer momento en que te vi.

–¿En serio? –ella se sonrojó de placer–. Yo pensaba que eras un imbécil. Pero adorable –deslizó el dedo por su mandíbula y suspiró–. Totalmente adorable.

–Me alegro, porque no tienes más remedio que quedarte conmigo a partir de ahora.

–Y con Elissa –le recordó Bonnie, feliz.

–Y con Elissa.

–Y lo que venga después.

–No estarás diciendo... –se puso pálido–. ¿Quieres decir que estás...?

Bonnie le dejó sudar un momento, después negó con la cabeza.

–Pero este fin de semana es el momento ideal para poner en marcha algún Price más –Bonnie enarcó una ceja–. ¿Crees que estás preparado?

–Cariño, nací preparado –él la miró con orgullo y amor y la abrazó–. No puedo pensar en nada que desee más que tener hijos contigo –le besó la mejilla y el cuello–. ¿Cuándo podemos empezar?

–¿Podemos esperar a bajar del coche? –preguntó ella, cuando entraban en el tunel Lincoln–. Digamos, ¿unos quince minutos?

–Puede –contestó Dalton, aun abrazándola–. Quizá... aguante.